

PRÓLOGO

Al hilo de este año 1997, dedicado en la Iglesia con especial fervor a *"la reflexión sobre Cristo, Verbo del Padre, hecho hombre por obra del Espíritu Santo"* (TMA 40), bueno será que tengamos oportunidad de acercarnos a la experiencia de Jesucristo, que D. José Rivera vivió y nos transmitió. Seguro que nos ayudará fructuosamente en este camino eclesial hacia el año 2.000.

Considero que la experiencia del amor de Cristo es, sin duda ninguna, en D. José el fundamento de toda su vida, "experiencia fundante". Por eso, sin conocer profundamente esta su experiencia, difícilmente se puede decir cosa buena sobre su personalidad humana, cristiana y sacerdotal, de todo punto desbordante.

Según esto, D. José se nos revela -pues él mismo se presenta-, sobre todo en las páginas de su Diario, como especialmente afinado para vivir de la ternura y del amor de Cristo, en su humanidad y en su psicología. Y sucede que fue enamorado por Cristo desde muy temprano. A partir de ese enamoramiento, toda su vida será una transformación continua al amor de Cristo, a la ternura del amor de Cristo, que se le muestra como absoluta, como infinita, como desmesurada... Así sucede en la conversión de los 17 años o en la experiencia arrebatadora de los 21, cuando decide definitivamente caminar hacia el sacerdocio, dejándolo todo por Él. Y este todo para él era mucho o, al menos, así lo soñaba su juventud.

"Mi vida se me ofrece como una obra de belleza maravillosa. (Dios mío, nada hay más hermoso que el Amor! Dios, que es Amor, es Belleza. Y los 46 años ya pretéritos están apretadamente llenos de manifestaciones, de realizaciones del amor de Cristo...

"Si fuera pintor, (qué cuadro!; si tuviera tiempo, (qué poema! San Juan de la Cruz pudo cantar -lo que daba su experiencia- el amor de Cristo a una esposa fiel; yo compondría el cántico del amor de Cristo al hombre que no le fue fiel jamás. Y ese matiz es todavía más bello" (Diario. Año 1972).

Hemos recogido en este Cuaderno algunos escritos de apuntes de clase. También notas, algunas veces de alumnos, que recogen su palabra y pensamiento. Textos breves de reflexión, que él mismo pasaba a unos y a otros, para la oración y

meditación. Y sobre todo, hemos llenado este Cuaderno de páginas del Diario del Año 1972, año clave en la evolución espiritual de D. José Rivera. Año de su "intento" de ingreso en la Cartuja de Miraflores (18.III.1972). En este año ya está compuesta la significativa poesía "*Ya estoy desarraigado*", que define su evolución espiritual de intensa entrega y abandono a la voluntad de Dios.

Por otro lado, lleva 18 años de sacerdocio y se dispone a celebrar su 19 aniversario de Ordenación sacerdotal. Tiempo maduro éste y, a mi parecer, el tiempo de su "segunda conversión".

Tiempo, que se nos presenta como la clave de su vida, a partir del cual caminará abandonado al amor de Cristo, en una entrega pastoral cada vez más decidida y generosa, en muchos aspectos contraria a sus modos personales y sólo sostenida por el amor de Cristo.

El mismo define, pues, su vida a estas alturas con una esperanza, con un único fin, con un solo intento:

"Pues hay una sola cosa en que no he fracasado y en que espero triunfar en toda la línea: Desde hace al menos 25 años, me tengo propuesto, como resumen de todo, ser testigo no más de la ternura de Cristo" (Diario. Año 1972).

"SOLEDAD" CON JESUCRISTO

Día 11 de enero

He despertado antes de la llamada, a las 3,30. Lectura despaciosa del P. Surín. Fecundidad de los santos. Ignoro el bien que pudo realizar en su vida de la tierra, este buen padre del siglo XVII; mas palpo el bien que produce en mi alma 300 años después de ella...

Asombro permanente frente a la acción divina. A decir verdad las Navidades mías no han sido, propiamente hablando, un ejemplo de fidelidad a la gracia. [...]; fallos continuos en casi todos los aspectos... Sólo esa fidelidad esencial, más bien tacaña en sus realizaciones, que me ha llevado a los pocos días de retiro en Navaltoril. Y ahora, apenas instalado de nuevo, encuentro logros regalados. Ese pensamiento de la acción de Cristo en mí, se me impone de repente con toda eficiencia. Ayer las realizaciones concretas [...] se solucionaron, sin esfuerzo, o apenas sin esfuerzo, simplemente viendo que es Cristo quien debe actuar a través de mí. Y tantas cosas como veo sin necesidad de reflexión mía...

Me parece que en el fondo de todo opera una desconfianza -relativa, inconsciente- y junto con ella un egoísmo. Desconfianza de que Cristo me basta del todo en todo. Pero Cristo en sí, inmediatamente y sin más. Esto se aplica, como ya veía hace tiempo, a todo. En último lugar, como base de toda deficiencia, de todo extravío, actúa la idea de que "preciso" de tales o tales cosas; es igual que se trate de un cigarrillo más, o de la confianza o el cariño de tal persona. Todo se reduce a lo mismo: sentirme necesitado de criaturas. Y esto es lo falso. Tal pensamiento subyacente, recóndito, con manifestaciones larvadas, es indeciblemente nocivo; pues no siendo reconocido no puedo combatirlo, y emplea toda su maldita energía, para debilitar mis visiones y proyectos santos.

No creo que Cristo se basta, para mantenerme dichoso en medio de tareas naturalmente ingratas a mi índole peculiar. Ello se manifiesta, ante todo, en el despacho de las cartas o soluciones concretas. Un propósito inmediato, que no pienso opuesto a mi tendencia general a no proponer nada, es repasar esta mañana mismo los papeles retrasados y ponerlos al día, dentro de esta misma semana.

Egoísmo, porque no quiero sufrir las molestias, diminutas sin embargo, a mi propio juicio, que me acarrearán sin duda esas menudas fidelidades a su amor. Porque no quiero renunciar a ciertas complacencias más altas, como las que me suministrarían ciertas amistades humanas. Y no obstante, tengo bien comprobado que tales búsquedas, más o menos disimuladas, son las que precisamente me proporcionan

sufrimientos.

(...).

Y más; hay en toda mi conducta, y por ella puedo llegar a descubrir que en toda mi actitud interior, una mezquindad respecto de Cristo, incalificable. Yo, que amo ante todo lo superlativo, que aborrezco sinceramente -(creo!- la mediocridad, procedo luego con tacañería repugnante. Y hallo una runfla de pretextos, que no tienen sentido lógico alguno, para justificar mis deseos. Estoy intentando a todas horas servir a dos señores. Lo cual es, además, tan contrario a mi idiosincrasia, que me tiene desgarrado. La última razón que me sirvo a mí mismo es la conveniencia ajena. Ahora, comienzo a columbrar la especiosidad de semejante argumento.

(...).

Y no obstante esta especie de decaimiento interior sensible, la gracia sin duda me trabaja por dentro. Sentimiento de la grandeza de mi soledad. La otra noche, en la estación del Norte, me revivía gozosamente una idea muy viva en los primeros tiempos del seminario, a la que en aquellos días recurría para eliminar tristezas, pero que ahora se me aparecía en su aspecto puramente gozoso -y no ya un tanto matizada de orgullo, como ha sucedido luego a veces-. En mi frecuente viajar de un lado a otro, en mis repetidas esperas de trenes o autobuses, o aviones a veces, en mis salidas y llegadas, siempre estoy solo. En torno mío es espectáculo habitual las despedidas familiares. Esposas, esposos, padres, hijos, novios, amigos al menos, acuden a despedir a tal o cual persona. Yo ando siempre solo. Ni en la estación, ni fuera, dejo a nadie que personalmente se interese por mí. Nadie me despide, ni me aguarda... (salvo, naturalmente, cuando el término de partida o llegada es Toledo, donde aunque como huésped, sí soy realmente sentido como tal persona, como **yo**, hasta cierto punto conocido...).

Y esto me perfila la grandeza de mi persona. Nadie tiene derecho a despedirme o esperarme, porque ese derecho se lo ha reservado Cristo en persona; nadie está conmigo, porque está El, de modo tan peculiar, exclusivo, arrojando toda compañía posible; El tiene para mí idéntico exclusivismo, los mismos celos que yo, respecto de mis amigos. Y me plenifica y me anega esta presencia personal, particular, de elección. Tanto más particular, aun respecto de aquellos que son ontológicamente también elegidos como yo, cuanto que no veo que psicológicamente sean conscientes, en general, de este peculiar afecto de Jesús. Y paseo orgullosamente mi aparente soledad por los andenes... Y es claro, recuerdo aquellas palabras de Jesús: "no es el discípulo mayor que el maestro...". "Como han recibido mi palabra recibirán la vuestra...". "El que a vosotros os recibe...". Y las de Juan el Bautista, cuyo ser era meramente voz, sensibilización del Cristo venidero: "Conviene que El crezca y yo

mengüe". No me esperan a mí, sino a El. Y desgraciadamente, sin ilusión mayor, generalmente, a ninguno de los dos.

Uno de los primeros días de mi estancia aquí, tras el último regreso -quizás el primero, el de llegada, tras esos sentimientos nocturnos en la estación del Norte- fui igualmente iluminado eficientemente sobre esa realidad que ando esperando desde hace meses.

Esa presencia activa de Cristo en mí, esa iniciativa suya en mis operaciones, que son ya entonces experimentalmente nuestras. Creo que una infidelidad ha desviado el sentimiento, aunque la idea sigue bastante operante en mí, durante estos días. Y por supuesto, confío en su vuelta. Ello me anima a gastar los días libres en retiro, pues advierto, deslumbradoramente, que a cada mínimo acto de fidelidad a su gracia, responde invariable y prontamente alguna luz letificante. Esta misma destrucción de todos mis planes, en muchos aspectos, ¿no debo acaso interpretarla como un acrecentamiento de su obra en mí? ¿No debo esperar, consiguientemente, aumentos inesperados, impensables, como gusto decir, de fruto espiritual en mí y en mis actividades pastorales, en las personas con quien trato, en todos aquéllos imperceptiblemente ligados a mí, en sus planes impenetrables, sólo revelados un día en el cielo?

"El Padre es glorificado en que fructifiquéis abundantemente...". "El que cree en mí hará las obras que yo hago, y aun mayores". No, no me hacen sentir tales ideas, pero hasta ahora, según la experiencia de estos pocos días, me inducen eficazmente a actuar interior y exteriormente. Y eso es lo único importante. Y a actuar, eso sí, sin esfuerzo, en paz, aunque sin alegría sensible. Con sosera, digamos. (Lo que sucede es que no estoy acostumbrado a este procedimiento, que sin embargo reconozco como suyo).

Impetremos la fidelidad, eso sólo me salva; es el don primero: creer en su amor; pero creer, al menos, con la totalidad de mi entendimiento y mi voluntad, y ya descenderá hasta la sensibilidad misma, la leticia de la fe. Cuando abunde más, rezumará hasta los bordes mismos de mi personalidad... Y no dejarme llevar de proyectos, intentando inconscientemente consolarme con planes propios, que sin querer se colorean de motivaciones naturalistas. Pero eso sí: (qué cuaresmas podré vivir, si persevero! Y sobre todo (qué Pentecostés!

(Diario. Año 1973).

JESUCRISTO: SU REALIDAD HUMANA

Introducción:

Después de haber estudiado en el tema anterior el origen de nuestra vida cristiana, que es el Padre, ahora vamos a estudiar nuestra vida de hijos de Dios en relación con Cristo.

La materia a estudiar es amplísima. Por eso en este tema nos dedicaremos simplemente a estudiar la realidad humana de Jesús.

La vida cristiana es la vida en relación con Cristo. Así sucede a partir del Bautismo: Somos injertados en Cristo. Y cuando la vida espiritual sigue, también es vida del hombre en relación con Cristo, pues no es sino la etapa de madurez de la vida cristiana.

Cuando decimos **es**, queremos subrayar que tal relación no es solo una nota de mucha importancia de nuestra manera de vivir divinizados, sino que es lo que constituye al hombre en esta misma vida. Sin tal relación no puede darse esa vida. En Cristo, el hombre vuelve a encontrar su sentido, su unidad, no solo porque el hombre es querido por Dios, desde toda la eternidad, por amor al Verbo encarnado, sino también porque solamente en su unión con el Verbo redentor puede realizar en sí mismo el hombre la imagen de Dios, convirtiéndose de nuevo en aquella criatura, por cuya presencia Dios encontró al universo "muy bueno".

Esta relación puede formularse de diversas maneras, pero esencialmente es la transformación ontológica, por la cual Cristo comunica al hombre su propia vida divino-humana. El hombre así entra en relación personal de conocimiento amoroso con El, bajo el impulso del Espíritu Santo (Cf. Jn 17,3;20,30-31; Act 3,16).

Advertencias:

.- En el estudio de esta vida cristiana en el hombre, atendemos al desarrollo normal de esta vida. Es decir, en el hombre al que se le brinda la revelación explícita, que ha tenido ocasión de oír hablar de Cristo y creer en El.

Por tanto, prescindimos de las formas anormales que esta vida puede tomar en casos extraordinarios -fuera del orden establecido por Dios- aunque sean incluso muy numerosos.

.- Como el tema es central, hemos de dedicarle mucho tiempo - espacio. Y no

podemos abordarlo sino mediante un análisis circunstanciado (por partes) de sus diversos aspectos. Ello puede significar el riesgo de perder un poco el sentido personal, pero resulta inevitable, si se quiere alcanzar una visión global de la Persona de Cristo.

Si reflexionamos, nos daremos cuenta de que sucede algo parecido en nuestras relaciones con las personas humanas; solo que normalmente lo hacemos de una manera espontánea.

- Esto exigirá además que despertemos y actualicemos más especialmente nuestra fe, para evitar el peligro de "cosificar" o "idealizar" la persona de Cristo.

- Finalmente hemos de comenzar este estudio de la Persona de Cristo con la firme persuasión de que Cristo **puede ser realmente** objeto de nuestro conocimiento amoroso, incluso sensible... Es más, que tal conocimiento amoroso es lo que nos hace personas, porque no tenemos a nadie que nos salve, es decir, que nos mantenga en nuestro ser llevándolo a su plenitud, sino El.

Nuestro estudio de la Persona de Cristo atenderá a los siguientes capítulos:

- a) La realidad humana de Cristo.
- b) La realidad divina: Jesús es el Hijo de Dios, el Verbo del Padre. La segunda Persona de la santísima Trinidad.
- c) Sentido de la humanidad de Cristo.
- d) La relación personal del cristiano con Jesucristo.

1.- CRISTO POSEE UN CUERPO REAL

El Nuevo Testamento insiste enormemente en la importancia de este punto cristológico, para que conste con toda certeza que Cristo es verdaderamente hombre. Por esto en los Evangelios se impone por todas partes la realidad de la naturaleza humana de Cristo.

Podríamos distribuir los textos en tres apartados:

1.- En cuanto a su origen, Cristo aparece como descendiente de David y los patriarcas "según la carne" (Rom 1,3; 9,5; Genealogías: Mt 1,1-17; Lc 3,23-28). Nació de una mujer (Gal 4,4). San Juan recalcará esta verdad con una frase y un término más expresivos: "El Verbo se hizo carne" (Jn 1,14); esta expresión `carne` designa al hombre en su condición débil y mortal (Cf. Jn 3,6; 17,12).

Al lado de estos textos, están las narraciones del "Evangelio de la infancia" (Lc 1-2), en las que aparecen con todo lujo de detalles aspectos muy concretos del nacimiento y desarrollo del hombre Dios Jesucristo.

2.- Durante su vida, Cristo manifiesta la plena sujeción a las limitaciones humanas; hombre como nosotros en todo, menos en el pecado: Tiene hambre (Mt 4,2); se fatiga (Jn 4,6); experimenta la sed (Jn 4,7), el sueño (Mt 4,38) y el sufrimiento...

3.- Podríamos resaltar aparte los relatos de la Pasión de los cuatro Evangelios, en los que la humanidad de Cristo aparece recalcada y afirmada. También Hbr 10,5: "No quieres sacrificio, ni holocausto; pero me has dado un cuerpo. Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad".

Todos estos textos indican la importancia del cuerpo de Cristo, no tanto en sus más nimios detalles (estatura, color de los ojos...), cuanto en la realidad de su cuerpo sin más.

2.- CONCIENCIA CRISTIANA DE ESTA REALIDAD HUMANA DE CRISTO

Son tres las cuestiones que quisiéramos recalcar ahora después de ver la profusión y claridad de los datos en la Escritura.

A) Esta conciencia del cuerpo de Cristo se hace vivísima en los primeros cristianos. Ellos son los que plasman esta experiencia en los Evangelios y Cartas del Nuevo Testamento y en los primeros escritos de la tradición cristiana.

Estos primeros cristianos entran en comunicación con Cristo, con su cuerpo por la Palabra, que nos narra los hechos históricos de un Dios hombre y, sobre todo, en la vivencia de la Eucaristía, sacrificio del cuerpo de Cristo muerto y resucitado.

Basten estos dos textos de San Ignacio de Antioquía, muerto el año 107:

Hay un médico que es carnal a par que espiritual, engendrado y no engendrado, en la carne y hecho de Dios, hijo de María e hijo de Dios, primero pasible y luego impasible, Jesucristo Señor nuestro" (Carta a los Efesios 7,2).

"Tapaos los oídos, cuando alguien venga a hablaros fuera de Jesucristo, que descende del linaje de David y es hijo de María; que nació verdaderamente y comió y bebió" (Carta a los Tralianos 9,1).

Los cristianos primitivos buscan y viven a Cristo glorificado, pero apoyándose en la fe que suscitan los textos sobre el realismo de su humanidad terrena. Así nace la vivencia escatológica fuertísima, que no anula la confesión de su humanidad, sino al revés.

B) Esta doctrina y vivencia de la humanidad de Jesucristo destaca vivísimamente en la experiencia de los santos. Siempre resalta en ellos la profunda visión y vivencia de este dato de la humanidad de Cristo. Incluso en devociones concretas: A la sangre de Cristo, al Corazón de Jesús...

Incluso los místicos que nos muestran los más altos grados de la vida espiritual señalan siempre la necesidad de la visión y vivencia de la humanidad de Cristo en todas las etapas de la vida espiritual.

Por otro lado podríamos explicar el hecho de las apariciones que han vivido algunos de ellos como una razón más de la importancia de este misterio en la devoción y vivencia cristianas.

C) La experiencia normal, general, en cambio, es bastante negativa en este aspecto. Son pocas las personas que contemplan esta realidad humana de Jesucristo. Lo cual viene a significar o una falta de fe real o que de hecho no influye en nuestra vida concreta.

Sin embargo, son constantes las invitaciones de la Liturgia para contemplar y vivir este misterio.

3.- IMPORTANCIA DE ESTE MISTERIO

Los discípulos comienzan conociendo a Cristo en su trato humano, en el que el papel del cuerpo es imprescindible. Un trato que les facilitará el reconocerlo después de resucitado en sus gestos más íntimos, más humanos: "Lo reconocieron al partir el pan" (Lc 24,30-31). "Comió delante de ellos" (Lc 24,43).

Por eso San Juan, al hablar del testimonio, lo hace con explicaciones o comparaciones claramente corporales; los apóstoles son los que han visto y palpado al Verbo de vida (1 Jn 1,1ss).

Pero después de la primera generación, la realidad corporal de Jesús, pasa a ser objeto de fe, como para nosotros ahora. Ya nadie ha visto el cuerpo del Hijo de Dios.

Y aparece el docetismo, herejía que niega la realidad de la carne de Cristo,

con todas las consecuencias que esta negativa implica en la vida cristiana.

Notemos respecto de las herejías en general, como de ésta en particular, que ellas son siempre un pensamiento humano equivocado que permanece. Será cuestión de ver hasta qué punto hoy también y entre nosotros se niega (desprecia u olvida) la realidad humana de Cristo.

Junto al docetismo, hay que apuntar la eterna tentación del maniqueísmo que afirma que la materia como tal es mala. De ahí el negar la "materialidad" del cuerpo de Cristo. La acusación de que un cristiano desprecia la materia va contra este misterio. "Todo ha sido hecho por el y para él. Y sin el no ha sido hecho nada de lo que se ha hecho" (Col 1,15ss). Es la "condición terrena actual" fruto del pecado, la que un cristiano busca liberar o redimir. Por lo tanto, ninguna tendencia humana como tal es mala, aunque actualmente está desordenada por el pecado original y la multitud de pecados individuales. Si no hubiera habido pecado, todo hombre hubiera vivido y gozado más y mejor de todo lo que significa su cuerpo (sentidos, sensibilidad, sexualidad...). Ahí reside la alegría y gozo de los santos, plenamente divinizados. Y ahí también la razón de la alegría del cuerpo de Cristo muerto y resucitado y de los cristianos que le acompañan.

La Iglesia reacciona, frente a estas herejías, afirmando como central la existencia y realidad del cuerpo de Cristo:

En el Magisterio:

Cristo tiene cuerpo: Dz. 13, 20, 111, 142, 216, 290, 480, 710.

El mismo Cristo es verdadero hombre: Dz.18, 25, 33, 40, 148, 258, 288, 462, 480, 708, 1463.

Jesús comió, bebió, se apenó, lloró, durmió, se fatigó...: Dz. 120, 422.

La humanidad de Cristo debe ser adorada y amada: Dz. 120, 221, 1255.

En la Liturgia:

Esta tiene como base y cumbre y centro la presencia corporal de Cristo en la Eucaristía (Vat. II, SC 7, 47). Es bueno señalar el realismo y claridad de las expresiones litúrgicas que no dejan lugar a duda: "Esto es mi cuerpo..."; "Esta es mi sangre..."; "Se encarnó de María la Virgen y se hizo hombre..."; "Quien se dignó hacerse partícipe de nuestra humanidad". La expresión "Cuerpo y sangre de Cristo" aparece muchas veces en el Ordinario. Véanse además los Prefacios de Navidad.

Hay que señalar que esta realidad no evacúa el misterio, ni siquiera en sus consecuencias últimas. No podemos imaginar con exactitud el cuerpo de Jesús aquí en

la tierra. Menos aún el cuerpo resucitado del Señor, que se ofrece misterioso a quienes lo contemplan y, sin embargo, con plena realidad; así lo manifiestan las escenas de las apariciones del Resucitado, sobre todo, en el episodio de Tomás (Jn 20,24-29). A los apóstoles les cuesta reconocerlo a la primera y a nosotros nos es difícil saber sus características; simplemente es un cuerpo real, el mismo de Cristo antes de morir, pero transformado, misterioso, en condición glorificada.

4.- TODO LO QUE ES ASUMIDO ES REDIMIDO

Hay otro aspecto muy importante que es preciso recalcar al contemplar este misterio de la humanidad de Cristo. Y es el hecho de que Cristo al encarnarse, asume todo, absolutamente todo lo que es humano, menos el pecado. Con lo cual la materia toda queda redimida en esperanza, es decir, podrá pasar un día a un estado diverso, espiritualizado, como de hecho ya sucede con la materia del cuerpo de Cristo resucitado: "Unos cielos nuevos y una tierra nueva..." (Apc 21, 1ss). Por eso San Pablo en Rom 8,18-23, contempla la creación entera gimiendo como con dolores de parto hasta que sea liberada. Los Santos Padres abundan en esta doctrina y a ellos pertenece la frase: "Todo lo que es asumido, es redimido".

Pero igual que contemplamos la creación entera, podemos mirar al hombre como "microcosmos" para resaltar también que Cristo redime, por haberlo asumido, al hombre entero, cuerpo y espíritu. Redime al hombre como la "síntesis perfecta" del universo y con él, al universo entero, para devolverlo todo al Padre (Cf, Col 1,15ss).

Así la fe en la realidad física de Cristo nos da una visión total del universo, como **asunto** en Cristo y nos ilumina la misión de consagrarlo, de **crisificarlo** todo. Es esta visión de fe la que confiere sentido y eficacia sobrenaturales a las tareas seculares. Un **sentido cierto**, pero **misterioso**, paralelo y consiguiente a nuestro conocimiento del Cuerpo de Cristo resucitado.

El Concilio Vaticano II ha resaltado esta doctrina, sobre todo en la Constitución "Gaudium et Spes". El Concilio pone a Cristo como centro de la Historia y del mundo:

"Tiene ante sí la Iglesia el mundo que los cristianos creen fundado y conservado por el amor del Creador, esclavizado bajo la servidumbre del pecado, pero liberado por Cristo crucificado y resucitado" (GS 2).

Cree la Iglesia que

"Cristo muerto y resucitado por todos da al hombre su luz y su fuerza por el Espíritu Santo, a fin de que pueda responder a su máxima vocación" (ídem,

10).

"En realidad, el misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado" (Ídem 22).

Podemos citar también para esclarecer este tema la Encíclica "Redemptor hominis" del Papa Juan Pablo II. En ella el Papa presenta a Cristo como el centro del cosmos y de la historia, recordando repetidamente el misterio de la Encarnación, misterio-base de la Encíclica. Cristo redentor es la única orientación del espíritu, la única dirección del pensamiento, de la voluntad y del corazón del hombre. Merece la pena una lectura serena y meditada de la Encíclica que ilumina de manera especial el misterio de Cristo en el hombre y en el mundo de hoy.

5.- CRISTO POSEE UN ALMA HUMANA

Al hablar del cuerpo de Cristo señalábamos una parte del hombre-Dios Jesucristo en su realidad humana. La otra se refiere al alma humana con sus facultades y funciones.

Igualmente trataremos de distinguir a lo largo del estudio las dos etapas o momentos, antes y después de la resurrección.

Nos fijaremos solamente en algunos aspectos del Evangelio que señalan claramente la existencia y la realidad de alma humana en Jesucristo. Y lo veremos, claro está, por todas sus manifestaciones.

a) El entendimiento humano:

1.- Tal como aparece en el Evangelio, vemos que Jesucristo conoce con plena certeza (Jamás tiene una vacilación en el juicio: Un me parece, acaso, tal vez, puede ser, quizás, diría yo. Siempre se expresa claro, seguro, cierto). Conoce con autoridad, originalidad, agudeza, con espontaneidad intuitiva.

Veamos algunos ejemplos:

.- Mc 12,14; Mt 22,16: Jesús es sincero y veraz en su conocer y hablar.

.- Mt 22,22: Jesús sorprende con sus respuestas agudas e ingeniosas.

.- Mt 7,29: Jesucristo enseña con autoridad.

2.- En cuanto al campo u objeto del conocimiento de Jesucristo, hemos de señalar en primer lugar que conoce al Padre perfectamente y de manera única (Mt 11,27); todo el Evangelio de San Juan está tejido de citas continuas en las que se expresa este conocimiento que Cristo tiene del Padre (Jn 7,28; 8,54-55; 12,49-50; 15,15; 17,25). Insiste sobre todo en una intimidad de conocimiento filial, que provoca en Cristo el decir y hacer siempre lo que el Padre le dice y quiere.

También Cristo conoce al hombre y una manera profunda. Conoce el interior de las personas y sus más íntimos pensamientos y reacciones (Jn 1,48; 2,24-25; Lc 5 22). Conoce el interior del corazón (Mc 2,6-8; Lc 7,39-40; 9,4-7).

Conoce también Jesucristo el futuro, el suyo y el de todos los hombres, el juicio final, el momento de su muerte (Lc 9,22; 9,44; 18,31-33; Mc 13,26-27).

3.- Podemos decir que Jesús conoce todo lo existente en cualquier momento de la Historia y en la eternidad. Ciertamente jamás se equivocó.

Si ignoró algunas cosas, como parece indicar la frase de San Lucas sobre su crecimiento en sabiduría (Lc 2,40.52) y la famosa frase sobre el juicio final (Mc 13,32; Mt 24,36), sería porque quisiera, lo mismo que quiso someterse al dolor. Dado que no quiso ejercer sobre la tierra el dominio que le correspondía, esa kénosis o anonadamiento se expresa también en la sujeción a la ignorancia de muchas cosas que tenía derecho a saber como Hijo de Dios que era. Ciertamente no ignoró nada de todo aquello que era necesario para el cumplimiento de su misión salvadora.

Una vez resucitado, Jesucristo conoce ciertamente todo. Y conoce según el modo de conocer de "arriba", que es lo existente de verdad. Quedan los seres posibles que no conoce en su totalidad.

4.- **Consecuencias afectivas:** En primer lugar debe brotar la admiración ante un conocimiento como el de Cristo. Es admirable por su capacidad intelectual, tanto en perfección como en extensión.

Además aparece la complacencia y el gozo de que Cristo sea así y de que nos conozca así a nosotros, a cada uno de todos. Gozo de ser conocidos: El conoce nuestro interior mejor que nosotros mismos; conoce nuestro futuro y todas nuestras dificultades...

Pero el conocimiento de Cristo es conocimiento amoroso que crea seguridad en nosotros. La seguridad de su conocimiento: Todo lo suyo es nuestro. Aquí radica, sobre todo, el gozo de ser comprendidos, entendidos de manera perfecta por alguien que nos ama y hasta el extremo.

Ello nos ayuda a liberarnos de esa "necesidad" de que nos comprendan, de que nos entiendan, que indicia al menos inmadurez cristiana. Cristo nos comprende perfectamente y es capaz de satisfacer plenamente todas nuestras necesidades; de forma que las otras comprensiones, si llegan, se ven como venidas desde Cristo y siempre relativas; y si no llegan, no se considera malo, ni se depende radical y totalmente de ellas. Cristo sintió y experimentó la incomprensión de los hombres; lo que quiere decir que no solo no es malo, sino que además es camino lógico según el Evangelio y seguramente necesario de cruz y de santificación. Tener horror, más bien temer la incomprensión de los demás, enfermedad hoy muy extendida, significa al menos de alguna manera incapacidad de conocer y experimentar el gozo y la complacencia de la comprensión total de Cristo resucitado.

Así aprendemos a no sobrevalorar el juicio humano sobre el que normalmente nos apoyamos para obrar y juzgar nosotros. Como tal juicio humano (no hablamos del juicio de la Jerarquía, en lo que a ella compete), es siempre limitado, deficiente, expuesto al error y quizás equivocado. Es participación del conocimiento de Cristo o, mejor dicho, puede serlo, pero limitado por la deficiencia humana, expuesta al pecado y dependiente de su apertura a la gracia. Es normal la esclavitud o sometimiento negativo al juicio ajeno, de lo que ciertamente nos libera el conocer y vivir a Cristo plenamente. Esto es lo que expresa uno de los sentidos más profundos de la obediencia, como sometimiento al juicio, al pensamiento de Cristo, del Padre, que libera de la esclavitud del juicio ajeno. En la medida en que el sometimiento del juicio propio es sacramental y eclesial, es cierto que uno se somete al superior, pero mirando a las Personas divinas, su voluntad y su juicio, que dan sentido y contenido a la obediencia.

Pero además de que Jesucristo conoce, El nos hace conocer. Cristo es Maestro, sobre todo en la capacidad de enseñarnos interiormente. Así nos hace participar de su conocimiento, en la medida en que nos conviene y tal como nos conviene en el crecimiento de nuestra santificación.

Precisamente una característica de la vida cristiana es ésta: El conocimiento que brota de la intimidad con Cristo: "Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que le he oído a mi Padre, os lo he dado a conocer" (Jn 15,15).

b) La voluntad humana:

Al igual que decíamos en el entendimiento, también ahora en el Evangelio podemos recoger abundantes textos que expresan la actuación de la voluntad humana de Cristo. Cristo quiere, ama, manifiesta poder y fuerza, actuaciones todas en las que

podemos descubrir su voluntad humana.

Podríamos fijarnos especialmente en los pasajes en que Cristo declara que somete su voluntad a la del Padre: Jn 4,34; 5,30.

La escena de Getsemaní es también muy significativa a este respecto: "Que no se haga mi voluntad, sino la tuya" (Lc 22,42).

Además podemos aducir los textos de San Pablo y de la Carta a los Hebreos en los que se expresa que Jesús nos salva en obediencia y naturalmente se está refiriendo a la obediencia de su voluntad humana: Rm 5,19; Fil 2,8; Hbr 5,8.

Jn 10,17-18 subraya la libertad con que Jesús acepta la muerte y camina hacia ella, cuando llega "su hora".

Por otro lado el Magisterio de la Iglesia ha recalcado varias veces la existencia de la voluntad humana de Cristo, casi siempre saliendo al paso de las herejías (monoteletas), que negaban esta realidad de la humanidad de Cristo. Véase Dz. 263 y 55. 267. 291.

Pero lo que más importa en este estudio es descubrir y conocer algunas cualidades de la voluntad humana de Cristo. Señalamos o estudiamos dos que pueden ser las más fundamentales:

1.- **Rectitud:**

Respecto de la voluntad humana de Cristo se dice que es recta de una manera negativa, porque es impecable. De hecho Jesucristo no conoce el pecado (1 Pedr 2,22; 1 Jn 3,5). Y además no puede pecar.

De manera positiva, diremos que la rectitud de esta voluntad expresa la totalidad de las virtudes que en Cristo existen y de modo armónico y estable. Desde el comienzo de su vida (véase el episodio de la subida al templo), Cristo posee armónicamente todas las virtudes y en un ejercicio estable, que no desfallece nunca. Son en El plenamente "virtudes".

Así Jesucristo se constituye en fuente de todas las virtudes para todos los hombres. Pues es El mismo quien nos infunde todas las virtudes y en nosotros son siempre participadas de El. Por eso son "cristianas". Esto lo podemos decir de las virtudes de los santos en la tierra o en el cielo; no tanto porque sean menores que las de Cristo, cuanto porque son simplemente **suyas**, es decir, infundidas por El y de una

manera eterna. Es su misma vida en nosotros: "Yo no soy yo; es Cristo quien vive en mi" (Gal 2,20. Cf. Fil 1,21; Col 3,3-4).

Esta es la santidad moral de Cristo que podemos contemplar en la tierra, en el cielo después de resucitado, en la Eucaristía, en la Iglesia. En todas esas presencias se manifiesta y nosotros podemos contemplar la humanidad de Cristo que es santa y santificadora.

Esta santidad moral se apoya y fundamenta en la santidad ontológica de Cristo, de la que trataremos más adelante. Baste señalar aquí que el origen de esta santidad ontológica está en el mismo hecho de la Encarnación, por la cual la humanidad de Cristo es consagrada, asumida, poseída por la persona del Verbo, pertenece al Hijo de Dios. Esta santidad ontológica es anterior a la santidad o rectitud moral.

2.- Intensidad:

Contemplamos ahora la fuerza de voluntad de Cristo. Es decir, es capaz de realizar de manera fácil y espontánea todo lo que quiere. Para resaltar esta cualidad de Cristo, basta tener en cuenta la fuerza de voluntad del hombre en general, siempre deficiente y limitada. De tal forma que cuando el hombre manifiesta una fuerza de voluntad más intensa y más extensa, lo es o porque el hombre es muy soberbio, o porque es muy santo, es decir influido por Cristo.

Cristo tiene fuerza de voluntad porque es fácil y claramente atraído por el Bien, porque es movido por su propia bondad hacia el bien. En concreto, movido por el Padre hacia el Padre.

Esta intensidad de la fuerza de voluntad de Cristo se expresa respecto de sí mismo y muestra una gran capacidad de autodomínio para saber callar, hablar una palabra justa, dominio en la tentación, dominio frente a los apóstoles, frente a la gente, frente a los fariseos (Lc 23,8-12; Mc 8,31-33; Mc 12,13-17...). Casi todas las escenas de la Pasión y los últimos momentos de su vida pública, en pleno enfrentamiento con los fariseos, indican un gran dominio de sí mismo y una gran fuerza de voluntad para controlar gran cantidad de reacciones espontáneas.

La voluntad de Cristo se manifiesta también fuerte y poderosa respecto de la naturaleza y las cosas naturales, como lo expresan los milagros sobre las fuerzas naturales (Mc 4,35-41). Anda sobre las aguas (Mt 14,25), multiplica los panes y los peces (Lc 19, 10-17). Cf. Mt 21,18-19; Jn 6,16-21.

Respecto de la enfermedad y la muerte, el Evangelio muestra abundantes

ejemplos en los que Jesucristo aparece dueño de la vida y de la muerte. Son abundantísimos los milagros de curaciones. Incluso varias veces esta abundancia se resume con una frase escueta: "Y le traían todos los pacientes aquejados de enfermedad y sufrimientos diversos, endemoniados, lunáticos y paralíticos y los sanó" (Mt 4,24) Cf. Mt 9,35; 15,30-31.

Igual puede decirse de la muerte. Jesucristo aparece con poder sobre la muerte de los demás: Resucita a la hija de Jairo (Mt 9, 18-26); resucita a Lázaro (Jn 11,1-44). Idéntico poder manifiesta sobre la propia muerte, en el sentido de que se entrega a ella, porque quiere y como quiere, y ello para resucitar (Jn 10,17-18; 7,30; 8,20); resalta sobre todo la plena libertad con que se enfrenta a ella (Jn 12,27; 13,1-3; 18,4-6).

La intensidad de la fuerza de voluntad de Jesucristo se pone de relieve asimismo en su relación con los hombres ante los acontecimientos humanos. La fuerza de voluntad frente a Pedro, que es para El como Satanás (Mt 8,31-32) manifiesta su intensidad e indica gran violencia. Lo mismo que en el trato con los de su tierra en Nazaret (Lc 4,20-30; Mt 13,53-58). Es manifestativo señalar también la fuerza de su llamada: Le siguen los apóstoles (Jn 1,35-39. 43-44) y le sigue una gran muchedumbre (Jn 6,1-2; Mt 14,13-14; 15,32; 9,36).

Su poder y su fuerza aparecen incluso en el enfrentamiento con el demonio en las tentaciones (Mt 4,1-11) y en las numerosas curaciones de endemoniados (Mt 12,22-38; Mc 8,26-39).

3.- Es digno de notarse, después de hablar de esas dos cualidades de la voluntad de Cristo, cómo ésta funciona en total armonía con el entendimiento y la sensibilidad.

De aquí la simplicidad de Jesucristo frente a la doblez moral, de uno u otro signo, que aparece en los hombres en general y en muchos de los que Jesucristo encuentra.

Consecuencia del pecado original y de los pecados personales, el hombre sufre la multiplicidad agobiante de sus potencias, desarmónicamente relacionadas: El entendimiento se equivoca, la voluntad busca el mal y la sensibilidad se dispersa inútilmente.

c) **La sensibilidad de Jesucristo:**

Habría que señalar primero la riqueza de la sensibilidad de Cristo: Vibra ante todos los objetos de la sensibilidad, es decir, goza, se alegra, sufre, se ilusiona, se

angustia, pasa hambre y sed, se cansa, se encariña, se compadece, admira, se irrita...

Todo esto con una intensidad fuerte, como fruto de la fuerza de su vida interior. Se tratará de examinar los motivos de los movimientos sensibles de Cristo en la tierra.

Sensibilidad perfectamente integrada: Espontaneidad de la obediencia a la voluntad.

La sensibilidad de Cristo Jesús resucitado: No sufre merma en su riqueza.

La cuestión del sufrimiento de Cristo aquí en la tierra: Aspectos físicos, sensibles, volitivos. Intensidad. Universalidad. Continuidad. La glorificación y el sufrimiento.

El amor sensible de Cristo al hombre: El conocimiento de cada hombre por parte de Cristo es un conocimiento amoroso, incluso sensiblemente.

6.- MIRADA DE CONJUNTO:

Jesús es hombre verdadero, normal, ordinario, pero absolutamente fuera de lo corriente. Hombre "raro", sorprendente.

Los textos del Nuevo Testamento no permiten dudar cómo sus palabras, su pensamiento y su conducta le sitúan lejano a toda actitud corriente frente al trabajo, la vida de familia, la actuación política, los grupos religiosos, las clases sociales, los modos de expresión, las formas de conducta, las cosas materiales, los demás, la muerte, los niños...

No viene de la tierra al cielo, sino que viene de Dios a los hombres. El recalca insistentemente este nivel, que es al que quiere elevar a sus discípulos. Por eso, los continuos contrastes: Tierra - cielo; oscuridad - luz; pecado - santidad; vida - muerte; esclavitud - libertad; abajo - arriba... (Véanse abundantes textos en todos los Evangelios, pero sobre todo en el Evangelio de San Juan).

Nuestro estudio de la persona de Cristo en su realidad humana debe culminar en la actitud de oración - contemplación, que vaya transformando nuestros criterios y nos impulse también a esa dimensión que es lograr que todos los hombres conozcan a Cristo, porque ésta es la vocación de todo hombre que viene a este mundo: Ser conocido y amado por Cristo (ser glorificado por El) y conocer y amar a Cristo (glorificarle). Y esto para toda la eternidad.

(Notas para las clases de Teología con seglares).



LA PERSONALIDAD DIVINA DE JESUCRISTO

Introducción:

En el tema anterior hemos estudiado detenidamente la humanidad de Jesucristo. Todo ello, pese a su importancia, que ya vimos, sería inútil, si no queda completado por el tema presente: Jesucristo es el Hijo de Dios.

Porque el hecho de nuestra fe no se refiere a un hombre que murió y resucitó, sino a Jesucristo, Hijo de Dios, que murió y resucitó por nosotros.

La fe en que Jesucristo es el Hijo de Dios es el punto decisivo. Todo lo demás es principio (Misterio de la Trinidad) o consecuencia. Esta era la confesión cristiana primitiva y sigue siéndolo: "La vida eterna es ésta: Que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo" (Jn 17,3). Es decir, quien cree en Jesucristo Hijo de Dios se salva; quien no cree, se condena.

Al fin y al cabo no mataron a Jesucristo los judíos por decir que era hombre o profeta o hijo del carpintero, sino por proclamar que era el Hijo de Dios. Y de esta realidad divina filial depende todo el estilo y manifestación humana que hemos visto en Jesús. Todo lo que este hombre es y hace, surge de su realidad divina: Es el Hijo de Dios hecho hombre.

1.- DATOS DEL NUEVO TESTAMENTO:

En los relatos evangélicos es clave la divinidad de Jesucristo, aunque cada autor, testigo de ella por el Espíritu Santo, nos acerque al Hijo de Dios de forma distinta.

1) **Los Sinópticos:** Cristo nos es presentado como Mesías, Salvador y Redentor. Es el Hijo del hombre dominador y Señor, pero que no ha venido a ser servido, sino a servir (Mc 10,45). Cristo es el iniciador, portador y ejecutor del Reino de Dios. Y para entrar en este reino y salvarse, Jesucristo exige la entrega total e incondicionada a su persona. Esta presentación de Cristo por parte de los Sinópticos culmina en la afirmación sobre el misterio de Jesús: Es el Hijo de Dios.

"Todo me ha sido entregado por mi Padre y nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre y quién es el Padre, sino el Hijo y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar" (Lc 10, 21-22).

Hay que señalar precisamente que el esfuerzo de Cristo, tal como aparece en

los Sinópticos, es ir purificando con aclaraciones y silencios todos estos títulos, para que mejor aparezca a través de ellos su dimensión divina. Véase Mt 16,16ss, la confesión de Pedro, que Jesús redondea con el anuncio de su muerte. Y también Mc 14,61, a la cuestión de Caifás (¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?), Jesús afirma "Yo soy" y lo aclara con una imagen apocalíptica. Más subrayado en Lc 22,70.

Todo esto esclarece las palabras de Jesús, en las que revela la naturaleza de sus relaciones con Dios. Frente a El, es el Hijo (Mt 11,27) y le llama Padre con una fórmula familiar (Lc 23,46). Entre Dios y Jesús existe una profunda intimidad que supone un perfecto conocimiento y una íntima comunicación de todo (Mt 11,25ss.).

Así se explica también la distinción que Jesucristo hace frecuentemente: Mi Padre y vuestro Padre (Lc 22,29; Mt 6,32;7,11).

Esta confesión de fe, en definitiva, es la que Jesús espera de sus discípulos: "Pues a todo el que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre, que está en los cielos" (Mt 10,32).

2) **San Juan**: En este evangelista es fundamental el tema de la filiación divina y aparece como más elaborada. La expresión "Hijo de Dios" es en San Juan la autodenominación predominante de Jesús; junto a este nombre todos los demás palidecen y apenas cuentan. Es su Evangelio como una gran manifestación del Padre y del Hijo en el Espíritu Santo. Por esto leemos en la conclusión (Jn 20,30-31): "*Muchas otras señales hizo Jesús... y éstas fueron escritas para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y creyendo tengáis vida eterna en su nombre*".

Aunque algunas confesiones de fe de los personajes del cuarto Evangelio no expresan con toda claridad la filiación divina de Cristo, es también el mismo Jesús quien habla de ello directamente.

Según esto, la palabra **Padre** aparece en San Juan aplicada a Dios ciento trece veces, de las cuales veintinueve dicen **mi Padre**. La palabra **Hijo** aparece veintiuna veces, aunque en algunas sea difícil descubrir una afirmación clara de la filiación divina; más bien significan Mesías.

Señalemos tres aspectos:

a) Afirmación de la preexistencia eterna del Hijo. Este es el tema del prólogo. También aparece en otros textos a lo largo de todo el Evangelio: "Y ahora glorifícame tú, Padre, en Tí con la gloria que tenía en Tí antes que el mundo existiese" (Jn 17,5). "... para que contemplen mi gloria, la que me has dado, porque me has amado antes de la creación del mundo" (Jn 17,24). "En verdad, en verdad os digo: Antes que naciese

Abrahán, Yo soy" (Jn 8,58). Merece la pena destacar en este último texto el énfasis de la frase que lo introduce, en verdad, en verdad, la fuerza del Yo soy (recuérdese la afirmación del Antiguo Testamento: Yo soy el que soy) y las consecuencias directas de la afirmación de Jesús (quisieron apedrearle).

b) Jesús es el Hijo del Padre. Este es el testimonio de Juan Bautista (Jn 1,34) y del mismo Jesús (Jn 5,19ss; 6,40; 10,36; 14,13; 17,1).

Jesús tiene conciencia de ser Hijo de Dios, el Hijo único de Dios (Jn 3,18). Continuamente está manifestando esta realidad en su predicación a la gente y a los discípulos y también en la oración, como trato filial con el Padre.

c) Relaciones del Padre y del Hijo: Precisamente porque el Evangelio está redactado en categorías de salvación, este aspecto aparece como más recalcado, pero es consecuencia y a la vez fuente de esa realidad filial y paternal: Relación Padre e Hijo.

Juan presenta la semejanza perfecta entre la acción del Padre y del Hijo (Jn 5,17.19.26), una mutua y total dependencia y pertenencia (Jn 17,10), una reciprocidad de conocimiento (Jn 10,15), de inmanencia (Jn 10,38) y de amor (Jn 5,20). El Padre y el Hijo son unidad: "Yo y el Padre somos una misma cosa" (Jn 10,30).

En Jesús se revela el Hijo que recibe todo del Padre y que no es más que don recibido del Padre y manifestación del don del Padre. A esa relación el mismo Jesús le da el nombre de amor: "El Padre ama al Hijo y entregó todo en sus manos" (Jn 3,35).

3) **Las primeras confesiones de fe:** La predicación de los apóstoles y sus declaraciones de fe, ya desde la mañana de Pentecostés, tienen por objeto a Jesús Hijo de Dios (Hech 8,37; 9,20). De forma que los títulos, con que Jesús es nombrado y predicado, apuntan a esta realidad divina: El Justo, El que lleva a la Vida, El Santo. Sobre todo esto que remarcado en el título de Señor, antes aplicado en el Antiguo Testamento exclusivamente a Yhavé. Decir y confesar que Jesús es Señor, es reconocerlo salvador ciertamente, pero también y precisamente igual a Dios.

4) **San Pablo** llama a Jesús Hijo de Dios (Gal 2,20; Ef 4,13; II Cor 1,13) o el Hijo, en sentido absoluto (I Cor 15,28). Dios envió a su Hijo (Gal 4,4) a fin de que fuéramos conforme a la imagen de su Hijo (Rm 8,29). Por esto la vida cristiana es una vida "en la fe en el Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí" (Gal 2,20).

Pablo confiesa esta filiación divina de Jesús no como adquirida o adoptiva, sino como eterna y preexistente antes de la vida humana de Jesús; la preexistencia está implícita en la afirmación de que Dios ha enviado a su Hijo (Rm 8,3).

La fe en el Hijo de Dios halla también clara expresión en las fórmulas trinitarias en las que Cristo se distingue de Dios (Padre) y del Espíritu (I Cor 12,4-6; II Cor 13,13).

2.- DOCTRINA DE LOS SANTOS PADRES

Solamente mencionaremos algunos ejemplos, breves, para ilustrar esta doctrina.

Carta a Bernabé 5,9: *"Y cuando se escogió a sus Apóstoles, los que habían de predicar su evangelio, hombres ellos injustos respecto a la ley sobre todo por el pecado, entonces fue cuando puso de manifiesto que era Hijo de Dios".*

S. Ignacio, **Carta a los Romanos:** *"A la Iglesia que alcanzó misericordia en la magnificencia del Padre altísimo y de Jesucristo su único Hijo... mi saludo en el nombre de Jesucristo, Hijo del Padre".*

Hipólito de Roma, **Tradición apostólica:** Pregunta al que se iba a bautizar: *"¿Crees en Jesucristo Hijo de Dios, que por el Espíritu Santo nació de María Virgen?"*.

Aphraates, **Demostraciones:** *"Por cierto tenemos que Jesús, nuestro Señor, es Dios Hijo de Dios, rey hijo de rey... Dejando a un lado el resto, demostremos que El es Hijo de Dios".*

S. Atanasio **La encarnación del Verbo:** *"Pues el Hijo de Dios fue hecho hijo de hombre, para que los hijos de los hombres se hagan hijos de Dios".*

Tertuliano, **De anima:** *"Solo Dios sin pecado y solo un hombre sin pecado, Cristo, porque Cristo es Dios".*

3.- MAGISTERIO DE LA IGLESIA:

Herejías: Al igual que pronto se negó la humanidad de Cristo, como veíamos en el tema anterior, también a lo largo de la historia de la Iglesia han surgido doctrinas heréticas que han negado, de una u otra forma, la realidad divina de Cristo.

Así aparecen una serie de doctrinas en los primeros siglos. El adopcionismo afirma que Cristo no era más que un hombre adoptado por Dios. También el arrianismo llega a decir que Cristo no es verdadero Dios, por una equivocada explicación de la unión de las naturalezas humana y divina en Jesucristo. Todas estas doctrinas desembocan en el nestorianismo, que defiende Nestorio y que señala que Jesucristo es solamente hombre y si es llamado hijo de Dios, es porque mediante su vida y su muerte se hizo digno de tal título.

Hay que notar que aunque los principales errores están superados doctrinalmente, es precisa una vigilancia continua para que no se introduzca en la realización de la vida de fe lo que ya fue doctrinalmente rechazado y a lo que está continuamente tentado el hombre.

Doctrina de la Iglesia: El hombre Cristo es el Hijo único de Dios (Dz. 2.64), hijo natural (Dz. 146.852.1460) y de ningún modo hijo adoptivo (Dz. 299.309.314.462). Cristo es verdadero Dios (Dz. 13.20.33.39.54). Es Verbo del Padre (Dz. 118) e Hijo del Padre (Dz.1597). Consustancial al Padre (Dz. 13.54.86.142).

Vaticano II, L.G. 3: *"Vino por tanto el Hijo enviado por el Padre que nos eligió en El antes de la creación del mundo y nos predestinó a ser hijos de adopción"*.

Véase también Gaudium et Spes, n. 22.

Pablo VI, **Credo del Pueblo de Dios:** *"Creemos en nuestro Señor Jesucristo que es el Hijo de Dios. El es el Verbo eternal, nacido del Padre antes de todos los siglos y consustancial al Padre y por quien todo ha sido hecho. Se encarnó por obra del Espíritu Santo en el seno de la Virgen María y se hizo hombre; igual por tanto al Padre según la divinidad...."*.

Toda esta verdad nos ha sido recordada por Juan Pablo II en su Encíclica "Redemptor hominis", como la verdad-clave de la fe que es preciso recordar y renovar en estos momentos de la Historia.

4.- EL HIJO DE DIOS EN RELACIÓN CON EL PADRE:

Existe, pues, una Persona divina que es el Hijo frente al Padre.

Por tanto es **Persona**, es decir, que conoce, quiere y actúa, como las tres manifestaciones más importantes de un ser personal.

Pero es **Persona divina**, porque todo su ser personal lo es de manera infinita. Así podríamos ir repasando cada uno de los atributos divinos que el Hijo también posee y de manera infinita, porque es Dios.

Y esta Persona divina es el Hijo. Habría que recordar aquí lo que ya vimos sobre la paternidad de Dios. Limitémonos ahora a definir lo que es generación para mejor entender la Persona del Hijo engendrado.

Generación es el acto de origen de un ser viviente, que procede de otro ser

viviente, por un acto de unión, que tiende a comunicar una vida semejante. (Aplicación a la paternidad humana).

Según esto, tenemos una Persona viviente, el Hijo que procede de otra Persona viviente, el Padre según un acto de unión: el Hijo es inmanente al Padre. Son un solo ser divino, un solo Dios. que tiende a comunicar una vida semejante, en Cristo no semejante, sino la misma.

Recordando la frase del Evangelio de San Juan: "Quien me ve a mí, ha visto al Padre" (Jn 14,8), conoceremos mejor la Persona del Hijo, si conocemos la Persona del Padre, es decir, su paternidad.

La Paternidad divina del Padre respecto del Hijo es:

Total: Nada tiene el Padre que no comunique al Hijo. Nada tiene el Hijo que no lo reciba del Padre.

Eterna: No ha existido el Padre antes, sino que el Padre es Padre comunicándole la vida al Hijo. Por tanto no como una sucesión de actos en el tiempo, sino como un único acto eterno.

Inmutable: No crece, ni decrece. Es total y perfecta desde siempre.

Plenamente consciente y libre: El Padre engendra al Hijo conociendo y queriendo engendrarlo.

5.- CRISTO, PALABRA DEL PADRE:

Otra de las maneras de conocer al Hijo de Dios la tenemos en el nombre: VERBO, PALABRA.

En el Antiguo Testamento, Yhavé aparece como ser personal que conoce todo y se conoce a sí mismo. Tiene una imagen de sí mismo, como cada persona la tiene de sí mismo.

Precisamente analizando esta imagen que cada uno tiene de sí mismo lograremos penetrar un poco más el misterio que el Hijo de Dios es.

La persona humana tiene una idea de sí misma:

- .- discontinua: No siempre está pensando en sí misma.
- .- incompleta: No se conoce nunca totalmente.
- .- inexacta: Se equivoca en su conocimiento, aunque sea de sí mismo
- .- accidental: La persona no deja de existir, porque deje de pensar en sí misma, porque pierda la imagen de sí misma.

Trasladando esto a Dios, podemos decir: El Padre tiene una idea de sí mismo y esta idea es

Eterna: Siempre presente a sí mismo. Eternamente conocido.

Perfecta: No ignora nada de sí. No hay nada que no quede reflejado en esta idea simplicísima.

Exacta: No cabe error o equivocación.

Substantial: De lo contrario no sería imagen.

Inmanente: En Dios no puede haber nada que no se identifique consigo mismo.

Luego la imagen que Yhavé tiene de sí mismo es:

Necesariamente substancial.

Igual en todo a El.

Intelectual, con la misma intelectualidad de Yhavé.

Necesariamente un solo ser con El: Divino.

Tiene la misma vida que El: Divina, única.

Es personal.

Es una persona distinta del que conoce. Distinción entre el que conoce y el conocido, entre el sujeto y la idea.

En resumen, es persona, precisamente porque es imagen, fruto de un acto de conocimiento.

Y encontramos así el concepto que expresa San Juan en el Prólogo de su Evangelio: "En el principio existía el Verbo y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios" (Jn 1,1).

De ahí que el nombre de Yhavé, personal, sea PADRE y que el nombre de la segunda Persona, su nombre personal, sea HIJO, VERBO, IMAGEN.

6.- CONSECUENCIAS:

Contemplar la personalidad de Cristo, una personalidad divina, que consiste en recibirlo todo del Padre y ello eternamente. Jamás el Verbo tiene iniciativa propia.

En eso insiste continuamente el Evangelio de San Juan.

Comunidad perfecta entre el Padre y el Hijo. No semejanza o concordia, sino identidad total y perfecta de vida: Pensamiento, voluntad, actividad, cualidades... La única diferencia es que el Padre lo tiene todo (lo es todo) como origen y el Hijo lo tiene todo (lo es todo) como recibido.

Cristo, recibiendo todo, recibe también la capacidad de vivificar: "Por él ha sido hecho todo lo que se ha hecho" (como el hombre no hace nada que no pase por el pensamiento, de alguna manera al menos). De ahí que la vida divina que nos quiere comunicar el Padre, se nos dé todo por asimilación al Hijo único. Por eso Jesucristo es causa universal de todo, fuente de toda vida, precisamente porque no tiene iniciativa ni siquiera para resistir al Padre, sino que recibe todo y lo trasmite todo en unión con el Padre.

Sentido pasivo de la vida cristiana. Todo deseo de iniciativa despersonaliza, deforma. Nuestra única personalidad posible es la personalidad filial como participación de la vida del Hijo.

(Notas para las clases de Teología para seglares).

EL AMOR DE CRISTO

Día 20 de Junio

Cinco de la mañana. En oración desde las 3'45.

Jamás podré exagerar el amor que Cristo me tiene. Exagerar es llevar fuera del campo, fuera de los límites; pero el amor de Cristo es absolutamente ilimitado. Por mucho que lo contemple, y ese va a ser mi eterno quehacer, nunca podré descubrir confines a ese amor. No podré exagerar jamás su deseo de unión conmigo. De vivir en mí, de hacer tuyas mis potencias, mi ser mismo, mis operaciones, mis actos exteriores, mis artefactos intelectuales, volitivos, materiales. (No, jamás podré exagerarlo!

Desde siempre, hasta donde puede alcanzar mi recuerdo, me he complacido, con recta delectación, en este algo indefinible que Dios ha puesto en mí y que me ha separado de los hombres. Es como si mi personalidad, estuviera editada en formato mucho mayor del ordinario. Como esos libros publicados en lujo, que por su tamaño, no encajan en los plúteos de las bibliotecas, que han de ser colocados aparte, pero que constituyen el máximo ornato, a los ojos de los ávidos bibliófilos. Ese algo consiste en

esta sed de traspasar todas las fronteras imaginables, en los terrenos del conocimiento y del amor. Esa sed inextinguible de saberlo todo en todo, penetrando las relaciones de todo con todo; esa sed de llegar hasta la unidad absoluta, de ser una sola realidad con tal persona, y no poder concebir de otra manera el amor.

Pero ineludiblemente en mí, junto a la complacencia, en decepcionante mixtura, ha tropezado siempre la desorganización de mis ingredientes, y la deformación particular de cada uno de ellos. Y con todo, el regusto de contemplarme no ha cesado jamás. Y no lo estimo perverso, sino rectísimamente honesto; pues en verdad, esta relativa totalidad es bellísimo espectáculo insólito, aun con todas las fealdades que incluye mezcladas en sí.

Mas solamente es imagen; no más que reflejo. Pues existe la humanidad de Jesús, en quien ese algo, esa totalidad es perfecta, y perfectamente organizada y sin deformación alguna en ningún aspecto. El panorama del hombre Cristo es superlativamente bello. No existe más allá, en lo creado, en cuanto a hermosura.

Cristo me ama divina y humanamente, con totalidad inexpresable, porque no dándose jamás en otro hombre alguno, carecemos de experiencia de ella y no tenemos vocablos que la digan. Sólo la contemplación humilde, pasiva, hambrienta, nos dispone a recibir de El mismo, por su Espíritu, la inteligencia sabrosa de tal suculentísima revelación, de un amor absoluto.

Total en cuanto a las potencias: Jesús me ama con todas sus capacidades. No puedo imaginar potencia, ni acto, ni palabra, ni latido del corazón de Jesús, que se mueva fuera de este amor; y esto siempre. Hace 20 siglos, hace diez y siete millones, trescientas veinte mil horas, que un hombre me está amando sin remisión, en cuanto a la intensidad, sin interrupción en cuanto al tiempo, sin dejación en cuanto a las facultades; sin riesgos de cansancio, sin ser influído por mi respuesta.

Cristo es *el que nos ama+, según revelación propia en el Apocalipsis, escrito bajo el Espíritu, por San Juan, uno de los pocos hombres que han comprendido, en lo concedido aquí abajo, ese amor. Por quien supo, desde pronto, que él era amado por Jesús.

Es porque nos ama tanto, por lo que los hombres no suelen entender nada de este amor. Y es por lo que yo mismo, excesivo en relación con los hombres ordinarios, quedo absolutamente excedido por este Hombre, que es el Orden mismo, la Norma única de nuestro humano ser. Pero esa misma realidad de su amor, por ser absoluta, es eficaz, infinitamente eficaz. Es norma activa, que nos va normalizando, sacándonos fuera de lo que suelen llamar normal.

Nosotros no podemos exagerar su amor -ni el amor que le debemos- pero El

sí nos *exagera+, nos saca de nuestros terrenos, de eso que llaman realidad, y que es la reducción del hombre auténtico, una especie de edición mala, barata, de bolsillo, del ser humano, para situarnos en la realidad humano-divina, que ha inventado su amor inefable.

Es preciso salir fuera, fuera de nuestro pensamiento, de nuestra experiencia, de nuestras voliciones, de nuestros sentimientos, de nuestros actos. Fuera, como decía el otro Juan, el Juan de la Cruz, que también llegó a altísimas inteligencias de estos asuntos transcendentales, de nuestras propias jurisdicciones humanas naturales.

Esto es la fe: creer en el amor que Dios nos tiene y se manifiesta -se ejerce- en Cristo Jesús.

Todo esto, en la práctica, indica que Cristo quiere que sea mucho más fiel a la contemplación de su amor. Los desórdenes afectivos propios pueden y deben ser vistos como manifestaciones deformadas, pero reales, de este amor suyo a mí y a esas mismas personas. Como esos espejos cóncavos, que deforman la imagen, pero que anuncian la presencia del reflejado. Cualquier tentación hacia una actuación egoísta de mi entendimiento o de mi afectividad o de lo que sea, me está proclamando el deseo secular de Cristo de que le conozca y le ame a El, de que me una -de que me deje unir a El- mucho más totalmente aún de lo que yo deseo unirme, con esa verdad o con esa persona.

Y por consecuencia -y esto es tan sobremanera bello que no tengo manera ni para expresármelo a mí mismo- dada la eficacia y la universalidad de su amor, de que pueda unirme un día a esa misma verdad, a esa misma persona, desde El, de quien son posesión necesaria todas las realidades posibles, en una plenitud completamente inimaginable, encubierta en este mundo para mí, pero infinitamente superior, en plenitud y en gozo, a mi ansia de ahora.

Creo que mi vida tiene que acabar por no construirse, sino de actos ministeriales; que su amor es tan perfecto y su elección sobre mí tan peculiar, que esta sed de ser amado totalmente, no puede haber sido infundida, sin el objetivo de ser satisfecha y que no puede serlo, sino en la unidad plena, aun aquí en la tierra. Plenitud relativa ciertamente, en que se incluye el deseo, incesantemente avivado, de ese más y más, que decía en uno de mis poemas. Por el momento al menos, debo esperar que no permita que haya acto alguno, que no proceda de El, que obstaculice mi unión con El.

Una característica de su amor es ser **estrictamente fontal**: en cuanto que no hay belleza que no proceda de El, y por tanto, lo que no procede de El no es bello, aunque nuestro pervertido gusto lo estime como tal; de que no puede por menos de producir belleza en toda actuación. Y por eso no puedo proponer yo nada, sino

esperarlo todo de El. Que el Espíritu me impulse al amor y me retenga de todo egoísmo. Y que me infunda de continuo, contrición por mis posibles infidelidades. Contrición: acto que rompe la postura pecaminosa, establecida por el acto pecaminoso, y que al romperla, deja de nuevo actuar al Espíritu, que es el Amor personal que Cristo Dios espira...

(Cuántos actos míos, no dimanantes del amor, todavía, en mi vida! (Y qué arrepentimiento tan leve, tan incapaz de romper las posturas esclavizadoras, mías y ajenas!. (Y qué ineficacia apostólica consiguiente! (Qué contraste entre este amor ininvestigable de Cristo a mí, y este amor débil, titubeante, que camina a fuerza de traspies, mío hacia El!).

(Y qué nocivo este limitar, casi de continuo, la acción omniamorosa de Jesús en mí, en mis relaciones con todos!. (Cómo mi egoísmo corta la eficacia de su amor a cada una de las personas que trato! Todo ello soberanamente misterioso. Pero luminoso; pero delectable; pero superlativamente esperanzador.

Acercas de la Eucaristía: dado que estamos en la tierra, dado que vivimos todavía sujetos al tiempo y al espacio, es lógico pensar que el amor de Jesús se realiza en tiempo y en espacio sobre nosotros. Y que entonces, casi necesariamente, una vez supuesto el plan divino de salvación, tendrá que ser mediante esta presencia corporal única, que se realiza en la Eucaristía, por donde se llegue a nosotros la gracia.

Ello indica que es por la respuesta nuestra a esa presencia, acercándonos a ella; *haciéndonos presentes al presente*, como seremos santificados. También aquí tendrá que romper mis límites, sacarme fuera de los confines de mi temperamento, exagerarme. Resistencia a salir del cuarto -ahora mismo- y no obstante, necesidad de acudir junto al sagrario a recibir este amor, contemplado a través de su cuerpo presente. Sólo la conciencia viva de su presencia personal humana, sólo el aliciente de su realidad, incluso corporal, puede, dados los caminos redentores, sacarme de mis campos naturales llenos de presencias corporales, de atractivos perceptibles, de menudas verdades constatables con la ayuda de los sentidos...

Casi dos horas por delante todavía. En su mayor parte las pasaré junto a su cuerpo, presente en la capilla. Y no debo dejar pasar el día sin escribir a Ireneo preguntando la posibilidad de recibir la gracia de que esa presencia se realice en casa, en Toledo. Acaso sea un sueño; pero su mismo matiz excesivo parece indicar la realidad venidera.

(Diario. Año 1972).

LA RESURRECCIÓN DE JESUCRISTO

1.- Lugar que ha venido ocupando entre los creyentes

No es infrecuente ver en la Resurrección una señal de la aceptación por parte del Padre del sacrificio de su Hijo, Jesucristo. Con esto puede parecer que el sacrificio de Cristo reside precisamente en la cruz, y de hecho vemos que así se piensa en general.

La Resurrección sería, todo lo más, una especie de complemento del sufrimiento. La misma enseñanza teológica, e incluso la práctica pastoral, la consideran un momento posterior al sacrificio de la cruz, momento que también acabará por producirse en nuestras existencias pero a tan largo plazo que de momento no parece necesario insistir demasiado en él. Estaríamos todavía en una fase de cruz, de sufrimiento, que es lo que centraría nuestras vidas sobre la tierra, siendo reservado para el cielo el momento de gozar.

¿Qué vemos que sucede entre el mismo clero? Durante la época cuaresmal trabajan especialmente y echan el resto en la Semana Santa, pero llegados a la Pascua consideran que tienen bien merecido un descanso y se marchan de vacaciones.

Desde luego que estos planteamientos no vienen de la liturgia que siempre ha mantenido la importancia central en la Resurrección: "Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe" (1 Cor 15,14).

En el fondo lo que hay es que, mientras la resurrección no la hemos experimentado y, por tanto, no podemos imaginarla, el sufrimiento nos toca más de cerca porque no sólo lo vemos a diario, sino que lo vivimos en nosotros mismos.

Tenemos, pues, una tendencia a identificar sacrificio con lo que doloroso hay en él. De aquí nos viene también otra tendencia, la de identificar la vida cristiana con la cruz, de esta forma podemos dar lugar a dos posturas igualmente falsas que nos agradan mucho. O decimos que la vida cristiana es durísima y no la podemos aguantar, o bien pensamos que somos muy grandes porque vamos soportándola a diferencia de otros que no lo hacen.

El aspecto de alegría tan específico del cristianismo no suele recalcar y cuando se habla de él no es desde el punto de vista sobrenatural sino echando mano de

un sentido profano de alegría. Así vemos que cuando se quiere realzar lo que de alegre, festivo y gozoso tiene el tiempo pascual, se recurre a comer mejor o cosas similares.

La vida cristiana es esencialmente gozosa, pues aparece centrada en la Resurrección de Jesucristo, cuenta con multitud de personas que están gozando ya de la dicha de contemplar a Dios en el cielo, y porque se fundamenta en nuestra propia resurrección, ya que precisamente ha resucitado Jesucristo para hacernos resucitar con El.

2.- Revisión de actitudes

)Vemos realmente la Pascua como algo central o más bien como un aditamento?)Nos damos de verdad cuenta de que nuestra vida es pascua, es paso?

La vida del cristiano es la misma vida de Cristo resucitado, que tiene dos etapas. La primera en la tierra y la segunda en el cielo. Démonos cuenta de que estamos viviendo la vida de Cristo en su primera etapa y así gozaremos de la alegría propia de los cristianos que brota de la Resurrección de Cristo, de saber que la Virgen y los santos están gozando ya de la bienaventuranza sin dolor alguno, que es a lo que estamos llamados nosotros. Todas las demás alegrías y gustos naturales los podré recibir en la medida en que provengan de esta Resurrección de Jesucristo.

Es algo tan nuestro que nos hace gozar desde ahora. "Cristo es nuestra esperanza, nuestra paz y nuestra vida. (Aleluya!" (Himno del Oficio de Lectura). Lo que esperamos disfrutar en un futuro se hace ya presente en nuestra vida por medio de una paz profunda que nos hace vivir una "vida nueva".

En el evangelio de san Juan podemos apreciar como la vida de Jesucristo está centrada en "su hora", que es precisamente la de su muerte y resurrección. De igual manera también nuestra hora es la de nuestra muerte y resurrección.)Tenemos orientada la vida propia en función de esta hora?

Aunque todas las acciones de Jesucristo eran en sí mismas redentoras, solo lo eran en cuanto formaban una unidad con su muerte y su resurrección, lo que completaba el plan que Dios tenía sobre El, de forma que si hubiesen faltado éstas, de nada servirían aquellos actos. Esto mismo es lo que sucede en nuestras vidas; todo ocurre en función de nuestra muerte y resurrección, y así hemos de verlas en totalidad siempre en relación con lo que será nuestra hora, pues así se cumple el plan de salvación que hay establecido sobre nosotros.

)Qué efecto produce en mí el pensar en ese artículo del Credo que es mi resurrección?)Qué importancia doy en mi vida a ese artículo de fe?

Si hoy se vive de espaldas a la muerte es, en el fondo, porque tampoco se tiene presente nuestra naturaleza de seres eternos, y esto es así porque no vivimos centrados en nuestra propia resurrección.

Estando tan de moda, pues hoy como siempre no deja de morir gente, es el hecho menos comentado y que más se trata de silenciar. La verdad es que cuando nos preguntan sabemos contestar acertadamente al respecto, pero con el modo de vivir que llevamos, damos muestra suficiente de que procuramos no pensar en ella, -en la propia, se entiende-, pues la consideramos como algo malo.

Hace años, la muerte era un auténtico acontecimiento familiar que se desarrollaba en todo su proceso en el seno de las familias. En la actualidad, las personas mueren en las clínicas y residencias sin que se deje ver un auténtico sentido de la resurrección.

El acontecimiento central de la vida del cristiano es su resurrección y ocurre que para llegar a ella necesariamente hay que pasar antes por la muerte. Por eso, aunque morir no es de suyo agradable, no debemos ver la muerte aisladamente sino dentro de la totalidad que constituye y así, en recta razón, no la consideraremos como un desastre irreparable sino como un paso que nos acerca a Dios y nos posibilita llegar a la resurrección.

Quede entonces claro que la resurrección, que conlleva la cruz, es el aspecto central de la vida del cristiano, y no al revés, como piensan muchas personas al considerar la cruz como centro de la vida cristiana siendo la resurrección algo que sucederá después de mucho tiempo y como un añadido.

La gran mayoría vive al margen de la realidad porque les falta visión de fe. Como los predicadores no viven estas realidades, son incapaces de transmitir las.

Un caso parecido tenemos respecto del asunto de los subnormales. El hecho de que nazcan personas así suele considerarse muchas veces como un escándalo o como un drama.)Por qué no se considera de igual forma que haya niños de tres años, pues son tan tontos y tan poco desarrollados mentalmente como los subnormales? A esto se contesta siempre diciendo que estos niños de tres años siguen desarrollándose, y habrá que replicar que igualmente tendrán tiempo para desarrollarse los que ahora son subnormales a lo largo de toda la eternidad.)Qué más dan sesenta o setenta años de subnormalidad si se tiene toda la eternidad por delante? Lo que sucede es que nos

falta fe para apreciar la realidad.)No pensaremos que resucitaremos más o menos perfectos en relación al grado de belleza física que hayamos podido conseguir en el momento de que nos llegue la muerte? La belleza de los cuerpos resucitados estará en relación al grado de caridad que poseamos al morir.

Es la Resurrección de Cristo lo único que puede darnos el sentido auténtico de las cosas, de la realidad de cada existencia y situación. Revisemos nuestras actitudes por si no están centradas en la Resurrección de Cristo.

En el terreno apostólico no pretendamos apoyarnos en argumentos naturales para hacer entender temas como el de la muerte, el sufrimiento, incluso la existencia de Dios, la inmoralidad del aborto... y otros temas de esta índole. Si estos argumentos pueden venir en algún momento, no deben ser la tónica habitual pues sólo conducirán a perder el tiempo.

Cuando se aportan muchos argumentos naturales, uno sólo consigue desacreditarse ya que siempre habrá alguien que sepa más y diga lo contrario de lo que afirmamos nosotros. Además de que la cultura de la gente hoy es considerable, los medios informativos llegan a todo el mundo, aunque sea para confundir. Si un cura argumenta desde posturas naturales, no será raro que a los dos días salga por la televisión un premio Nobel contradiciéndolo, y la gente preferirá al científico de renombre que oficialmente está reconocido como sabio aunque, fuera de lo que haya estudiado y sea su especialidad, no sepa nada.

Hoy en día con la presión que ejerce el demonio y la situación de pecado, no puede ser entendida en su totalidad, íntegramente la moral natural. No sirven los argumentos meramente naturales para convencer de que la homosexualidad es mala pues habrá siempre quien argumente lo contrario con más o menos lógica. Por muchos científicos que se presenten hablando en términos médicos en contra del aborto, habrá otros tantos que digan lo opuesto.

Continuamente estamos viviendo como el que se opone al aborto es partidario del divorcio, o el que se opone a la homosexualidad está conforme con el uso de anticonceptivos... si en el centro no está Jesucristo no puede admitirse hoy íntegramente una moral, por mucho que se base en la Ley Natural.

Estamos llamados a predicar algo que no puede ser entendido por nadie si Dios no les da su gracia. La tarea que se nos confía es la de predicar precisamente lo que no se entiende porque es misterio. Jesucristo resucitado, solamente puede ser conocido y aceptado por aquél a quien le mueva el Espíritu Santo.

Sabemos que tenemos gracia suficiente para predicar a Cristo, no para intentar convencer en un plano meramente natural.

3.- Sentido radical de la Resurrección de Cristo

Cristo nos salva como sacerdote. Pero a diferencia de los sacrificios de la Antigua Alianza donde había que distinguir: la persona, representada por el animal que se sacrificaba, el sacerdote que la ofrecía y la propia víctima. Ahora, el nuevo Mediador, Cristo Sacerdote se ofrece a sí mismo como víctima para borrar los pecados de todos los hombres.

Sacrificar significa hacer sagrado, hacer divino, pero nada puede hacerse divino si no es el mismo Dios el que lo hace, ya que un simple hombre no tiene poder para hacer una cosa así. Para que haya sacrificio tiene que darse la acción del Espíritu Santo que mueve a ofrecer. Sacrificio siempre es acción de Dios que mueve al hombre a presentarle algo.

Jesucristo es movido por el Espíritu Santo a ofrecerse desde su sacerdocio, como víctima. Pero Cristo no hubiera quedado sacrificado si la Resurrección no se hubiese producido, simplemente habría quedado aniquilado como hombre, habría desaparecido y ahora estaría como un alma (que no es un hombre completo) en el seno de Abraham.

Sin haber pasado por la muerte, cabía la posibilidad de que el Padre hubiera permitido que el Hijo encarnado se transfigurase pasando directamente al cielo; lo que es imposible es que una vez muerto en su cuerpo podamos hablar de sacrificio si éste no resucita, pues el hombre queda aniquilado y nos falta el sujeto del sacrificio.

Así podemos decir que sacrificio en sentido estricto es la resurrección y, en sentido amplio, la muerte y la resurrección. La humanidad de Cristo queda totalmente transformada en la Resurrección y es donde se realiza el sacrificio. La salvación está hecha esencialmente con la Resurrección.

Aún siendo la cruz anterior a la Resurrección, no podemos entender aquélla sin la luz de ésta. Tampoco podemos conocer a Jesucristo si no vive en nosotros, y no puede vivir en nosotros si no ha resucitado.

La cruz es una parte del sacrificio y no la principal.

4.- Cristo resucitado es real, presente y viviente.

Hay una tendencia a negar el hecho de la Resurrección, sobre todo en esta época en la que tiene primacía lo que se llama la "vivencia", y habría que saber qué se entiende por tal, e impera el materialismo que impide admitir todo aquello que

no es captado por los sentidos.

Hay exégetas modernos que niegan la Resurrección de Jesucristo. Consideremos la gravedad de tal negación que haría falsa la presencia eucarística y a los cristianos nos convertiría en los más desgraciados de los hombres.

Jesucristo vive realmente hoy resucitado y esto podemos admitirlo gracias a la fe. Algunos consideren esta virtud como sugestión intentada por los cristianos para autoconvencerse de algo. Aún admitiendo que fuera una sugestión el pensar que en este lugar donde pretendo sentarme hay una silla, cuando me siento y realmente me quedo sentado sin caerme contra el suelo, habrá que pensar que ese pensamiento, que me creo absolutamente, no es tal sugestión sino que corresponde a una realidad, a que en verdad aquí hay una silla.

La fe es creadora de forma que donde antes no había salud, por ejemplo, hace que la haya. Por fe se consiguen las curaciones; por fe se logra que haya vida en aquél que momentos antes estaba muerto...

Es una pena que no tengamos en muchas ocasiones una fe lo suficientemente enérgica para que se produzca un testimonio coherente que transforme la mediocridad de un creyente, o la dureza de un no creyente. Podemos hacernos una idea de la importancia y necesidad de nuestra fe para poder captar y hacer captar a los demás, dejando actuar la energía de Jesucristo en nosotros, la realidad de Cristo resucitado.

No vamos a entrar en las presencias distintas que tiene hoy Jesucristo pues ya las hemos visto en otras ocasiones, solamente destacar que la presencia del Cristo real es la de un resucitado pues así es como en la actualidad se encuentra el Señor. Esas apariciones del Niño Jesús que es puesto en brazos del que las padece, no pueden ser reales porque el Niño Jesús no existe hace muchos años, se hizo mayor.

Algunas presencias que tiene en la actualidad Jesucristo son: la del cielo, la de la liturgia, la del superior, la de la eucaristía, la del magisterio...

Que Cristo hoy continúe viviendo gracias a la Resurrección es la único que da sentido a la idea de Cuerpo Místico.

5.- Cristo resucitado es glorioso.

Por glorioso entendemos lo mismo que divinizado. Consideremos que como hombre, Cristo participa de la eternidad, de la inmutabilidad, pero en cuanto tiene una presencia real corporal, en cuanto tal presencia corporal no se extiende a todo lugar.

Esto no impide que podamos entrar en contacto real con él, con toda su personalidad. Podemos relacionarnos con su realidad personal y ser influidos por su pensamiento, que pasa por su cerebro, por su cuerpo, aun sin entrar en contacto corporal con El. Algo parecido sucede cuando hablamos por teléfono con un amigo, que aunque no está presente nos hace conectar con todo su ser personal.

Lo normal en el ser humano es alabar las cosas buenas que se encuentra, y si no lo hace es porque algo en él no funciona.

Al contemplar a Jesucristo participando de la grandeza divina en cuanto hombre, o sea al modo humano, necesariamente debe llevarnos a glorificarle, a alabarlo. Son pues dos momentos: en primer lugar, glorioso significa que participa de las cualidades divinas y porque Jesucristo goza de esa gloria personal en su naturaleza humana, nosotros, a su vez, le glorificamos al contemplarlo tal y como es, es decir como Hijo de Dios, Verbo encarnado, Cabeza del Cuerpo Místico.

Si Jesucristo glorioso es objeto de nuestra glorificación, se debe a que en cuanto vive glorificado en nosotros nos hace capaces de reconocerlo y amarle, y es esa estima y alabanza que nace en nosotros lo que le produce también gloria.

Estamos hechos para la única tarea de glorificar a Dios, a Cristo resucitado de manera que cuando no lo hacemos no podemos ser felices. Hay que distinguir aquí la sana insatisfacción que tenemos aquí en la tierra al no poder cumplir el deseo de entrar en contacto con Jesucristo incluso con nuestros sentidos, viéndole, palpándole, pero esta insatisfacción propia de nuestra imperfección nos hace sufrir de una forma positiva dado que este sufrimiento es eficaz. Distinto es cuando, para satisfacernos, buscamos sustitutos, cosas que no son Jesucristo, entonces la sensación que en nosotros se produce es de fracaso y no alcanzamos la felicidad.

Al mismo tiempo que Jesucristo es objeto de nuestra glorificación, nos glorifica a nosotros ya que nos está comunicando su gloria, su gracia, la vida de Dios.

6.- Cristo resucitado es victorioso, vencedor.

Otro aspecto que hay que contemplar es que Cristo aparece glorificado por una victoria, por ser un triunfador, por haber vencido al mundo, al demonio y a la carne.

Por experiencia debemos tener conciencia de nuestra incapacidad, de nuestra impotencia para vencer la enfermedad, para cambiar un determinado ambiente, para desarraigar una mala tendencia.

Por otro lado, toda victoria en la tierra viene acompañada de derrotas múltiples, fracasos y tragedias. Así cuando decimos que un país ha vencido en una batalla ¿a costa de qué ha sido? ¿Cómo ha quedado el propio vencedor?

La única victoria pura, sin mezcla de derrota es la de Cristo, y por participación anticipada, la de la Virgen María. Esta victoria no pudo ser más profunda, tanto es así que por mucho que evolucionase la humanidad, nunca podría dar dos seres como la Virgen y Jesucristo porque con ellos ha tocado techo. Hablamos aquí de derrotas, de tragedias personales, no de sufrimiento pues esto no es ninguna tragedia ya que al hombre naturalmente le corresponde sufrir.

Un aspecto de esta victoria, y por tanto de la Resurrección, es el fruto. Jamás a lo largo de su vida terrena tuvo Cristo ni un solo fracaso, ni lo tiene actualmente pues su victoria es rotunda. Si permitió que sucediesen hechos aparentemente abortados y permite hoy que haya personas que se alejen de El, no es porque estemos ante un fracaso de Jesucristo sino porque así lo quiere permitir.

Cuando Cristo afirma: "En el mundo padeceréis tribulaciones pero tened confianza, yo he vencido al mundo", está hablando de algo que ya ha consumado, se expresa en pasado no en futuro. Cuando Cristo promete algo irremisiblemente se cumple, de ahí que supuesta la fe, debe salirnos espontáneamente la esperanza, la confianza, porque Cristo ha vencido al mundo.

La virtud característica del cristiano sobre la tierra debe ser la esperanza, virtud que desaparecerá en el cielo al verse sustituida por la posesión que incluye la certeza de la continuidad.

La esperanza nos hace ver el objeto al que tendemos como alcanzable, como posible ya que es un don que Dios nos quiere dar. No se trata, pues, de dilucidar si algo es fácil o difícil de alcanzar sino de fijarse en si Dios lo quiere conceder o no, dado que para la omnipotencia de Dios no hay dificultades.

En este ambiente debe desarrollarse la Iglesia, en la creencia de haber vencido con Cristo y de ser triunfadora. Se entiende en este contexto que el cristiano no puede dar cabida a complejos y acobardamientos que le son impropios.

¿Tenemos "pinta" de ser los vencedores o de ser más bien los derrotados?
 ¿Manifestamos la certeza de haber conseguido la victoria o todo lo contrario? Cuando sabemos que Cristo quiere una cosa ¿tenemos la seguridad de que se va a conseguir necesariamente? ¿Vivimos sin miedo a las cosas ni a la muerte?

Cierto es que esta victoria no se parece a las demás a que estamos acostumbrados en la tierra, pero como la Cuaresma y la Semana Santa deben ser enfocadas a la Resurrección, todo lo que sucede debe ser mirado a la luz que nos brinda la Resurrección. La victoria de Cristo aparece de un modo totalmente contrario, incluso a las victorias que leemos en el Antiguo Testamento. La exaltación de la que habla Jesucristo es la cruz y su triunfo es la muerte. El único camino de exaltación es la humillación, así es como se consigue la conversión de almas, que es de lo que se trata, y no de que nos saquen a hombros.

Jesucristo resucitado como vemos, no ha cambiado de idea respecto a este tema, pues, conserva las señales de lo que supuso la humillación en la tierra, sólo que esas marcas han pasado a ser su glorificación.

7.- Consecuencias.

Nosotros participamos de la muerte y resurrección de Cristo por el bautismo en el cual se nos comunica el Espíritu Santo como agua derramada sobre nosotros.

En el Evangelio de Juan (7,37-39) leemos durante la fiesta de los Tabernáculos, que era una festividad en torno al agua, que Jesucristo "puesto en pie, gritó: si alguno tiene sed, venga a mí, y beba el que crea en mí, como dice la Escritura: De su seno correrán ríos de agua viva. Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él. Pues aún no había Espíritu, pues todavía Jesús no había sido glorificado".

En ocasiones, es necesario para sacar el agua taladrar la tierra; de la misma forma que fue necesario taladrar la carne de Cristo para que brotase el agua viva del Espíritu Santo. Este Espíritu sólo brota de las brechas de la carne de Cristo y de las nuestras.

Cristo hubo de ser glorificado en la cruz y en la resurrección para poder enviarnos a su Santo Espíritu. Por eso "si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe".

La victoria de Cristo en la tierra se hace presente hoy por la cruz, aunque El haya vencido ya. Esta es la única fórmula y no podemos aceptar otra.

Cuando tratamos con gente que no viven una vida espiritual ni se interesan por la santidad pero "son buenas" y hacen "cosas buenas", nos suele parecer mal decirles que son males y accedemos a la mediocridad. No podemos claudicar en esto. Es el modelo de los santos el que da la medida de cómo debemos ser y cuál ha de ser nuestro comportamiento, que si no es espiritual, no sirve de nada.

Con el bautismo participamos de la muerte y resurrección de Cristo. Nuestra tendencia a la superficialidad hace que nos centremos más en el símbolo del bautismo como lavatorio que como muerte, pero con el símbolo del agua se quiere significar que en ella hay seres que viven y mueren. El que pasa por ella muere a lo que anteriormente era, para poder vivir en ese nuevo medio siendo lo que no era.

Existe dentro de nosotros la tendencia a la resurrección aunque no nos demos cuenta de ello. Por eso si verdaderamente esperamos esa realidad y la predicamos, los que escuchan terminarán por ser atraídos por esa salvación universal a la que nuestro dinamismo nos impulsa.

)Podemos decir que se nota en nuestra vida y forma de actuar una referencia a "algo" que conlleva esa redención universal, de manera que la gente se pregunte por ello aunque de momento no sepa que se trata de Cristo?

Si no lo vivimos y, por tanto, no lo predicamos, llegando incluso a pensar que la gente no lo puede entender, olvidando así ese dinamismo que todos llevamos dentro hacia la resurrección y hacia la salvación del mundo que nos hace connaturales con esa realidad, defraudamos a aquéllos que se nos han encomendado por nuestra falta de esperanza.

Por la gracia del bautismo participamos radicalmente en la Resurrección de Jesucristo; éste es el motivo que llevaba a los primeros cristianos a bautizarse solamente en Pascua, para realzar y remarcar más la importancia de este hecho.

Muerte y vida siempre van unidas en el plano natural, ya que conforme se desarrollan las energías en el hombre, la muerte se acerca más. Llegados a la madurez, momento ideal de la persona, la agilidad que en un tiempo se poseía ha desaparecido y no hay forma de recuperarla. Con la juventud se pierde la niñez y con la madurez la juventud.

Pero sucede, gracias a Dios, que con el crecimiento de la muerte en nosotros se va produciendo, si no lo impedimos, un crecimiento de vida eterna. La personalidad del individuo que es de suyo eterna, no debe perder la vida eterna. Vivimos de la esperanza en la resurrección, pero no en el sentido de algo que todavía no poseemos sino con la conciencia de tenerla ya. Esperamos algo de lo que tenemos una experiencia previa. Ese pregusto que hay en nosotros de vida eterna es lo que nos permite desearla y esperarla descaradamente.

La personalidad va pasando, y con ese paso que implica un ejercicio, se desarrolla, si es que el camino por dónde pasa es Jesucristo, que como sabemos es un camino que comunica la vida, pues, es al mismo tiempo la Vida.

Constitutivo de la persona es la vida, aunque pase por la cruz. Recordemos que el sacrificio de Cristo que nos une con Dios es, precisamente y sobre todo, la Resurrección, que es la Vida de santidad, la cuál se nos comunica por el Espíritu Santo que sólo brota de las brechas de Jesucristo, de la cruz.

El cristiano se enraíza en la Resurrección, en la Vida; de ahí surge esa alegría tan propia de los seguidores de Jesucristo, alegría que no cuenta con momentos de euforia sino que se caracteriza precisamente por la "estabilidad".

Cuando la alegría proviene de los sentidos únicamente, incluyendo el recurso de los sentidos interiores, que a través de la memoria nos recuerdan momentos agradables y que con la imaginación reconstruyen imágenes que nos complacen, necesariamente se producen ascensos y descensos de humor, penas, alegrías, tristezas... dada la variabilidad propia de lo sensible.

El cristiano para darse cuenta de que está alegre, con una alegría que hemos dado en llamar cristiana, habrá de pararse a pensar en ello, ya que ésta no tiene una redundancia en el aspecto exterior. Si puede ser registrada es debido a que quien la tiene, nota que nunca se entristece, ni se desanima, ni se pone de mal humor; es algo parecido a la salud; uno no registra que la tiene si no se para a pensar en ella o si no la pierde.

Una de las situaciones que pueden quitar la alegría al hombre es la de pensar en su muerte cuando cuenta sólo con la vida temporal. En el cristiano, por el contrario, este pensamiento tiene un sentido muy distinto ya que cuenta con la vida eterna. No tiene horror a la muerte pero le preocupa morir bien preparado, pues sabe que éste es el momento más importante de la vida de un cristiano que le lleva a participar de la forma más real en la muerte de Jesucristo. La Eucaristía que celebra la muerte del Señor, no deja de ser un sacramento, mientras que la muerte del cristiano ya no es sacramental sino auténtica realidad de la muerte de Cristo en la persona de uno de sus miembros.

Otra cosa que puede quitar la felicidad o al menos poner de mal humor es que murmuren de uno mismo. Si sabe llevarlo y elevarse al plano sobrenatural, podrá contar con un sufrimiento cristianizado, pero aún no estaremos frente al sufrimiento cristiano.

El cristiano que lo es de verdad, sufre con la murmuración en sentido objetivo, por lo que ésta tiene de pecado. No le molesta especialmente que critiquen de él, pues se da cuenta de que nunca se podrá decir bastante de lo malo que es y, desde luego, no le afecta mayormente. Al sacerdote que no sufre en cristiano, no puede

soportar se hable mal de él pero no le importa demasiado que hablen mal del sacerdote del pueblo cercano.

El cristiano, al igual que Cristo, vive crucificado para el mundo, lo que implica una postura molesta, ya que el mundo lo aborrece y el crucificado desprecia al mundo. Cristo era desagradable a los ojos del mundo y El en la cruz despreciaba el pecado de todos aquéllos que se alegraban de verle morir.

Esta ha de ser nuestra actitud. San Bernardo habla de tres posturas:

a) la del peregrino: que interrumpe su marcha repetidas veces a lo largo de su camino, entreteniéndose en los sitios y con las cosas, de manera que llega tarde y mal.

b) la del muerto: que no ve nada y por eso no le atraen las cosas del mundo y no se para con ellas. No es él quien camina sino que le llevan. Tampoco es ésta la postura adecuada para el cristiano, para el santo. Al santo le agradan los alimentos bien condimentados y, si no fuera así, sería que tenía un defecto fisiológico, no una virtud; otra cosa es que haya perdido el gusto a base de comer mal por virtud, pero el hecho de que no funcione ese sentido no es bueno en sí mismo.

c) la del crucificado: ya hemos dicho que es una figura molesta, pues, se enfrenta al mundo y lo desprecia, mientras que el mundo lo aborrece y lo persigue.

8.- Actitudes.

La actitud que debe tener el cristiano es la de **contemplar la gloria de Cristo resucitado**.

Es muy peligroso que el sacerdote necesite para descansar recurrir a otras personas.

Hemos de acostumbrarnos a buscar el desahogo en la contemplación de la gloria de Cristo y no en otras cosas, en la contemplación de su grandeza, de su forma de ser...

El director espiritual nunca puede dejar ver sus puntos flacos ni buscar aliento en sus dirigidos. Que no se encuentren padres que eduquen bien a sus hijos se debe, precisamente, a que los niños saben desde pequeños, cuáles son los puntos débiles de sus padres y cómo pueden sacarles lo que desean a base de lágrimas, de genio o por las buenas. Si uno sabe cómo poner enfadado a su director alterándolo con un tema, contenido presionándole en un resorte, etc. no se dejará conducir por él y tendrá el

dominio de la situación. Si al director le gustan las visiones, el dirigido tendrá visiones.

Hay que saber distinguir entre lo que es capacidad de comunicación y lo que es necesidad de desahogarse con los demás.

El sacerdote de un pueblo que trabaja pastoralmente y aprovecha los ratos libres que tiene para pasarlos con el Señor delante del sagrario, o sea, que lleva una vida interior intensa, puede tener la ocurrencia de acercarse al pueblo de al lado, una tarde, para hablar con el cura del lugar, sea para echarle una mano si cree que la puede necesitar, sea para cambiar impresiones y contarse las experiencias pastorales mutuamente, iluminándolos el Espíritu Santo a ello, para enriquecerles.

En este caso se aprecia, claramente, una capacidad suficiente y positiva de comunicación, que no lleva de fondo la necesidad de hablar con el otro cura para desahogarse, ni para pedirle ayuda.

Si que es fácil que un cura recién salido del seminario necesite acudir a otro para desahogarse y satisfacer esa necesidad por no encontrarse a un nivel suficiente de oración, pero considerando esto como un déficit que tenderá a desaparecer.

También es propio del sacerdote que tiene un verdadero celo pastoral, sufrir cuando advierte que los feligreses no atienden a los sacramentos ni hacen caso de la predicación. El presbítero dedicado a la cura de almas tiene un dinamismo dentro de él que le lleva a hablar de Jesucristo y sufre si no puede ponerlo en ejercicio, esto es natural.

Creo que es fácil distinguir el sufrimiento que se produce en este último caso, del que se sigue de no encontrar a alguien con quien desahogarse. El que ha llegado a la oración continua no "necesita" contar a nadie lo que le pasa, no le hace falta "desahogar" su capacidad comunicativa, pues la tiene suficientemente saciada con Jesucristo.

(Notas de clase del Curso de Espiritualidad)

CONOCIMIENTO E IDENTIFICACIÓN CON CRISTO

Se trata de precisar en qué consiste el conocimiento de Jesucristo, cómo se adquiere y cómo se transforma la vida del hombre.

Es necesario estar convencido de estas dos verdades:

10 El conocimiento de Cristo es una gracia, de la cual toda otra gracia deriva.

20 Este conocimiento es una revelación que tiene su historia en la historia del mundo, pero que es un misterio que el Padre comunica en el tiempo a aquellos que predestinó desde la eternidad.

La comunicación del misterio de Cristo se hace a las almas por la fe y ésta opera en la caridad la identificación con Cristo. Creer es conocer, concebir, amar y, por lo tanto, comunicarse, identificarse.

I.- CONOCIMIENTO DE CRISTO

En la fiesta de la Navidad, en la fiesta de la "aparición del misterio escondido en los siglos", la Iglesia nos da noticias de él, al entrar en el tiempo, con estas palabras del apóstol: "Ha aparecido la benignidad y la humanidad del Salvador y Dios nuestro".

San Pablo se siente depositario del misterio de Cristo y su preocupación y ocupación incesante es dárnoslo a conocer en toda su anchura, largura, altura y profundidad.

La vida eterna es la revelación y conocimiento del misterio que se encierra en Cristo: "Esta es la vida eterna, que te conozcan a tí, Padre, y a tu enviado, Jesucristo".

Cristo es el Verbo que está con Dios, en Dios y que es Dios. Al encarnarse, es la Luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. Los que creen en El se convierten en hijos de Dios, nacidos de su verdad y de su amor.

La predestinación de los hombres para la vida eterna nace del conocimiento divino. La mentira del pecado borró en nosotros esta verdad. La redención de esta esclavitud del error comienza por la promesa divina y se realiza por aquel acto en el cual Dios "vuelve su rostro" hacia nosotros. Un Yo divino, "Imagen de la sustancia divina", "esplendor de su gloria", fue visto en la tierra desde la Encarnación hasta la Ascensión.

La visión de Cristo por la fe es una función misteriosa, es un proceso espiritual que se realiza en el alma por la gracia de Dios, semejante a la divina procesión por la cual el Padre engendra al Hijo de su sustancia. Conocer a Cristo para la vida eterna, para nuestra santificación no proviene de la simple lectura del Evangelio y de la audición de la palabra evangélica. Estos son medios instrumentales que preparan el alma para el encuentro con la gracia de la fe o la perfeccionan.

II.- IDENTIFICACIÓN CON CRISTO

La identificación con Cristo no es solamente tener su manera de pensar y de obrar. La identificación con Cristo por la fe es el "trasplante" del Yo de Cristo a nuestras almas por la gracia de creer en El. La vida de Cristo en nosotros o nuestra vida de Cristo es, ante todo, un ser o una cualidad de filiación divina de la que por la caridad surge luego la vida moral, ética del cristiano que es en el mundo "otro Cristo". Lo ontológico precede a lo moral.

"Cristo inhabita por la fe en nuestros corazones", dice San Pablo. La divinidad, que Cristo posee como Dios, es la misma divinidad del Padre, que Cristo posee recibida por generación. Y es lo que constituye su personalidad de Hijo de Dios.

Esta vida filial llega a nosotros por una gracia merecida por Cristo, creada por Dios e infundida por el Espíritu Santo. Esta vida no queda inactiva en el orden del ser; es activa, da fruto.

Los cristianos recibimos el influjo vital de Cristo y por él podemos realizar actos para la vida eterna. La gracia o la vida de Cristo en nosotros nos comunica las funciones del Verbo encarnado, por las cuales somos con El, por El y en El maestros de su verdad, sacerdotes de su sacrificio y reyes de su reino.

III. CRECIMIENTO DE LA VIDA DE CRISTO

Cristo nace, crece en sabiduría y gracia con la edad en el tiempo histórico concreto en el que el Padre le dio vivir esta vida humana. Y se difunde en el espacio. El tiempo sigue siendo la atmósfera y el clima de la gestación del misterio de Cristo por la fe en las almas.

La Iglesia es el seno maternal mariano, donde por la fe el Verbo sigue haciéndose carne en toda carne. En la Iglesia está el misterio de Cristo, en la Iglesia está su vida y su verdad, en la Iglesia está su Magisterio, su sacerdocio, su realeza. El ministerio sacerdotal de la Iglesia es el sacerdocio de Cristo; el magisterio de la Iglesia es su función magisterial y su potestad pastoral, la realeza de Cristo que nos conduce

al Padre.

Entrar en la Iglesia para formar parte de Cristo es recibir el signo interior, la imagen divina de Cristo por la fe.

La encarnación física de Cristo comienza en Nazaret y termina en el Calvario. Este tramo de tiempo es la hora de la Liturgia del Verbo Encarnado; por ella cumple personalmente en su carne sus funciones de Maestro y Sacerdote, Salvador de todos los hombres. La encarnación mística comienza en el Calvario y se consuma en el tiempo y en la eternidad, en el altar del Cordero en el cielo y en la tierra.

IV.- LA LITURGIA Y NUESTRO CRECIMIENTO CRISTIANO

Los discípulos de Emaús van solos hacia su castillo. En el camino se les une Cristo. Conversan sobre el sentido de la Escritura con relación a la Pasión de Cristo. No lo conocen aún. Luego se sientan a la mesa y en la fracción del pan sus ojos se abren: Lo conocen por la fe. Ahora han entrado en el misterio de Cristo. Este episodio nos permite exponer nuestro pensamiento sin desviaciones.

En el camino que la Iglesia ha trazado en el Año litúrgico nos encontramos con la verdad y la vida de Cristo. Útil y necesario es el conocimiento de la Escritura: Ella será escrita para que nosotros comprendamos el misterio de la Encarnación y de la Pasión de Cristo y el misterio del pecado, sin lo cual no entenderemos el misterio de la paciencia divina y de nuestros sufrimientos. De toda la Sagrada Escritura, el Nuevo testamento es el contacto más íntimo con Cristo, antes de llegar a la intimidad de la fracción del pan.

En el camino del misterio litúrgico encontramos la síntesis rica y vivificante de toda la revelación, sin lo accidental, o mejor dicho, en la liturgia las sombras son luz, el signo es presencia y la promesa, realidad. En la dinámica de la liturgia del Sacramento -la Misa- como en el misterio de la Encarnación y el Calvario, encontramos la circulación fluida y bella de la vida divina de Cristo con sus matices tiernos, emocionados, graves, atractivos y heroicos. La síntesis doctrinal de la Liturgia en sus diversos tiempos o ciclos; la hondura y realismo de la plegaria; la variedad de los estados espirituales, conforme a la marcha litúrgica de la vida de Cristo troquelan el espíritu y el corazón, dándole al hombre el sentido de la Verdad Encarnada.

Es un dolor angustiante conocer la deformación de las almas, -que viven la liturgia, la selecta mayoría-, del valor formativo cristiano que posee la liturgia. Estas almas han leído el Evangelio, conocen lo histórico de la vida de Cristo, sus enseñanzas dogmáticas y morales, pero, como los discípulos de Emaús, no tienen la revelación del

misterio de Cristo que deberían tener, si supieran sentarse en la Mesa de la liturgia. La fe solo se da para el misterio y en el misterio. No comprendemos todo el valor de los sacramentos -cuyo centro es el altar- de los cuales dice Santo Tomás que son la "protestación de nuestra fe". El sacramento sin la fe es informe, no forma, no da la forma de Cristo, no comunica su misterio de Hijo de Dios. Y la fe, sin el sacramento, se deforma, deja de ser forma, molde vital de Cristo.

Si la fe es la causa y razón de nuestra identificación con Cristo y el sacramento -profesión de fe- la desarrolla, se deduce que, sin la comunicación asidua del sacramento, el testimonio del Padre en nosotros a favor de su Hijo queda frustrado.

"Por la fe y los misterios Cristo vive en la Iglesia" (O. Casel). Vivir la economía de la Iglesia que se despliega en su liturgia es estar de la única forma posible en la corriente del Verbo encarnado.

El culto litúrgico es un misterio, como es la Encarnación histórica. San Juan pudo decir que él palpó emocionado, que tocó al Verbo de la Vida. Y San Ambrosio dice algo semejante, cuando escribe: "Te hablo y te vivo en tus misterios".

La Encarnación no pudo agotar el misterio de Cristo; fue su comienzo. Aprisionado en el reducto de la historia y de la geografía de su tiempo, fue borrado de la vida temporal por la fuerza del odio. Pero el amor le dio transcendencia en el misterio. Después de Calvario, entra en el mundo del signo, del sacramento, para ser visto y vivido por la fe. Aquí está y estará viviente hasta la consumación de la perfección de su vida mística en la Iglesia.

Pascua es el comienzo de la fe; Pentecostés es la proyección de la Pascua en las almas por el Espíritu Santo. Navidad y Epifanía es ese mismo proceso, visto en el plano de la historia.

Cada alma, en el misterio de la Liturgia, queda transformada en Cristo y lo vive; con Cristo nace; con Cristo vive y con Cristo muere, sin excluir la forma de la cruz; pero con Cristo resucita para la vida eterna.

Estas ideas son la palabra y la acción de la liturgia. Quien quiera tener una mentalidad y un sentir totalmente cristiano no puede menos de meditar el misterio del culto litúrgico: las lecturas, las oraciones, el suceder litúrgico y luego la fracción del pan del sacrificio le dará la intelección de la palabra y del gesto, carne envolvente del misterio.

V.- EL APOSTOLADO

El apostolado de la Iglesia, como su sacerdocio, es un poder constitutivo de su místico ser Cristo.

Todo poder de la Iglesia se basa en la gracia; luego debemos deducir que hay una gracia de apostolado. La gracia de la unión hipostática constituyó a Cristo sacerdote y la misma gracia lo constituyó apóstol. La gracia de la unión mística del Verbo encarnado con la Iglesia constituye a ésta sacerdote y apóstol con Cristo.

En la Iglesia todo hombre es alter Christus y es, por los mismo, sacerdote y apóstol. Esta verdad se reafirma en el caso del miembro de la Iglesia llamado al apostolado.

La vida de la Cabeza desciende a los miembros por el movimiento de la caridad y por esta misma fuerza de unos miembros se comunica a otros. Si una llamada especial constituye a ciertos cristianos en un estado más activo de apostolado, una gracia especial debe comunicarles fuerzas propias para su ejercicio.

Esta gracia se mueve en dos direcciones: Hacia el centro de la vida y hacia la periferia de vitalización. Por la primera dirección, nos hundimos en el misterio de la vida en Cristo; por la segunda nos volcamos sobre el misterio del pecado para redimirlo.

Si el apostolado fuera la visión pasiva del mal, significaría que la vivencia del misterio de Cristo es un engaño. el apostolado es la caridad del Padre, que rompe el misterio de su vida, para comunicárnosla en la Encarnación. El apostolado es el misterio de la Iglesia que, a través de su liturgia, nos va comunicando la verdad y la vida. La Iglesia, que vive de la caridad de Cristo, siente los dolores y las alegrías de la maternidad dándonos a Cristo.

Si no pensamos, sentimos y obramos con y como la Iglesia, es que estamos inconscientemente en el misterio de su vida. Vamos al altar donde todo es vida en el misterio de su liturgia para recibir, pero no para ser urgidos por una acción concepción que imponen el dolor y la alegría de dar la vida en y por el apostolado, como María para darnos a Cristo y como Cristo para darnos al Padre.

(Notas de reflexión).

VIDA CRISTIANA COMO AMISTAD CON CRISTO

1.-)Qué es una amistad?

Es un conocimiento y amor mutuo de uno hacia el otro.

Supone: El conocimiento por el trato. Intimidad.

El conocimiento y el interés por los asuntos del amigo.

El deseo de darle gusto y ayudarle a él mismo y en sus actuaciones.

El deseo de no disgustarle.

La base es lo primero. El hacer la voluntad de otro puede estar al alcance de un buen criado, pero la intimidad supone amistad.

2.- Contemplar cómo hace Cristo todo esto con nosotros:

Nos conoce totalmente: Como somos. Lo que hemos hecho. Lo que estamos haciendo. Nuestro interior. Nuestro futuro... Plenamente y perfectamente.

Todas nuestras cosas le interesan, como que son suyas: O le desagradan -y sufrió por ellas en la tierra- o le complacen. No hay nada nuestro que sea indiferente para El.

Nos ama a cada uno, con tal fuerza que ha dado la vida por nosotros.

Nos ayuda continuamente con su gracia y nos quiere proporcionar la felicidad total. Pero el amor de Cristo no nos ahorra sufrimientos concretos, cuando nos pueden servir de medios para ser mejores, más santos. Por el contrario, lo que hizo fue sufrir El también cosas semejantes.

3.- Contemplar ahora si nosotros somos amigos de Cristo:

Le conocemos. Le tratamos. Nos damos cuenta de su amor. Nos interesamos por sus "asuntos", que es la salvación del mundo, la comunidad de los hombres.

Intentamos agradecerle en todo. Evitamos cualquier pecado y hasta procuramos corregir cualquier defecto, que sabemos le desagrada.

TEXTOS:

Jesucristo quiere ser amigo nuestro: Jn 15,15-16.

Jesucristo nos conoce: Mt 6,5; 15,18; 16,7-12; 22,17-21. Jn 1,47; 2,24-25; 4,18-19; 5,5-6; 6,64-70; 7,20; 10,14-15; 20,27.

Nos ama: 13,1.34; 15,9.13.

SINGULARIDAD DEL AMOR DE CRISTO

La amistad con Cristo es totalmente singular. No es amistad entre iguales y como desde fuera, sino que Cristo es superior, de modo que ni podemos entenderlo. Y actúa desde dentro de nosotros mismos.

Inteligencia de Jesucristo: Conoce todo lo que existe, sin errores...

Voluntad de Cristo: Quiere sólo y todo lo bueno. Siempre lo mejor. Es capaz de hacer cualquier milagro. Todo lo que sucede está promovido o permitido por El.

Cristo obra en nuestro interior: Sin palabras externas. Y muchas veces con la colaboración de los hombres y por medio de las cosas, Cristo es quien nos ilumina, nos fortalece...

Y siempre en lo que toca a cada uno, Cristo obra para bien de él, para que sea mejor, para que viva más unido a El.

Aunque fallen los colaboradores, si yo quiero recibir el bien que Cristo quiere darme, El suple con gracias interiores.

En cada momento lo que debo ver es: ¿Qué está haciendo Cristo en mí? Todo existe o sucede para que yo conozca este amor.

Por eso el cristiano perfecto dice con San Pablo: "No vivo yo, es Cristo quien vive en mí".

Imagen del Cuerpo místico: La unión con Cristo es tal que formamos una sola cosa con El y por tanto entre nosotros.

TEXTOS:

Entendimiento de Cristo:

Voluntad de Cristo. Santidad. Milagros: Jn 2,1-11; 4,46-54.

Unión con nosotros: Jn 15,1-10; Mt 25,31-46; I Cor 12,27; Ef 5,25-32.

(Notas de reflexión)

SOBRE EL AMOR DE CRISTO

Retazos del Diario.

Día 29 de Marzo

Comienzo a escribir a las 6'10 de la mañana; tengo libre al menos hasta las 8, hora en que, supongo, se levantará la comunidad.

Intento comenzar una serie de escritos legibles. La escritura la he empleado desde antiguo como instrumento de mi oración; pero mis cuadernos manuscritos resultan parcialmente inservibles, puesto que cada vez más, la letra me brota ilegible.

Estos días querría prepararme un poco a celebrar el aniversario de mi ordenación y mi primera Misa. El término **celebrar** puede parecer un tanto irrisorio, dadas las expresiones que van a seguir. Sin embargo, puesto que, eso sí, pese a todo, mi gozo esencial consiste en la contemplación del Amor divino, no cabe duda de que se trata de una impresionante celebración.

Como primera muestra de mis pensamientos y sentimientos, voy a copiar algunas frases ajenas. Sea la primera tomada del Apocalipsis (3,17): *Porque dices soy rico, me he enriquecido y no tengo necesidades; y no ves que eres el desgraciado y miserable y pobre y ciego y desnudo+.

Y luego estas otras de Carlos de Foucauld: *Más de cincuenta años hace que Vd. me volvió a Jesús y es mi padre; cerca de dieciocho que entré en el convento. A los cincuenta años, (qué cosecha debiera tener para mí y para los otros! Y, en lugar de ello, yo no tengo más que miseria y desnudez, y a los otros no les he hecho el menor bien... Por los frutos se conoce al árbol, y esto muestra lo que yo soy+. *Es la paz, con un poco de tristeza, que viene del orgullo, del amor propio y de la cobardía de verme en el atardecer de esta vida tan miserable y haber dado tan poco fruto, como el grano de trigo que no muere...+.

Por cierto, (cuánto más podría decir yo! Hace, al menos 20 años, que Dios obró sobre mí lo que no puede menos de llamarse estrictamente un milagro. Y luego, no ha dejado jamás una temporada larga -y probablemente podría decir que ni un día entero- sin actuar maravillosamente. Y sin embargo... Es cierto que hoy, como en los primeros tiempos de mi primera conversión real, lo primero que me sale, y muy justamente, es la vieja frase del salmo: *Misericordias Domini in aeternum cantabo+.

Pero esta noche, en particular, lo que deseo no es examinar toda mi vida como manifestación del Amor de Dios -ello irá saliendo poco a poco-, sino revisar los

motivos de la relativa infecundidad de mi apostolado. Relativa, porque no dudo de la realidad de algunos frutos, incluso palpables; en mí y en otros. Pero infecundidad, porque (cuántos fracasos, que seguramente no debieran haberse producido! El fruto pende todo de la unión con Cristo. La unión se realiza por la fe y el amor o, si se toman las palabras en plenitud de sentido, de la fe sin más. Ahora, la fe es conciencia de la existencia de Cristo tal como es y, a la vez, acogida de Cristo en nuestra vida. Y ambas cosas son débiles en mí. Comenzaré por un examen de mi apostolado, que como fruto, revela el árbol que soy yo.

Es indudable que mi apostolado se halla limitado por innumerables apegos. En primer lugar, y reduciéndome a la vida actual, están los dolores de cabeza. Frecuentes. Ahora ellos significan casi siempre intolerancia frente al prójimo. Mi caridad llega a empapar, hasta cierto punto, las zonas más conscientes; la fe me funciona ordinariamente, hasta cierto punto, en mis faenas estrictamente apostólicas. Pero cuando estoy v. gr. en el comedor, la vileza de las conversaciones -en sus aspectos naturales y sobrenaturales- me aburre, me hastía y me produce jaqueca. Me interesa, todavía, más el tema que las personas; me interesa la realización de mis gustos (ciertamente buenos); me interesa la consecución de mis objetivos pastorales, que veo como obstaculizados por el ambiente que revelan esas charlas. **No estoy dejado en Cristo.**

En segundo lugar hay ciertas brusquedades. Respuestas más o menos hirientes. Y los motivos parecen ser, ante todo, la misma contradicción respecto de los objetivos pastorales, y la sensación de incompreensión personal. No se puede decir que sea vanidoso. Me paso días enteros sin acordarme para nada de lo que puedan pensar de mí. Pero hay veces que me hiere -cierto que muy levemente- alguna señal de menosprecio concreto. Por ejemplo, cuando ayer dijo X que no entiendo nada, que no me interesa la belleza.)Herido el amor propio?)O herida la efectividad? Es cierto que no necesito de nadie; pero una vez en relación con las personas, mi afecto funciona con movimientos no cristianizados, sino egoístas.

Esto mismo se manifiesta, de modo muy particular, en mis relaciones con los dirigidos. Me vuelco con unos, soy excesivamente sobrio -cartas, llamadas- con otros. No creo que la selección venga de ningún movimiento del Espíritu Santo, sino de mis simpatías personales. Y ello infecundiza el apostolado.

Y no digamos de los desbordamientos de esta ternura, absolutamente inadmisibles.)Cómo pensar que es Cristo quien me impulsa a ello? Y una cierta reserva ante ciertas personas... Cada caso con aspectos diversos,)no encierra, en el fondo, algo de temor de rechazo personal? Claro que todo esto no suele llegar a lo consciente; pero es que -y aquí vamos al fondo- si hubiera sido fiel a la oración, a estas fechas (y desde luego hace mucho) todo esto se hubiera hecho consciente y habría sido

barrido por la gracia.

Y finalmente -tema muy revisado- **está mi deseo de saber**: horas de estudio, compra de libros. Es cierto que, de momento, me ayuda el estudio; pero ¿no habría habido forma de encontrar una orientación en que, sin dejar lecturas serias y aun serio estudio -que considero estrictamente obligatorio para el sacerdote- hubiera podido mezclarse, sin conflicto, con una tarea pastoral sin interrupciones?

Día 30 de Marzo. Jueves Santo

Me levanto un poco antes de las 4'30. Anoche acaso cedí a mi gusto prolongando excesivamente la lectura de *Berenice+, que entiendo sin tropiezo alguno. En todo caso, me he despertado a la hora deseada, pues dispongo de tiempo para orar hasta las 9'30.

Termino el "Itinerario espiritual" de C. de Foucauld. Creo que me ha hecho mucho bien y puede hacerlo a los demás. Algo misterioso; cómo, pese a todas las infidelidades de mi vida, lo que ciertamente avanza sin cesar es la visión sobrenatural. Sí, cada uno tiene su propio don y sin duda el mío es este de ver. Apenas me dejo influir un poco por El, mi facilidad, mi anchura y profundidad y longitud en las visiones adelanta. En este libro se me iluminan realidades intuídas, e incluso en cierto modo enunciadas antes. Pero se me articulan en síntesis lógica y afectiva, clara y gozosa; satisfactoria para la mente y para el corazón y alentadora para la voluntad.

Algunas conclusiones: el Espíritu nos conduce según una línea que, en lo hondo, es peculiar, conforme con nuestra manera de ser natural; pero que contradice casi todas las tendencias naturales que aparecen como propias y que son, por ello, las que pensamos que han de ser respetadas. En cuanto a mí pienso si no habrá sido mero engaño mi vocación intelectual, que tanto he tratado de salvar siempre. Si no fuí más clarividente cuando a los 17 años liquidé mi entonces reducida biblioteca y me negué a toda clase de lectura, excepto la obligatoria por obediencia y la puramente espiritual. Estos últimos días apenas he estudiado y, no obstante, se me han esclarecido orientaciones teológicas antes confusas. Por cierto, el estudio es, como señalaba anoche, estrictamente obligatorio para el sacerdote; pero no en la medida en que yo me he empeñado en mantenerlo en mi vida. La renuncia al estudio, al menos a esa profundidad del estudio, me hubiera facilitado, sin duda, abundancia de oración y evitado tensiones muy nocivas.

Habría sido, a la vez, una de las dos grandes aniquilaciones naturales, crucifixiones o aspectos de la crucifixión, en que Cristo podría haber entrado en mi vida. Esto es una iluminación casi nueva. Y probablemente muy fecunda.

La prioridad en todo de la colaboración humana. Los sacramentos, sin mermar su importancia fontal, son acaso, precisamente fuentes, que no hay que buscar que substituyan a la tarea de colaboración personal, consciente, de Cristo en nosotros. He dicho, a veces, que una suspensión "a divinis" conforma más al sacerdote con Cristo que la misma celebración de la Misa. He dicho que lo que nos configura, en último término, es la muerte totalmente influida por El y que la unción sólo es una ayuda para esa configuración. He dicho que es claro -por más que sea un misterio- que la presencia eucarística no santifica al pueblo, mientras no hay un sacerdote que viva personalmente el misterio de la eucaristía en su interior. En suma, es volver a algo muy recalcado en San Juan de la Cruz, que a veces se le ha reprochado y en lo que tiene razón él y no sus censores: que la unión con Dios se realiza por la fe, la esperanza y la caridad y todo lo demás en esta tierra son ayudas, fuentes incluso, o consecuencias.

Debo restablecer, consiguientemente, una antigua y olvidada costumbre: preguntarle con mucha frecuencia, siempre que me acuerde -y espero que me conceda el avisarme-)qué hacemos ahora? No se trata más que de eso: de que El me mueva a su modo.

No veo todavía -y espero como probable que me otorgue también en esto claridad- si el moverme El trae como fruto, el que realmente mis acciones sólo puedan ser las que hubiera hecho El solo, o si ello se realiza también a mi manera, dado que Cristo es universal.

Y aquí empalmo con lo de anoche. En el relativo, pero enorme, fracaso que constituye mi vida entera, pero especialmente estos 18 años de sacerdocio, (qué inconmensurable responsabilidad apostólica, Dios santo!)Qué hubiera sucedido si yo hubiese sido fiel? Pues es cierto que mis diminutas fidelidades han ido siempre seguidas de realizaciones apostólicas, incluso visibles. No tengo duda alguna de que estos superiores son más virtuosos que yo; que su vida sacerdotal ha estado en línea de mucha más fidelidad que la mía; y sin embargo, yo veo muchísimo más que ellos, y ha sido mi llegada la que ha marcado un viraje de capital importancia en la formación de los muchachos.

Es verdad -y ello no achica en nada mi responsabilidad, ni los motivos de arrepentimiento- que todo está dirigido por El y que en su dirección, infinitamente sabia, entra la permisión de nuestros pecados. Es verdad, por ello, que ofrezco un testimonio totalmente peculiar de Cristo a las gentes: su amor a un amigo generalmente infiel, pero con arrebatos de fidelidad heroica. Que al menos ha sido -sin esfuerzo suyo- heroico en la fe, en cuanto que jamás ha dudado de su amor. Y esto me ha permitido anunciar, a todo el que ha querido oírme, la constancia de Cristo como

Esposo. Pero, Dios mío, ¿no habrá llegado por fin la hora, de poder ser testigo de que su amor es capaz de acabar con las infidelidades? Esto lo sé de oídas y no lo dudo en lo más mínimo; de antiguo he sido aficionado a lecturas que expresan el triunfo de ese amor. Las vidas y los escritos de los santos no han estado jamás largo tiempo ausentes de mis tareas. Pero ¿no será ya tiempo de que brillen en mitad de mi corazón? Un poco de experiencia de que Cristo es la Paz, el Amor, la Verdad, la Unidad, ya tengo. ¿No será momento de experimentarlo en la relativa plenitud posible?

He dicho muchas veces que yo tengo costumbre de hablar bien de El y que para no quedar El mal no tendrá más remedio que salvarme con totalidad. Desde los 17 años, no he dejado nunca de esperar, en medio de la experiencia más dura de mi fracaso. Ello es una gracia que sobrepasa, ciertamente, cualquier imaginación. Hoy mismo, humanamente no tengo más asidero para esperar, que la experiencia de haber esperado. (Y es que la esperanza no es algo natural en mí, que por temperamento y por sensación infantil, soy absolutamente desconfiado, proclive a la desesperación pura). Y sin embargo, espero.

Yo he definido la vida cristiana como una espera incansable del milagro; del milagro, claro está, de la acción del Espíritu que nos convierte.

Ahora que humanamente no siento ya ni posibilidades de realización alguna en ningún campo. Que siento que me dejarían los amigos que pudiera tener, porque ya las pocas cualidades que pueda haber tenido están a punto de desvanecerse; que experimento mi cuerpo como una vieja morada que se arruina, que se va precipitando en el deterioro (se me pierde la vista, puedo suponer, como próxima, una sordera casi inutilizante para el apostolado), que mi cabeza ya no puede, ni en tentación, planear esos anchos estudios que tanto gozo me producen; que en la sociedad humana -quiero decir por supuesto en la pastoral- no tengo puesto alguno. Que me encuentro, en suma, como el Roubachof después de su condena, *un viejecillo insignificante+, pero sin una pena de muerte sobre mí, que solucione el problema de la vida sobre la tierra. Totalmente, totalmente desarraigado, ¿no es ya tiempo de que El me absorba? Al fin, por unas fidelidades fundamentales, ¿no he orientado yo mismo, incluso conscientemente, mi vida hacia esto? ¿No he gozado siempre con una ancianidad sin más apoyo que El? ¿No he gritado, de joven, desde muy joven, como ideal para el sacerdote, la muerte en un hospital, recogido por la caridad o la beneficencia pública, probablemente aceptado como estorbo, sin calor humano alguno en torno? Siento todo esto como próximo a realizarse. Y no será más que la plenitud de aquello a que me entregué, sumamente gozoso, a los 17 años, cuando tenía -o creía tener- ante mí, abiertos los panoramas del amor y de la sabiduría humana.

No me hiere en absoluto este fracaso, quizás, en primer término, porque no lo

siento como tal. Creo, en primer lugar, en el perdón de Dios. El perdón -he predicado muchas veces- consiste en la reiteración del ofrecimiento de los dones rechazados. Sí, pienso que Dios me quiere dar ahora lo que he rechazado antes. Y en segundo lugar, porque mi tendencia principal no ha sido amar yo a Cristo, sino gozarme en que El es Amor y nos ama. Y una amistad que aguanta unos cuarenta años (partamos desde los 6, en que ya disfrutaba de cierta conciencia), se prueba como firme.

No me molesta nada eso que tanto parece herir a muchos: dar a Dios los desechos. No trato de dar a Dios nada, pues El es siempre quien da. Es no más, por el contrario, quien manifiesta su grandeza, su autosuficiencia infinita, su ser Amor, amando a los que parecen más indignos de su amor. Y eso es, cabalmente, lo que le satisface. Y lo que me hechiza...

(...).

Día 31 de Marzo. Viernes Santo.

Me he levantado a las 3'30. Son las 5'15. Quiero anotar algo de lo entrevisto -no me atrevo a decir más- ayer.

La misa crismal, auténtica maravilla, me sumió en una situación de sereno gozo humilde. (Esta presencia del Espíritu! Porque aunque poco, realmente amo al Espíritu Santo. Verdad que me brotan espontáneas las visiones sobrenaturales con sus dos aspectos, cada uno de los cuales acrecienta la claridad del otro.)Qué sería yo ahora, si hubiese sido fiel al Espíritu, al menos desde aquellos días de Salamanca, en que estudié el tratado de Trinidad?

Antes había ido a confesar. Una confesión resumen, muy conciso, pero bastante exacto, de mi vida. Es evidente que con el pretexto -que tiene ciertamente realidad a veces- de no escandalizar, disfrazo mi soberbia de declarar mis pecados a otro sacerdote. Es cierto, por tanto, que aún estoy apegado a mi buena fama. Porque a la Luz de Cristo -y no hay otra-, ¿qué es eso de que tal hombre piense bien o mal de mí?)Qué es escuchar una reprensión, como me ha sucedido a veces, que yo comprendo que tengo muy merecida? Ello pierde, digamos, incluso toda realidad, cuando se contempla la humillación de Cristo, que no cometió, ni podía siquiera cometer pecado alguno.

La persuasión, muy exacta en cuanto a su objeto, de que cabalmente la confesión es una alabanza anticipada por lo que Dios va a hacer conmigo; y la seguridad de que tal acción -una de las "obras mayores" que anuncia Cristo que haremos en su nombre, mayor que todos los milagros que el obró en la tierra- produce la posibilidad de recibir las gracias anteriormente rechazadas. Un acrecentamiento inimaginable. No digo de golpe, pero sí en germen; de modo que con una fidelidad

normal a la gracia concreta, recibida en la absolución de ayer, yo pueda en una temporada, ser situado al nivel en que me hubiera colocado la fidelidad de toda mi vida. Más ama a quien más se le perdona. No debo considerarme disminuido por mis pecados anteriores; debo simplemente dejarme invadir de esta conciencia, de que el Amor de Dios es una realidad incomparablemente más bella, más poderosa, más intensa que cualquier creación de nuestra pobre imaginación humana.

Las promesas sacerdotales, con su expresión absolutista "renunciando a vosotros mismos", "uniros más fuertemente a Cristo", "por amor a Cristo", "movidos únicamente por el celo de las almas", no son ante todo, pese a su enunciación, promesas nuestras; son en primer lugar promesas de Cristo. Es decir, que después de 18 años de verme fallar en casi todo, Cristo me renueva su confianza, su declaración de amor total y peculiar. Y ello iluminándome previamente. Por supuesto, soy muchísimo más consciente que a los 23 años, de lo que ha sucedido ayer, de lo que aconteció en aquel entonces. Cristo el Esposo. Recuerdo del capítulo tan meditado de Ezequiel.

Invitación a los fieles a que oren por los sacerdotes. Debo insistir mucho más en que oren por mí. Y declarar a los invitados el sentido de la oración. Y aumentar el recurso a los santos, a quienes pedimos intercesión el día de mis órdenes.

Conciencia del interés que ellos tienen en que sea fiel. Ellos, que arden ya irremediabilmente para siempre, en el amor de Cristo y en el celo consiguiente por los hermanos de aquí abajo.

Mirada a mis relaciones con la Eucaristía; sencillamente trágico, por parte mía.)Cuántas personas tendrían vida, si yo hubiese sido fiel a la llamada de Cristo para difundir el Pan vivificante? Pero he enseñado tan poco y tan mal a la gente a ir a El... (Aquellos primeros tiempos, en Totanés, en que se multiplicaban continuamente las comuniones, las visitas a Cristo, las conversiones sinceras!) Qué hubiera sido de mis ambientes, si yo hubiera mantenido aquel ritmo de amor a Cristo y celo por las almas?

El amor de Cristo que se manifiesta en la Semana Santa: amistad ilimitada. Llamamiento a la intimidad absoluta: da la vida por mí -con plena conciencia ininterrumpida durante años-; quiere estar en mí como víctima y sacerdote; en la comunión me da la vida, comunicándome el Espíritu. No hay nada suyo que no desee que yo comparta. Y con eso me plenifica.)En qué diablos ando distraído?

La verdad es que, de un modo, en cierto sentido inconcebible, supuesto mi temperamento pesimista, imprevisible, atendiendo a mis primeros años, tentado tantas veces de la desesperación hasta el proyecto de suicidio, ahora me es imposible ni

siquiera sentirme trágico ante tanto fracaso. Mi vida se me ofrece como una obra de belleza maravillosa. (Dios mío, nada hay más hermoso que el amor! (Dios que es Amor, es Belleza), y los 46 años ya pretéritos están apretadamente llenos de manifestaciones, de realizaciones del amor de Cristo. Y en El, actuando sin cesar, el Padre y el Espíritu. Si fuera pintor, (qué cuadro!; si tuviera tiempo, (qué poema! San Juan de la Cruz pudo cantar -lo que daba su experiencia- el amor de Cristo a una esposa fiel; yo compondría el cántico del amor de Cristo al hombre que no le fue fiel jamás. Y ese matiz es todavía más bello. El poema no lo escribiré nunca; pero el gozo de la contemplación de este Amante, eso no me lo puede impedir nadie, como no sea El mismo, para que le ame yo de una vez.

Rezando maitines, ya esta noche, me doy cuenta de lo somero de mi conocimiento de la cruz. Este misterio cimeramente luminoso. De todo, sólo un propósito; prolongar hasta Pentecostés esta costumbre cuaresmal, de consagrar todas las horas de la noche a la oración. Es evidente que, en cuanto me dispongo y paso unas horas con El, me ilumina. Si me hubiera casado, ¿no habrían sido estas horas las de intimidad máxima, en soledad segura, silenciosa? Charlas por supuesto, y mero estar en plenitud de actuación afectiva. Pues lo mismo con El. Que además no necesita ya dormir. Y que me ha hecho tan peculiarmente apto para el amor de intimidad, de confianza, y por añadidura, vigilante. Yo todavía preciso dormir, pero gracias a El, qué poco...

Un rato en la capilla, leyendo despaciosamente la pasión según San Juan. Verdad que lo esencial no es el sufrimiento, y menos el corporal; pero no es menos cierto, que lo contemplo tan poco, que vivo como si no hubiera sucedido jamás. (Pero ha sucedido! De verdad Cristo ha sido azotado, burlado, abofeteado, coronado de espinas y taladrado, y ha estado colgado en la cruz unas tres horas. Y todo ello por mí, y por cada una de las personas que trato o ni siquiera conozco. Y realmente la postura interior que Cristo quiere influir en mí es que sea capaz, en cualquier momento, de dejarme burlar y azotar y abofetear y crucificar por cualquiera de ellas... Y que tenga en mi corazón sus tormentos. Y esto no acaece.

Iluminación acerca de la relación eucaristía-cruz-resurrección--misión del Espíritu Santo. Como he visto antes, mi único proyecto es orar más intensamente. Como estos días. En Toledo, al menos tres horas cada noche; y a la vuelta -hasta Pentecostés siquiera, luego Dios me dirá- desde que me levante hasta la hora de la Misa de comunidad. Preferentemente en la capilla. Cristo presente eucarísticamente me comunicará su Espíritu, y El me conducirá a toda Verdad...

No creo que deba proponer nada. Sólo oración y confesión semanal; eso sí, que todas mis actividades litúrgicas sean preparadas en esos ratos de oración. Y que lo sean, asimismo, mis confesiones, para que puedan ser alabanza de las Personas

divinas.

Día 1 de abril. Sábado Santo

Me he levantado a las 5, o mejor, he comenzado la oración a las 5. Anoche me acosté más tarde, pues hablé larga y sabrosamente con X. Es curiosa esta facilidad mía para simpatizar con la gente, apenas me muestran un mínimo de inteligencia en los criterios sobrenaturales. Sí, realmente soy fácil para prescindir de cualquier motivo de separación, en cuanto me suministran la menor ocasión. He puesto el despertador más tarde, porque desde ayer tarde siento dolor de cabeza muy fuerte y persistente, que se resiste a las cafiaspirinas. Realmente mi vida de cruz física, aunque sea en medida modesta, está segura, pues apenas se pasa un día en que no me acucien varios dolores, o al menos molestias y malestar diverso. También en ello me sale espontáneamente la aceptación gustosa: sentido de actualización terrena de la cruz de Cristo, de unión con El, de posibilidad de entender un poco mejor su amor, de auxilio al prójimo... Lo cual es una luz de Dios muy digna de gratitud. Lo triste es el poco provecho que ha tenido durante años este hábito, ya construido en mi psicología, por razón de la pobreza, o nulidad, de mi vida espiritual. Tanto más de agradecer que Dios me lo haya conservado, a mí que ni siquiera era su amigo. (Algo muy letificante: dondequiera me revuelva encuentro esta ternura -tan recalcada estos días en la liturgia-divina que me rodea).

Ayer, un tanto al azar, en uno de esos momentos en que estás *haciendo tiempo+, tomé el libro *Dios les basta+, y lo abrí y topé con aquella frase -ya conocida- de Santa Teresa de Lisieux: *hermana mía, Vd. quiere la justicia de Dios, y la tendrá. Porque el alma recibe exactamente de Dios lo que de El espera+. Salí llorando, porque en unos momentos en que tengo tan presente mi fracaso, me asegura cabalmente del éxito. Pues, esto es cierto, siempre he esperado de Dios el amor sin más, y lo he esperado en circunstancias, diríamos desesperantes. Y por ello, estoy seguro de recibirlo. Exactamente eso, pero en abundancia infinitamente mayor.

Necesidad de contemplarse siervo inútil. Bueno, desde luego es imposible que haya ahondado mucho en esto, puesto que no soy capaz de ahondar en nada; pero al menos es verdad que tengo conciencia, e incluso sensación muy viva, de mi inutilidad, y no sólo de eso, sino más allá, de mi peligrosidad. En los diversos ensayos de huída del apostolado también ha influido este elemento. Considero que soy positivamente nocivo para las personas que me tratan. No quiero decir que no haya producido bien en torno mío; pero eso es la obra de Dios en mí, por puro amor paciente a mí mismo, por amor a ellos. Pero mi actividad, en cuanto mía, es claramente dañosa. Como no puede ser menos, puesto que no vive Cristo en mí, puesto que apenas le dejo actuar. Sólo apoyado en la obediencia, me atrevo a hablar a veces. Es decir, apoyado en lo que Dios ha mantenido en mí, a pesar mío. El que haya

personas que han cambiado, que se han convertido, en más o menos profundidad, es mera gracia suya. Pienso que hubo un tiempo en que, tal como yo era, me dejé influir por El; y pienso que es de tal manera fiel a su amor, que no ha permitido que aquella entrega de un día quedase infructuosa para mí, ni para otros. Que he podido seguir anunciando algo, que sabía era verdad, por recuerdo de lo experimentado entonces, y por ciertas experiencias esporádicas renovadas. Pero en el conjunto de mi vida, los perjuicios causados a los amados de Dios forman una suma, ante la cual soy absolutamente insolvente. Pero también en esto espero de su misericordia.

Rezo de maitines. Salmo 4: *)por qué amáis la vanidad y buscáis la mentira?+. Ciertamente que el espectáculo de la humanidad, en conjunto y en particular, es lastimoso en este aspecto: todo el mundo buscando la nada, poniéndole, eso sí, nombres más o menos atractivos, más o menos solemnes: amistad, comprensión, acogida, eficacia, caridad incluso... Y yo no puedo luchar con demasiada eficacia, porque hay todavía zonas en mí, que se inclinan a veces también a ella con impulso muy fuerte, aunque diagnosticado intelectualmente con bastante perspicacia.

Día 3 de Abril

Mañana, 19 años de mi ordenación. Por ello quise ayer dedicar tiempo a contemplar toda esta época, más de la mitad de mi vida consciente, y pasé desde las 12'30 a las 8 de la tarde en la Trapa. Releí primero, los dos cuadernos salvados de anteriores destrucciones, y que abarcan los últimos 11 años; después releí despaciosamente los oficios del sábado. Anoto raudamente las líneas capitales de la doble consideración. Hasta donde me alcance el tiempo, pues debo celebrar antes de salir para Toledo, y la partida se ha señalado a las 8 de la mañana.

Lo más saliente es la misma idea ya reiterada en los apuntes precedentes. La paciencia del amor de Cristo. La ternura; este estar al quite para levantarme. La historia de Israel, recorrida concisa, pero bastante completamente, en las lecturas del sábado, para ofrecernos una visión total, con este vivísimo contraste entre la ternura de Yahvé y la dureza de mente y de corazón de su pueblo, se repite en mi historia personal. Lo único que espiritualmente puede alabarse, y es no más que fruto de esa ternura divina que no ha permitido que jamás lo pierda, es la constancia en levantarme. Una runfla de ensayos de elevación, seguidos inexorablemente de nuevas caídas. Y esta terquedad para no negar jamás el amor que El me tiene. Tentación -hace tiempo mucho menos intensa, casi ya desvaída- anotada en el cuadernillo del 61: *no creer en su amor; sentirme excesivamente vulgar para ser predilecto+. Continuidad del asombro de su amor. Persistencia en la facilidad para la oración íntima. Más o menos intensas, según mis alejamientos y sus gracias, viven siempre las visiones sobrenaturales.

Esta casi seguridad -que en sí es gracia extraordinaria- de recibir un día el regalo de la plena santidad. Jamás -ni en las peores circunstancias- parece que he renunciado a recibir la santidad heroica. "Aunque me quite la vida esperaré en El".

En este sentido no encuentro nada semejante, porque no veo biografía de santo alguno, en que se presente contraste tan intenso entre su amor y el desamor humano. Por cierto, ello no me suministra materia de soberbia ninguna. Lo veo clarísimo don suyo.

Por ello no hay contradicción tampoco en estos juicios sobre mí mismo, aparentemente desconcertantes. En el nivel natural, desde un punto de vista más exterior, o ya muy profundo, mi vida es pleno fracaso. Para el mundo no soy nadie; un vejete sin importancia, a quien dentro de muy poco todo el mundo rechazará, que tendrá que vivir del favor del público, si Dios se empeña en prolongarle la vida. Nada puedo ofrecer de cuanto el mundo estima: ni un libro, ni un árbol, ni una obra, ni un hijo. Cabalmente es lo que había planeado hace muchos años, más o menos desde que a los 17 elegí ser elegido. Ello no me hiere en absoluto. Respecto de todo este *fracaso+ la indiferencia es absoluta.

Desde un punto de vista muy profundo, también humanamente he fracasado. A los 46 años, impotente ya para una obra externa (obra de estudio, ciertamente), no tengo panorama humano. En mi caminar se ha cortado la senda; he llegado a un lugar en que el camino se corta a pico y no puedo contemplar sino un abismo. Ni un paso hacia adelante. Ya no hay princesa que cantar; ya no hay libro que esperar, ya no hay poema que componer, ya no hay estudio teológico que escribir, ya no hay orientación espiritual que formular... Y sobre todo, a estas fechas, a más de la mitad de la vida consciente posible, yo sigo siendo el mismo pobre ser anormal, muy lejos de aquella personalidad perfecta, la única obra de arte de mi vida, casi más bien inconscientemente soñada, que latía dentro de mis ansias adolescentes.

Y sin embargo... Naturalmente hablando -y estoy convencido que no hay vanidad ni soberbia en todo ello- sigo viéndome como un hombre excepcional; sigo sintiéndome como la personalidad más perfecta acaso de todas las que directa o indirectamente conozco; inconscientemente -pero no tendría dificultad en admitirlo con plena conciencia- sigo juzgando del valor humano ajeno, por la capacidad de reconocer mis valores personales. Un conjunto de cualidades humanas, como el que Dios me ha donado -y la personalidad consiste cabalmente en esta armonía- respecto de la verdad, del amor, de la belleza, del bien... no lo he encontrado jamás. Bien sé, por ejemplo, que abundan quienes son más capaces que yo de componer un poema o una serie de ellos; pero no creo que es fácil hallar, quien pueda captar con igual finura, con tal intensidad de delectación, la hermosura de **cualquier** poema; y en cuanto a componerlos, si me hubiera dedicado a ello... Y así en casi todo.

Es decir, que esa somera contradicción interna existente en mis versos, que al cabo expresan siempre lo más íntimo de mí mismo, no es tal contradicción. Desde un nivel total, me contemplo solo, arriba, superior a los hombres. Y sin embargo, no alejado de ellos; puesto que, en suma, siempre he intentado elevarlos a mi altura. Y no creo nunca que sea una cima alcanzada por mí. Me ha puesto en ella Dios porque ha querido. Y bien lo sabe El, luchando contra mi resistencia casi ininterrumpida.

Y ascendiendo más; entrando en el nivel sobrenatural... Me veo superior en la visión, a cualquiera; inferior en virtudes a muchísimos; inferior a todos (no digo que soy el peor de los hombres; con perdón de cuantos santos lo han dicho, es una frase que no entiendo, pues necesitaría saber cómo son los demás) a todos digo, cuantos conozco, en cuanto que siendo la vida cristiana una relación del yo concreto con las Personas divinas, no he encontrado ciertamente nadie que se haya comportado peor con ellas; nadie en quien la resistencia a un amor, a una ternura reconocida, haya sido más intensa, más consciente, más maliciosa, más responsable. Por eso ante Dios, y ello es en suma lo único importante, me hallo en déficit aterrador. Aterrador en sí; nada espantoso en la realidad, porque, inmensa gracia suya, me manifiesta mucho más lo que hay de Amor en él, que lo que hay de maldad en mí. Y mi pecado es, ante todo, el fondo en que se aprecia su Gracia...

Diría en resumen: camino por una llanura en la montaña; muy arriba respecto de las multitudes -y en ellas veo a casi todos-; pero en ellas los hombres marchan mucho más erguidos, aunque tambaleándose, muchos de ellos marchan sin más, sin caer jamás al suelo; yo doy terribles caídas, de las que jamás me levanto; simplemente Otro me alza de nuevo, es más -y para esto no existe analogía de lugar- al mismo tiempo me sostiene arriba, en cuanto a ciertos aspectos, los intelectuales. Pues la visión superior no recuerdo haberla perdido jamás, aunque no siempre sea igualmente nítida...

De todo no concluyo sino esto: es preciso ante todo orar. Orar por mí, orar por los otros. La llamada peculiar es indiscutible. Y en cuanto me dejo sumergir en ambiente de oración, en cuanto unos días la oración es más continua, más prolongada, la visión se agudiza y el gozo se acrecienta. Pues desde este punto de vista, me parece ser realmente testigo de Cristo. Experimento ciertamente su presencia, su acción, su relación conmigo. Y puedo atestiguar su amor como tierno y paciente y perdonador. *El que nos ama+. Y desde luego: de eso sé bastante. El que perdona; ciertamente. Mucho sé de eso. La única obra edificada a lo largo de estos 46 años -creo que ya lo tengo escrito- es la de su amor sobre mí. Y cómo gracias a El, el mío, tan débil, tan vacilante, llega hasta eso: la contemplación de mi vida es, en total, sumamente placentera a mis ojos. Yo, enamorado de la plenitud personal arrebatada de la belleza; tan especialmente dotado para percibirla, adivinarla, saborearla, ¿cómo no sería dichoso ante esta maravilla de hermosura, que es la historia del amor de Cristo hacia

mí?.

Esto sí rebasa indeciblemente cualquiera de mis sueños infantiles o adolescentes. Ante esto, todo fracaso mío *se vuelve crepuscular+. Es más, mi fracaso me regocija, en cuanto que es materia de su triunfo.)Qué será mi vida contemplada desde el cielo? Porque -estoy seguro- acabará triunfando. (Es mucho más terco que yo!

La raíz de mis deficiencias es, no más, que esta misma fe -que he recibido en dosis nada común- no es con todo suficiente; y ello, muy probablemente, porque no he orado bastante; porque he repelido muchas veces su visita como la de un huésped molesto; porque me he divertido con las "flores del camino"...

Creo que hay algo de conversión en mi postura actual ante el estudio. Sin propósito especial, como siempre, me encuentro a punto de no tener proyectos ni ilusiones concretas. De abandonar de golpe todo el ansia de saber. Por primera vez pienso, desde hace muchos años, he renunciado a varios libros, sin esfuerzo; he percibido en su compra la vanidad, que tanto me ayuda a no extraviarme. Es luz suya. Y puedo esperar que resplandezca más y más, apenas yo me apreste a estos largos coloquios nocturnos de esta cuaresma.

Pronto llegará Pentecostés. Pronto esta Persona divina, este puro aliento del Padre y del Hijo querrá revelármeme mucho más. También es cierto que creo -hasta cierto punto- en El. También conozco algo de su fuerza, de la intensidad de su sopro, de la frescura vivificante con que rodea a quienes creen en El. Y espero, espero que El mismo me conceda, con esa suavidad tan peculiar suya, con esa discreción tan acomodada a sus amados, la gracia inefable de la oración, en toda esta temporada de preparación.

Nada pido, por el momento, sino eso. Que Dios me dé disponerme, como María y los Apóstoles; con María y los Apóstoles, a recibir este Espíritu.)Es que no creo que todo amor es copia lejana del amor del Padre y del Verbo?)No he sentido yo, a veces, esa ansia que expresaba el soneto de R. Marín: *viento quisiera ser... espirar por tus labios me dejara- y mi vida en la tuya infundiría...+? Pero esto, que en el hombre es pura ansia imposible de fusión mutua, es, como en todo, realidad en Ellas. De verdad, de verdad, estas Personas divinas -Mi Padre y mi Esposo- me envían su viento, que es no ellos, pero sí uno solo con ellos, y con este viento suyo me invaden y me infunden su vida, su vida única... Y todo esto es de Belleza maravillosa.

Día 4 de Abril

Hoy es ya el día aniversario, 19, de mi ordenación. Comienzo mi oración a la

1'30 de la noche, de nuevo en este cuarto que tanto amo, y que dentro de todo puedo considerar, hasta cierto punto, mío. Ciertamente que ha perdido uno de sus mayores encantos: la independencia. Vecinos arriba y abajo me producen sensación exacta de atadura. Mis movimientos son ahora como los de un encadenado, por el temor a despertar, o impedir el sueño ajeno. Esto es, sin embargo, efecto de la pobreza. Pues ni el cuarto es realmente mío, para permitirme opinar sobre el alquiler de las habitaciones contiguas, ni aunque hubiera sido, hubiese podido oponerme, pues tal alquiler, sobre todo dadas las circunstancias personales y económicas en que se ha realizado, no puede menos de parecerme plausible. Bien, esto es lo que me ha llevado a afirmar siempre que, frente a la total felicidad del celibato, la obediencia y la pobreza contenían, irremediablemente, un tanto material de sufrimiento. Espero que tales limitaciones humanas no reduzcan, sino ensanchen mis confines espirituales. Toda cruz, confieso porque creo, produce necesariamente comunicación del Espíritu Santo.

El viaje me ha producido cansancio inexpresable. Y, naturalmente, jaqueca muy intensa. Pero después de dormir una hora larga, despertarme, y tomar cuatro o cinco cafiaspirinas, me he duchado con agua fresca, y me encuentro lo suficientemente vigoroso como para emprender mis tres horas de oración. He leído antes algunas páginas de la exposición del Cantar de Arintero. Maravilloso. Por el momento, quisiera rematar el resumen de mi retiro de ayer en la Trapa.

Había casi terminado la primera parte. Sólo me resta copiar algunas frases de mis viejos cuadernos, antes de romperlos. Pero eso lo dejaré para después de la oración.

En la segunda parte, me entretuve leyendo despacio las lecturas de la Vigilia. Indudablemente el resultado de la adaptación postrera, ha sido una mayor comprensibilidad para el pueblo, pero un empobrecimiento muy notable de la Vigilia en sí. Algo que debo pensar algún día despaciosamente.

Tal como la Iglesia me lo ofrece, lo primero que encuentro es el tema de la Luz. Que debo estudiar con cierta perfección, tanto por razón de la importancia objetiva en el evangelio y en la Biblia en general, como por el valor subjetivo que tiene para mí. Luz- Verdad-Fuego: concatenación de realidades, cuya consideración me enciende de modo devorante.

Dios es Luz (I0 Jn). Cristo es *Luz de Luz+, Luz de este mundo: Luz que no se alcanza por medio alguno, que brilla por sí misma. Que se ve por sí sola, y que ilumina todo. Alumbrando a todo hombre, alumbrando todas las cosas. Cuando las cosas o las personas se ven sin Cristo, en realidad no se ven; en sombras se camina, en sombra se cree ver. (De ahí esa sensación de puerilidad que me causa casi todo el mundo; esa especie de impotencia para explicarme.)Cómo diablos le explicas a un ciego la

visión?)Le describes el colorido de los objetos?)Cómo le razonas a un niño, cuya inteligencia aún no se ha abierto al conocimiento? De ahí, mi recurso cada vez más intenso, más frecuente, más confiado, a la oración). Pero esta Luz no es sino resplendor del fuego -en verdad el fuego no es sino participación material, infinitamente lejana, del Fuego que es Dios- Así Dios es Fuego luminoso; Cristo es la llama de ese fuego -fuego por tanto él mismo- resplandeciente, que arde y brilla en este mundo; pero fuego que emite calor y luz: llama que es el Espíritu Santo, llama que se difunde por doquier y alcanza y abrasa toda materia combustible. Y combustible es cualquier voluntad humana, cualquier mente no obstinadamente opuesta a quemarse. Y cuando el Espíritu quema, entonces también el hombre se convierte en llama, en fuego ardiente, resplandeciente. Por eso *vosotros sois la luz del mundo+. Por eso todo se reduce a dejarse quemar.

Y la inteligencia del misterio no es ardua, creo yo; cuanto en nosotros hay de vano, de nada, se convierte en ceniza y en humo; cuanto hay de verdad, de realidad, se convierte en llama, no llama aparte, sino una sola llama con Cristo y con el Espíritu. Por eso se habla de unión transformante. Quien tiene la llama debe arder. Pero en la realidad se trata de esta llama; que no es la metafórica llama de nuestra pasión natural, sino la única real de nuestra participación sobrenatural, de nuestra deificación. Creo que esta expresión del fuego-luz hace ver, de manera casi evidente, la realidad compleja de nuestra relación con las Personas divinas: personalidad nuestra, diversidad de naturaleza, pero transformación, pero identificación, siempre iniciativa de Ellos, pero siempre obra de los cuatro... Y aun de muchos más. Pues aquí alcanzan -y únicamente aquí- realización, cuantos anhelos imaginarios han elucubrado los poetas (que para mí siguen siendo los partícipes de la visión divina respecto de las criaturas naturales, y por tanto aptísimos para entender las analogías de lo sobrenatural). Aquellos versos de Pemán, que retiene mi memoria desde los lejanísimos días de Valdeavellano; aquellos versos en que hablando de la llama dice:

*y que no satisfecha de ser luz y calor
quisiera desnudarse de su leve materia
para ser sólo amor.*

Pero en lo natural no se puede ser sólo amor, ni puede nada desnudarse de su elemento material sin perecer; ni la llama material puede desear nada. Mas en la realidad última -sobrenatural- todo ello es verdadero, sólo que más allá de lo imaginado. (Y así, entre paréntesis:)por qué tendrá la gente la manía de pensar que lo imaginado es más bello que lo real?)Creerán de verdad que son autores más poderosamente fecundos que el Padre eterno? Bueno, sencillamente, no acaban de conocer la realidad). Pues de cierto, el hombre espiritual no está satisfecho con ser la luz-calor que es aquí en la tierra; limitado por todas partes en su resplandecer y en su

quemar. Efectivamente desea ser amor, pues Dios es Amor, y Amor es Cristo, descrito, definido digamos, como *el que ama+, y Amor es, por nombre personal propio, el Espíritu Santo que nos vivifica; pero cuando el hombre ha sido transformado, por lo mismo que es Amor es Sabiduría, y Poder, y Belleza... Que es la sólo manera de ser Amor. Y por lo demás, no se desnuda de su leve materia, sino que la materia es transformada también, espiritualizada, capaz de ser hecha, también el pobre cuerpo, la pobre carne azotada, y escupida y abofeteada y crucificada.

Pero además, este ser fuego-luz se lleva a cabo en relación personal, amorosa. También aquí tiene su lugar otra expresión del soneto que recordaba ayer:

*fuego quisiera ser para abrasarte
en un volcán de amor, (oh estatua inerte!
sorda a las quejas de quien supo amarte...*

Y, lo mismo que antes, sólo aquí tiene su lugar. Pues sería humanamente bien vano el deseo del poeta: ni en realidad puede ser fuego para abrasar totalmente a otra persona, ni es verdad que nadie sepa amar a otro, ni daría sino trágico resultado ese convertirle en volcán de amor.)Qué diablos sacaría nadie con ser un volcán de amor respecto de mí? Y si yo amo a alguien es evidente que lo primero que ansío es que saque algo... Pero todo esto es auténtico en Cristo. Pues El, Sabiduría-Amor, sí sabe amarme; pues yo sí soy sordo a El, pues El sí es fuego, pues El sí puede abrasarme y convertirme en volcán de amor, y cabalmente para ello sólo existo, y en ello, y sólo en ello, puedo hallar la perfección de mi personalidad, y eso eternamente.

La Luz-Fuego abrasa, ilumina, hace al hombre fuego luminoso y quemante, y por consiguiente disipa las tinieblas. Todo eso nos dice admirablemente el lucernario de la Vigilia. Notaba algunas expresiones:

*La luz de Cristo, que resucita glorioso
disipe las tinieblas del corazón y del espíritu+.
*Oh luz gozosa de la santa gloria
del Padre celeste e inmortal
(Santo y feliz Jesucristo!+.

Así la luz es santa, es decir sobrenatural, de un nivel divino, infinitamente superior a otra luz material o intelectual cualquiera. Y es que es la luz de la misma naturaleza divina -la santa gloria del Padre, que es igual que decir la naturaleza divina del Padre-; y es gozosa, es feliz, y por tanto beatificante. Y tal luz brilla en la Iglesia -pero ya nos advierte San Juan que las tinieblas no reciben la luz-. Y esta llama -el Espíritu- es ternura: *(Qué incomparable ternura y caridad!+.

Cierto, no dudo de que durante 19 años, de modo muy especial he vivido en este fuego; que no haya ardido, que no haya sido luz deslumbrante para los hombres, no se debe, desde luego, a debilidad del fuego divino. Cuanto más atiendo a este Espíritu que me ha rodeado tiernísimamente durante tantos años -y más atrás, más atrás, hasta mi comunión, y antes, hasta mi bautismo, y más atrás aún, hasta el principio en que existía el Verbo en el seno del Padre, y ambos en un sólo aliento espiraban el Espíritu- más aumenta esta conciencia de pecador, de pobre y desnudo, de indigente absoluto. Y en suma, de mala voluntad.)Qué hubiera acaecido en torno mío, si yo me hubiese dejado abrasar? Pues, si es verdad de todo cristiano que tiene la llama, no hay duda de que a algunos se nos ofrece de manera peculiar, para hacernos resplandecientes, candentes en un grado máximo. Cuántos no arden ahora por culpa mía. Mauriac: "y el día que no ardas de amor, muchos otros morirán de frío".

(...).

Día 5 de Abril

Me he levantado tarde, a las 5'30. Muy fatigado, con bastante dolor de cabeza, pero capaz de emprender mi oración. Lectura en la exposición del Cantar. Interrumpo las notas del retiro, cuyo cuaderno se ha extraviado.

Bálsamo derramado es tu nombre. Ramillete de citas de autores místicos sobre el nombre de Jesús. Aquí está todo. Que el mundo busca remedio, aunque sea en Jesús, y le miran a El como solución de tal o cual problema: en cuanto a mí, lo que me sale es contemplarle a El sin más, y sólo allí encuentro los problemas que hay que solucionar. Y eso constituye, literalmente, dos mundos diversos, opuestos incluso, en cierto sentido. Verlo así, siempre lo veo. Posiblemente, mi propio temperamento personalista y absoluto es un buen instrumento en este sentido. Nada tiene de particular que yo, tan extremadamente sensible al amor y a la sabiduría; tan sumamente tierno hacia las personas, al menos muy frecuentemente, y desde luego hacia los críos, me enterezca fácilmente a poco que crea. Si me dejan tan orondo mis éxitos con Marisa y Paloma, si estoy tan a gusto con ellas -a quienes jamás volveré a tropezar en este mundo- en los brazos,)cómo no sentiría la ternura de este amor ilimitado? Si, por otra parte, soy tan extremista)cómo no complacerme en lo único extremo, en el único amor *hasta el fin+ de que se puede hablar con verdad (hasta el fin, en suma es el "in fine sine fine", de que hablaba Agustín, aquel enorme enamorado)?.

Por otra parte, jamás podré agradecer bastante a Dios la gracia de los 17 años. Aquella elección que me colocó, casi irremediamente, dado mi estilo personal, en una situación de entrega total. Otra cosa es que luego haya regateado mil veces, como

un ama de casa tacaña con la verdulera, los precios concretos del amor. Posiciones antiestéticas, y muy humillantes para mí, pero en conjunto placenteras, pues muestran nuevas facetas de su amor. Tal posición me llevó, entre otras cosas, a no apoyarme en nadie. Hace muchos años que no he encontrado relación íntima con nadie, que humanamente pueda servirme de apoyo. Desde luego, afectivamente, pero incluso en cualquier otro sentido. Aparici era seguramente muy amigo mío; pero en sus postrimerías terrenas había que consolarle a él. Solamente el P. Ubeda me ofrecía apoyo, porque creí encontrar una personalidad más fuerte todavía que la propia. Pero es un hombre prácticamente inaccesible, dadas sus ocupaciones. Las demás personas... No creo que haya mucha gente que pueda encontrar en este mundo cariños tan hondos, tan perseverantes (no acabo de entender toda esta literatura, escrita por supuesto por hombres, o al menos por tipos, más o menos pertenecientes al género masculino, sobre la veledad femenina; yo no puedo hablar sino de una constancia humanamente heroica), tan tiernos, y encima tan variados. La perseverancia en la amistad de X. no parece cosa muy gustada por ahí. El mismo X. Pero se trata siempre de amistades en que yo soy el apoyo. En cuanto a mis colaboradores, también ahí he encontrado amistades muy serias, e incluso satisfactorias: X., hasta cierto punto X. Pero incluso en ese terreno, y tratándose ya de personas incluso mayores que yo, he sido cabalmente el poste. Esta relativa imperturbabilidad, esta serenidad ante las personas y sucesos, esta inalterabilidad, me ha hecho, parece, muy apropiado para ofrecer descanso, más o menos prolongado, a otros. Pero jamás, desde hace mucho, he hallado yo un sólo árbol en que descansar. A la verdad, no lo he echado nunca de menos. Para esto me ha bastado siempre Cristo, y no he podido comprender, ni en mis peores momentos, esa proliferación de literatura sobre la soledad y la necesidad de apoyo en los sacerdotes. Que Cristo basta es para mí algo experimental y fuera de toda duda. Pero como no me encuentro de ninguna manera autosuficiente, ello ofrece al menos terreno fácil, para sentir esta ternura temperamental, una vez tocada por la gracia, elevarse vertical hacia arriba, y la ternura que me hinche cuando tengo a Paloma en brazos, me llena lo mismo, pero más vigorosa, diría incluso, violentamente, cuando me siento yo en brazos de El.

Pues estoy hecho a su medida. Siento vivamente que para mi manera peculiar sólo El se presenta saciante. Pues está hecho para mí -vivió y murió y vive de nuevo resucitado para mí- como yo estoy hecho para El "para que los que vivimos vivamos para Cristo".

Cuando escribo "mí", este pronombre indica ante todo el núcleo último, el meollo íntimo de mi personalidad; y ahí no existe fallo. Indico también mis formas más exteriores peculiares. Mas en cuanto a éstas, y hasta que mi personalidad se construya del todo, funcionando como funcionan en desarmonía, es cierto que a ratos y aun a temporadas, cuando la actualización de mi personalidad auténtica se debilita, generalmente por falta de alimento adecuado y suficiente, tiendan a objetivos

secundarios, particulares, igualmente desamornizados, sin integrar. Lo cual acrecienta la desarmonía. Pero (con qué facilidad se reconstruye todo, apenas la oración y la lección espiritual se intensifican un poco!

"Cuando sea elevado todo lo atraeré hacia mí". Todo, o como traducen otros, todos los hombres. Y por los hombres, desde luego, la creación entera. (No es esta misma visión soberanamente enternecedora?). Y es que una vez elevado efunde el Espíritu. La elevación abarca la cruz y la resurrección. Y una vez difundido el Espíritu, Cristo es entendido, y su nombre es realmente -tengo buena experiencia yo mismo- unguento derramado. Y este unguento sin más nos atrae con su perfume, y como todo unguento aroma a quien lo recibe, y entonces él también se convierte en "buen olor de Cristo". Así de suave es el apostolado. Y esto tan amable es el célebre testimonio, que tan hoscamente, tan duramente e ingratamente se predica por quienes jamás han sentido el aroma de Jesús.

Yo creo en "las afinidades electivas" goethianas. (Pero respecto de El, todo hombre es personalmente afín, sólo que la gente raramente ensaya a vivir su personalidad auténtica). Y así como cuando me hablan de alguna persona humana, palpo que existen en ella cualidades que otros son incapaces de ver (y eso acaece no infrecuentemente en la propia persona), así muchos son incapaces de gustar esta dulzura de Cristo. Es curioso la facilidad con que la gente, que se deshace en someras ternuras en sus relaciones propias con otras personillas humanas, encuentra "cursis" las efusiones de los santos con Jesús. Los santos, que son los únicos que han sido plenamente humanos. Santos como Agustín, Bernardo o Carlos de Foucauld. Cuya virilidad era extrema. Pero ser varonil no significa no ser tierno; todo lo contrario. La fuerza es necesariamente ternura.

La santidad se propaga por aroma. Aroma fuerte-intenso y suavísimo. Ya en el AT se habla de la operación de Yahvé, que se ejerce fuerte y suavemente. Y Dios no cambia su estilo.

En cuanto a mí... Vuelvo a lo mismo: sólo se trata de contemplar todo esto. Apenas lo contemplo, me siento impregnado de perfume; y al cabo de un tiempo comienzo a perfumar a los demás. Y toda persona que no resiste obstinadamente acaba por aromarse. Sólo se precisa esto: deseo-humildad-paciencia. Es decir: deseo humilde (que espera de otro) y confiado (que está seguro de recibir). Pero en esta confiada humildad entra, lógicamente, el abandono en cuanto al momento y en cuanto a la forma. Recuerdo -porque estaré lleno de versos para la eternidad- un soneto propio:

*un día, no sé cuando, cuando El quiera,
la voz me salvará que vence al mundo.*

Eso es todo.

Así pues, positivamente, no tengo sino continuar estas contemplaciones. Da igual que lea, que escriba, que recite mi breviario, que esté simplemente sentado y consciente de su presencia amorosa. Se trata de contemplar y nada más.

Negativamente, en cuanto a quitar obstáculos... Desaparecen ellos solos. Pero en fin, debo saber cuáles son, sencillamente para no ceder a sus solicitudes. Creo que en fondo se reducen a falta de fe, a falta de humildad.

No veo nada nuevo, pero sí voy sintiendo más reciamente lo que en otras ocasiones han sido meras veleidades momentáneas; contemplando más claramente, lo que otras veces han sido entrevisiones oscuras. No me fío lo bastante del amor de Cristo. En el fondo -aunque en aspectos diferentes- sigue pasándome algo de aquello de S. Agustín: *Pensaba que había de ser muy desgraciado sin las caricias de la mujer, y no pensaba en la medicina de tu misericordia que sana esta enfermedad, porque no había experimentado aún, y creía que la continencia se conseguía con las propias fuerzas+. Bueno, hoy y para mí, no se trata de continencia, ni de lujuria, pero sí de confianza, y de creer en planes humanos -lo cual es realmente vergonzoso y humillante, después de las múltiples experiencias del amor de Dios-. En el fondo se trata de que creo más en mi amor a ciertas personas, que en el amor de Dios, que pienso que cierta impresión de menos atención, o cariño o interés por parte mía, pueda separarlas de Dios, y ello es absolutamente falso. La verdad es que me interpongo, en lugar de mediar. No es a fuerza de ternura mía, sino de gracia de Dios, como las personas van a ser convertidas en plenitud. Es, como he visto otras veces, la piedad peligrosa.

En segundo lugar, es falta de humildad, en cuanto que condiciono. Quisiera ver seguirse inmediatamente la conversión plena tras del *sacrificio+ mío. Y ello no está prometido en lugar alguno. El caso de X. puede haberme influido. En lo constatable, mi sacrificio no ha producido fruto; X. persiste en su despiste. Pero ¿es que el fruto tiene que ser constatable? *Un día, cuando El quiera...* Con otra postura no se puede hablar de sacrificio.

Y luego esta ansia de saber, de libros. Esta voluptuosidad en las librerías, este temblor corporal en el descubrimiento de ciertas obras, esta indefinible mezcla de gusto, sensible también, que me enciende, incluso hasta ponerme rojo, cuando veo algunos libros... Ya me dijo mamá hace muchísimos años, debía yo de tener 13, un día que le pedí (cinco pesetas! para comprar un libro. (Cómo se lo pediría! "Estás -me contestó un tanto airada- como los hombres viciosos con las mujeres; andas lo mismo detrás de los libros!" Y llevaba razón. Jamás se me ocurrió entrar en un prostíbulo

-siempre me repugnó-; pero qué ardores ante las librerías.

Algo, y aun bastante, se ha moderado, pero todavía... Es en esto en lo que advierto un sentimiento nuevo de mesura muy prometedor. Esperemos, sólo eso. Es la efusión del Espíritu, es el olor del Cristo único, que puede hacerme insensible al aroma, hasta ahora irresistible, de la ciencia humana, de sus instrumentos incluso. El día que una librería me resulte indiferente, me canonizo yo solo. Y entonces podré atestiguar, con toda verdad, la fuerza de atracción de Cristo. Por supuesto, en tal materia muy poca gente puede entenderme, ni aun vislumbrar siquiera lo que supone para mí una librería... De vez en cuando alguien encuentro. A mi último paso por Madrid, aquel librero de viejo, que asegura que pierde dinero muchas veces, pero con tal de vivir entre libros...

Cristo el Amado. Hasta ahí sí he llegado, y hace años incluso; hasta la complacencia inexpresable en que Cristo sea muy amado, y el gozo porque de hecho lo es. Pero ha de crecer esta complacencia hasta comerse cualquier otra, hasta integrarla en sí. Y también hasta hacerme olvidar cualquier cosa, con tal que cualquiera le ame un poquejo más a El.

A decir verdad, no me parece nada de difícil. Ilusión por el próximo Pentecostés.

Día 6 de Abril

Oración desde las 3'30. Lectura de Arintero. Sentido del cielo. Deseo muy intenso de que los hombres conozcan a Dios, de que penetren en esta intimidad que yo vislumbro. Paciencia con cada persona. No soy positivamente impaciente, no me desanimo ni me canso de modo sensible; pero ¿espero bastante? ¿No se entibia mi deseo cuando las personas no avanzan de manera perceptible? Pero mi historia muestra bien claro que jamás hay nada perdido, que cualquier día puede ser ya la víspera del milagro. Y lo mismo la visión de las muchedumbres: el paso por Madrid, el viaje desde Palencia: gentes y gentes, que apenas conocen nada de Dios. Conversión de Nínive; las ciudades son amadas también por Dios. Y en suma yo nada puedo juzgar. Cronin en *Las llaves del Reino+: *este mundo del que siempre he pensado que está mucho menos lejos de Dios de lo que nosotros solemos creer+. Cierito, porque Dios está muy cerca de él; a punto de arrimarlo a Sí.

Conciencia de la blasfemia, objetiva, que incluye la canción continua de *la soledad sacerdotal+. Todo este ruido acerca del *problema+ del celibato.)Qué mujer -ni qué amigo- me consentiría, noche tras noche, despertarle a las 3 de la madrugada,

para invitarla a continuas confidencias durante tres o cuatro horas, y sería capaz, encima, de ponerse a continuación a leer poemas franceses, o filósofos griegos, o alemanes, conmigo? Y aún suponiendo que me lo aguantase, ¿qué podría decirme noche tras noche? ¿Cómo podría yo pensar que me iba a soportar el machaqueo ininterrumpido de mis confesiones: en su doble sentido: la reiterada enunciación de mis deficiencias y de sus perfecciones? Creo que, con más o menos anchura, cada persona posee un terreno dentro del cual le placen los piropos: menos no se siente querida, más se siente harta. Sólo Dios puede escuchar alabanzas continuas, pues su posibilidad de escucharlas no se mide por la propia necesidad suya de seguridad, o por su imposible *amor propio+, sino solamente por la necesidad y la conveniencia mía, del amante. Es porque a mí me beneficia, por lo que Dios gusta de mi confesión. La limitación humana también tiene lugar aquí: tenemos una capacidad muy restringida para sentirnos amados. Entre los hombres sólo Cristo es, también en esto, incansable. Como los niños y los perros gustamos de lo mismo; pero en medio de las caricias salimos corriendo. Sólo El se deja acariciar sin cansancio... Hasta que nos cansamos nosotros.

Todo esto es indudable, desde el punto de vista sobrenatural, en el nivel de la gracia. Pero se me plantea una pregunta, que requiere inexorablemente respuesta, para el cumplimiento de mi misión concreta de director espiritual en el seminario: ¿son así, como yo, todos los hombres? Humanamente ¿tengo yo tamaño humano? Cuando me llaman -parcialmente con sinceridad, parcialmente con un poco de chunga y de gana de propia justificación- *extraordinario+ o *anormal+, ¿están diciendo algo real?. ¿Habría que excluir del sacerdocio a quien no posee este temperamento, esta insaciabilidad, esta necesidad de infinito?. ¿O al menos excluir a aquél que no la ha recibido por la gracia, en quien la oración de los años de seminario no ha excavado estas enormes cuevas de deseo de verdad y de amor, que yo he sentido siempre en mí?.

Es evidente que el amor de Cristo no llena a mucha gente -es decir, no la hace sentirse llena- porque la rebosa. Es como yo no basto a un niño, porque le excedo. Y el niño ni siquiera se da cuenta de ello; pensaría simplemente que yo era un pesado, y por tanto me huiría. ¿Hay realmente quien no tiene la llama? Esta imperturbabilidad ante el fracaso, este no dimitir jamás, ¿es don extraordinario que no puedo esperar en los demás, sino como fruto casi postrero de la gracia?. Naturalmente hablando ¿deben acabar otros por dónde yo comienzo? ¿Son realmente impermeables al ansia de verdad y de amor?

Sentirme viejo es natural, y eso ya veo que a mucha gente le sucede -aunque para ellos signifique una tristeza muy lejana de mí- pero para que ello me indique que debo abandonar ciertas ilusiones ha sido precisa bastante oración.

Por naturaleza, yo tengo esa tenacidad que decía en unos versos hace poco:

*blanca la cabeza
sigo todavía
buscando mi vía
de amor y belleza.*

Barrès hablando del Alcázar: *se derrumbará antes de desmentirse+. Así fue, y la frase resultó profética. Pero yo soy así: podría caer muerto cualquier día, sin haber dejado de perseguir un amor serio, una verdad inasible, un acrecentamiento del saber. Por gracia, mi muerte será muy distinta; en rigor no busco vías, prosigo la única senda hace muchos años encontrada.

Pregunta de transcendencia definitiva. Esperemos luz en Pentecostés.

Salmo 119: "dichosos los inmaculados en el camino"; ciertamente. Porque sin ser inmaculado (si hay una palabra inaplicable a mi vida es ésta: mi conducta tiene más manchas que mis sotanas, que ya es decir), (qué feliz soy!. Basta para comenzar a serlo, comenzar a amar un poco a Cristo; el amor se complace necesariamente en la dicha, las perfecciones y los triunfos del amado. Y Cristo resucitado es totalmente feliz, perfecto y victorioso.

(Que será, Dios mío, la dicha del inmaculado! (Y pensar que un buen puñado de las personas que más quiero viven ya para siempre así! (Y que las que están todavía en la tierra van a terminar, total dentro de poco, así también! Y todo es obra y fruto de estas Personas, a quienes más o menos, se resisten y se resistieron -con la excepción, entre mis conocidos terrenos, de Antonio y Aparici- a amar.

Día 12 de Abril

Las 11'45 de la noche. Este es el remate de mi estancia en Toledo. Intento de una especie de retiro en estas postreras horas. Balance; enseñanzas del Espíritu.

Maitines. Invitatorio: "Surrexit Dominus vere".)Pero creo, yo mismo, este "verdaderamente"? La piedad peligrosa:)creo ahora mismo que El, verdadero hombre, verdaderamente viviente -y más: verdadera vida- es **el único** que posee el Consolador para consolar, iluminar, fortalecer a X? No yo, no yo. (Esta manía de substituir al Salvador! Y si yo mismo la tengo)cómo seré testigo de que es El solo Salvador?)Es qué soy incapaz de aprender las lecciones de mis continuos, reiterados fracasos? Releyendo uno de mis cuadernos grandes -de 1966- (cuántas veces he encontrado

observaciones sobre el fracaso de mi vida en sus diversos aspectos! Sobre todo en el intelectual. (Qué modelo de tenacidad! Y de impotencia.

*Jamás hombre más nacido
para el placer fue al dolor
más derecho.
Jamás ninguno ha caído
con facha de vencedor
tan desecho.*

No que yo me aplique la facha de vencedor; ante el mundo no tengo sino facha de tipo vulgar, un poco raro. Ya decía en otra hoja de estas: un viejecillo insignificante. Pero que voy lanzado hacia el placer, por cierto levantado placer intelectual y afectivo, para no llegar jamás al blanco, para caer a medio camino y ser reiteradamente lanzado en sucesivos impulsos abortados...

El fracaso puede ser gloriosa participación de la cruz comunicada al santo. Y puede ser lección, dada por el Padre a más no poder, al hijo de duro entendimiento. Desdichadamente, hasta ahora, los míos tienen mucho más de lo segundo que de lo primero. Esperemos (palabra más repetida todavía en mis escritos, gracias a Dios) que el Espíritu convierta en cruz cristiana, lo que es fruto de egoísmo anticristiano.

Y de todas maneras, sí creo que Cristo ha resucitado verdaderamente. Estos días, con haber fallado y todo en las dos líneas capitales -pero no en la última base de todo, pues no he dejado de orar- parecen haber sido sumamente fructuosos.

Confirmación, confortamiento de la visión sobrenatural en cuanto a la oración. Robustecimiento de la convicción y el deseo de *nutrición+. Efectivamente, preciso de alimento continuo.

Humildemente, reconozcamos que mi unión con Dios no es bastante, para producir luz sin suministro continuo, a ratos, del óleo santo. Preciso oración diaria prolongada, lectura, conciencia de sacrificio... Lejanía de las complicaciones; de las ocasiones de tentación a mi ansia de estudio y a mi ternura.

Confortamiento de la visión de la línea de mi santidad. De mi obrar *instrumental+ respecto de Cristo. Prescindiendo de la extensión que pueda tener la frase: *obrar in persona Christi+, es evidente que esa es la dirección de mi actividad.

Renacimiento de mi ímpetu apostólico. Postura ante X, ante las entrevistas de mañana con X. Todavía tierno, pero ya real, mi deseo de *arremeter+, característico de

los primeros años.

Esto es lo que jamás ha dejado de impresionarme, según pude constatar el día de retiro, con la lectura de mis viejos cuadernos: la facilidad con que Dios me devuelve, a poco que me deje inducir a disponerme, las posturas sobrenaturales por mi culpa perdidas.

Abolida queda mi juventud *de rosas y ensueños+, pero no quedan nunca abolidas las gracias divinas que en ellas florecieron.

Cristo resucitado constituye un mundo nuevo entero. Y sólo hay vida en ese mundo. Todo lo demás es pura muerte. (Qué arduo parece resultar a los hombres entrar en él! Hablan de todo al revés; hablan de este mundo como si fuera el verdadero, y no es más que sombra. Vivir en las tinieblas significa también esto: apacentarse de sombras. Y esto uno, y otro, y otro... Y hay que oír de continuo estas cosas, hay que escuchar sin término esta cháchara, que suena más triste, en los labios de los mejores y de los más queridos. (Si yo fuera luz! (Si me dejara iluminar! Es cierto que a veces -como esta misma noche- me abandono al cariño, a la ternura de Cristo. Pero apenas camino dos pasos... Y sin embargo, (qué gustoso me resulta este abandono a la ternura!. Dicen que cuesta la oración. Es falso; lo único que cuesta es el peso de los apegos, los errores de la ceguera, de la miopía. De todo -carencia de sueño, dolor de cabeza, aunque leve, previsión del malestar de mañana, que durará verosímelmente el día entero, un día por lo demás denso- de todo, lo único que me ha costado ha sido cortar el teléfono, por la sospecha -muy justificada- de la tristeza angustiada ajena... Y no obstante,)no creo que es Cristo el único consolador?

Salmo 58: "(Deus meus, misericordia mea!".

Salmo 129: "De profundis..." (Qué salmo maravilloso! Y qué inacabable tarea esta de ahondar, simultáneamente, en la profundidad de mi pecado, en la altura de su amor! Esperar en el Señor, esperar en el Padre -porque mi lectura es una lectura cristiana-. Y qué abismos de incesante belleza, la lectura de los salmos en cristiano! Qué conciencia de la novedad que constituye la venida de Cristo, y qué gozo este de pertenecer a la Nueva Alianza! Lo que espero no es la liberación, sino al mismo Cristo, al mismo Padre, al mismo Espíritu que nos liberan. Y aquí, como siempre, y más en estos últimos tiempos míos, yo me veo como signo de todos. Y así se expresan los salmos. Poco sería para Dios salvar a un hombre sólo. Quiere salvar a todos. Poco sería hacerme desear la unión con El; quiere que desee la unión de todos con El y entre sí. Más, quiere hacerme colaborador en la sublime faena de unificarlos. Unificar: hacer una realidad sola.

Irremediable el uso de las palabras desteñidas. Pero las realidades, que al mismo tiempo significan y ocultán, resplandecen en ciertas horas a mis ojos de tal modo, que parece que la Hermosura me llega en oleadas y me anega, me arrastra a ese solo mundo verdadero, donde quisiera encontrar... a todos, y en primer lugar a ciertas personas, y dónde, en suma, no encuentro todavía a nadie... Eso mide mi impotencia, mi vaciedad. Como en el verso de Eliot: "hombres huecos, hombres disecados".

Y sin embargo, tal es mi misión: levantar al cielo la voz de los hombres todos, que son infantes, sin palabra propia. Voz, por supuesto, suscitada por Dios mismo, que nos envía su Verbo hecho carne, su Aliento santo. Y lanzar a los hombres esa misma Palabra en el nombre del Padre, alentarles con ese mismo Espíritu. El Espíritu es realmente aliento del Padre y el Hijo. Cuando yo hablo de mi boca brotan confundidas (pero como realidades distintas) la palabra y el aliento. Y así decimos: aliento por fuerza, por ánimo, por esperanza...)Cómo diablo puede desalentarse quien tiene el aliento divino? Y el Padre conforma su Palabra y su Aliento según las situaciones del hombre a quien habla. Versos míos añejos:

*(Oh voz poderosa que encadena al diablo,
transida a las veces de amorosa pena;
hórrida tormenta si derriba a Pablo,
brisa suave y fresca si alza a Magdalena!).*

Entre los aspectos de la ternura de Dios, uno de los más admirables es esta multiformidad de adaptación a las maneras de ser cada uno.

Notar lo de arriba: des-alentarse: perder el aliento, perder el Espíritu. En cristiano queda, sin más, calificado como pecado contra el Espíritu. Pues Dios no niega jamás el Espíritu a quien no lo rechaza.

He dormido un par de horas escasas y reanudo la oración.

Salmo 33: "Bendeciré al Señor en todo tiempo; que su alabanza esté siempre en mi boca". **Totalidad.** Esto es lo que más o menos asusta a casi todos: esto es la condición precisa para que Cristo me atraiga. Si El no hubiera podido hablar en términos absolutos, no hubiese experimentado nunca este arrebatamiento hacia El. Deseo de totalidad. Yo he querido siempre saberlo todo; querer del todo, que del todo me quieran. Incluso, en mera amistad humana, ser el primero de una hilera de amigos me hubiera repugnado; no digamos en el amor. Unico, sí. Pero ¿a qué mujer hubiera podido exigir esto? Y supuesto que hallase alguna tan loca -porque en este mundo hay gente para todo- ¿cómo ser capaz de mantener, a perpetuidad -porque no hay totalidad limitada ni siquiera en el tiempo- un amor centrado sobre mí? Y ¿en qué abismos de

locura hubiera sumido a tal persona, qué despersonalización hubiera producido en ella? Y la totalidad mía; la repugnancia a compartir, a querer a más de una persona. Es esto lo que hace que mis predicaciones parezcan, a veces, incomprensibles. Nadie arde de continuo, al menos a nadie he hallado así, salvo a mí mismo. Sólo cuando entreví la figura de Cristo, comprendí que había encontrado lo que, sin saberlo, buscaba. Mi pena substancial (y las demás cosas no son sino disfraces de esto) ha sido siempre la humillación de no haber alcanzado jamás esa totalidad por mi parte. Pues Cristo se me ofrece siempre todo; pero yo no me he dado nunca todo a El. Y es preciso volver a aquellos días, en que al menos podía contar como excepcionales, los momentos en que no estaba pensando actualmente en El. Su alabanza siempre en mi boca.

Y esto de modo tal, que brotaba hacia fuera. Que un viaje equivalía a una predicación, porque yo veía al Verbo. Y no podía callar. Y entonces, generalmente, una predicación equivalía a una conversión.

Seguridad de que Dios me salva; experiencia de la faena ya efectuada. Y relato, necesidad de relatarlo a los demás: *magnificad conmigo al Señor; exaltemos juntos su nombre+.

Pues me encuentro débil para la tarea; busco colaboradores, compañeros en la celebración. Y entonces el breviario y la Misa -sobre todo la Misa- eran -y están volviendo a ser- necesidad psicológica en mi labor de celebración. Porque también los demás son improporcionados a este altísimo trabajo de glorificación. Y entonces El acude a esta debilidad. Y en la liturgia me presta su voz misma. Y el Padre queda suficientemente loado por la voz de Cristo, que brota de mis propios labios.

Multiforme es el amor a mis propios ojos cegatos; pero Cristo posee todas las formas, porque Cristo es el Amor. Y yo mismo -(yo mismo, con esta potencia que experimento contrastando con la flojera de cuantos circundan!- quedo desbordado, vencido, incapaz de amar como El, de competir con El, ni muy de lejos. *Aunque el hombre diera toda su hacienda, sería reputado por nada+. Mi hacienda es todo mi ser. Y todo mi ser no es nada en esta competición inimaginable. Cuando me comparo, aun sin querer, con los hombres que conozco, con los hombres cuyas noticias me llegan en biografías, en escritos confidenciales; con el hombre tipo, que me ofrecen los estudios de psicología, yo me veo egregio, es decir, fuera de esa grey, superior, al menos en deseos. Si atiendo a una vieja y amada definición de Ortega, captada amigablemente hacia los 14 años, según la cual hombre selecto -es decir, separado de la masa, en suma egregio- es aquél que se exige más que los otros; siempre he podido considerarme egregio (y el trato frecuente con los hombres me ha confirmado, intensa e indestructiblemente, en tal convicción), pero cuando me enfrento con Cristo -el que ama- me veo, al contrario, como el incapaz de amar, si no es por el deseo. Pero entonces, reducido a límites, encerrado en mi estrecho terruño (yo, a quien todo el

mundo llama exagerado, es decir, salido de la tierra, de los confines) puedo esperar de El, que me salve de la mediocridad.

Y tal es el misterio a que no he logrado ni siquiera asomarme. Si los hombres desean -y necesitan- sentirse amados, saborearse asegurados, si Cristo ama a cada uno de esos hombres y es su única seguridad, ¿por qué no se encuentran tales amores?

*Gustad y ved cuán bueno es el Señor+. Y éste es el arcano. Que casi nadie ha gustado la bondad -la amabilidad- de Cristo.

Y esta es mi tarea: gustarla y manifestarla a todos. Enseñarla, atestiguarla. En la medida que la gusto, la deseo y deseo que sea deseada; en la medida que la deseo y la gozo, hablo de ella y espero en ella, y siento que no sea conocida. Y en la medida que espero y deseo, mi testimonio se carga de la fuerza divina, del Espíritu, del aliento de Dios, que se me transmite a través de esa confianza. Y entonces mi palabra es eficaz, porque lleva ese aliento divino. Tal es el misterio del apostolado.

Y tal la explicación -y esto es claro- del fracaso rotundo de tantos ensayos apostólicos. Que no llevan ni la Palabra, ni el Aliento del Padre. Hablando exactamente: que no son apostolados...

Acaba así mi estancia en Toledo. Debo plantearme, para el año próximo, la posibilidad de no repetir excursiones como éstas. No cuento con el mínimo necesario de tiempo para la oración. Y sin oración actual, fallo todavía. Verdad que muy posiblemente dentro de 6 meses ya no sean igual las cosas.

En todo caso es cierto el balance, tan parecido, tan idéntico, a muchos precedentes: yo he vuelto a fallarle a Cristo. Cristo ha proseguido en su tarea alocada de iluminación y enriquecimiento. Pues salgo de Toledo con un botín de adquisiciones, o al menos de recuperaciones.

Día 15 de Abril

Otra vez en Palencia, con dos meses largos por delante. Voy a anotar algunos pensamientos de la oración de ayer, durante el viaje, y de la más breve oración de esta noche.

El viaje de ayer, en el tren de las 8'30, con cuatro horas de duración, lo pasé todo él orando. Hacía mucho tiempo que no realizaba un viaje así. Fue, sin embargo, mi costumbre de años enteros...

Comencé a leer los comentarios de S. Agustín al evangelio de San Juan. Pero, como es lógico, inmediatamente entré en la zona luminosa, en la conciencia viva de presencia.

Reiteración -pero paulatinamente con vigor más intenso- de la idea, ya antigua, de la existencia de *otro mundo+. Es decir, aunque físicamente estemos aquí, vivimos realmente, o debemos vivir al menos, en ese otro mundo al cual pertenece Cristo, y que en suma es el *seno del Padre+. El mundo de Cristo resucitado; ese arriba, cuyas realidades debemos buscar, según la recomendación de S. Pablo. Creo que en esto no hay exageración posible; la dificultad que experimentan todos en su camino hacia Dios viene de aquí: están envueltos en este mundo. Este mundo es el conjunto de las realidades terrenas en primer lugar; como tal no es condenable en absoluto, puesto que es creación divina, pero es creación para ser trascendida. Nuestra primordial postura no es la de *ordenarlo+, sino la de trascenderlo. Y ella es grávida en consecuencias interiores y exteriores. Sólo en la medida que se ha trascendido, puede comenzar la tarea de ordenación. Pero es evidente que, con mejor o peor intención, casi todos se quedan en este mundo. Promoción propia o ajena, felicidad, cultura, triunfos, causas de alegría o tristeza, todo se encierra, para casi todos, en este círculo asfixiante. Se precisa un esfuerzo inicial, de consecuencia con la fe; una renuncia básica total, bien claramente indicada por Jesús: el que no renuncia a todo lo que posee no puede ser mi discípulo. Ahora, lo que uno posee es mucho más el caudal de ilusiones, esperanzas, deseos, pequeñas alegrías insatisfactorias... que cuatro cosas exteriores en que todos se fijan. La fe nos hace, ante todo, creer que Cristo vale la pena de dejarlo todo por El; que ante un hombre que se deja crucificar por mí, no puede existir más postura que la de acudir a El; y que por añadidura, ese abandono de todo, pero siguiéndole a El, me hace feliz y perfecto.

Mas, en primer lugar, casi nadie quiere amar a quien es amable, sino ser dichoso él. Cuando alguien dice a otro: te amo, lo que quiere decir realmente es: me haces más o menos dichoso. Lo cual, en rigor, no tiene nada que ver con el amor. *La puerta de la felicidad se abre hacia afuera+, decía Kierkegaard, en frase gráfica y exacta. Pero ni por experiencia natural quiere nadie creerlo. Y en segundo lugar, nadie se fía de Cristo; nadie cree que es el Salvador: el que conserva y acrecienta el bien que ya nos ha comunicado, el que nos rescata del mal en que ya estamos sumergidos, el que nos libra de caer en males nuevos o mayores... Pues la primera renuncia es a mi propio juicio, a mi propia experiencia de lo pretérito, de lo circundante, como interpretada por mí. Y luego, he de renunciar a mi alegría. Sólo entonces, mi pobre alegría, mezquina, barata, pasajera, se torna en la alegría permanente de Cristo en mí, que sólo es mía, porque es suya, y El se me da todo.

Las dificultades, las luchas de X. Quisiera que Cristo salvase a los hombres

de sus deficiencias psicológicas, morales, económicas... aquí en la tierra. Pero El no ha venido a eso. El ha venido a realizar una salvación infinitamente más grande; a llevarnos a ese otro mundo, que es el suyo, no a perfeccionarnos en esta vileza del nuestro.

No hemos de ser testigos de nuestra calidad humana, sino de la existencia del otro mundo -lo que el Concilio llama testimonio escatológico-. San Agustín es radical; *a esto nos llama Dios: a que dejemos de ser hombres+. Ciertamente puede haber otra expresión: la de Ignacio de Antioquía, camino del martirio: "entonces seré hombre".

Y entonces somos hechos ángeles. Los ángeles no son, sino los *mensajeros+, los que anuncian. Y eso es el cristiano. Pero hombre por naturaleza, ángel por oficio, deificado por sobrenaturaleza, por la incorporación a Cristo. Estamos ya muy lejos de este mundo, aunque habitemos todavía en él. *El alma vive más donde ama, que donde anima+, decía San Juan de la Cruz. Por eso, incluso el amor a las personas que aún conviven aquí en la tierra, se hace en este otro mundo; pues al verdadero amante las realizaciones de esta tierra se le hacen tan menudas, que no puede darles mucha importancia. Para mi sed de comprensión, de conocimiento, de intimidad, ¿qué puede ofrecer cualquier amistad en la tierra? Sólo cuando los dos hayamos muerto, y mucho más cuando hayamos resucitado, podrán ser realidades mis deseos.

Es claro que la oración me fortalece; mi ímpetu apostólico se acrece en unos cuantos días de oración -crece la firmeza de la visión; la necesidad de hablar- la audacia de exponer. Y la facilidad para prescindir de experiencias terrenas.

Pero es doloroso, sí, es doloroso, ver a las personas más queridas, y en conjunto ver a todos, sin atisbar apenas todavía ese mundo en que han vivido y viven los santos, los místicos de todos los tiempos, y al cual también ellas están llamadas.

No tienen ni idea, ni siquiera, de lo que se puede tener, de lo que otros tienen y han tenido.

Mis lecturas de místicos, como estas de S. Agustín, o la exposición del Cantar de Arintero, con su runfla de citas, me causan, simultáneamente, superlativo gozo y superlativo dolor. Pues es sobremanera triste pensar que los llamados están tan ajenos a su llamada; incluso tan desconfiados respecto de ella.

Pero la llamada eficaz viene a unos por medio de otros. Son *los montes+ en lenguaje de San Agustín, los que han de dar paso a las gracias de Dios, para los collados, para las llanuras. A última hora todos deberán llegar a ser altísimas

montañas; pero en un momento determinado lo son ya unos, mientras otros permanecen todavía collados, montes pequeños.

Me parece muy expresiva la imagen del volcán. Monte que arroja lumbre: es decir: luz y calor. Palabra y Espíritu. Y que ilumina, calienta y fertiliza todo en derredor. Y ésta es mi vocación evidente, y yo debería haber sido volcán desde muy pronto. Naturalmente hablando, lo soy sin duda alguna; pero mi propia materia es destructiva. Sobrenaturalmente, lo soy a poco que me dejo. Pero la altura, desde la cual cae y se desliza la fecundante lava; desde la que brota la luz y el calor, eso debería ser a estas fechas incomparablemente mayor. Conciencia de la obra a que estoy llamado. No obra exterior, aparatosa -tal faena ha quedado desde siempre excluida de mis ambiciones, por insatisfactoria. No me atrae) pero sí obra personal, de intimidad múltiple. Ahora, es preciso que mi interior sea todo combustible. Y que renuncie a cuanto no puede arder. Que dejándome iluminar y abrasar, cualquier movimiento interior no combustible desaparezca de mí, porque no se encuentra en su lugar. No me parece difícil ni costoso. Se trata no más, de dejarme querer.

Creo cada vez más, y por experiencia, pues de esto sí la poseo muy abundante, en la eficacia transformante de una simple lectura recibida con humilde buena voluntad. Quiero decir: con conciencia de que va a hablarla Dios (y no a actuar ella sola); con humildad de que no es ella quien produce, sino quien en primer lugar recibe; con deseo -aunque no sea sensible en largo tiempo- de recibir, de ser transformada; con abandono a los caminos de Dios, en cuanto al tiempo, el modo, el lugar de la transformación.

San Agustín se expresa en mi estilo. Las gracias -y los dones de Dios en general- vienen comunicándose ordenadamente de arriba abajo. Nada de encontrar verdades entre todos. Hay montes y collados, y esto es algo que es preciso aceptar preliminarmente.

Los montes han sido iluminados oyendo. Ya procuro -al menos toda esta temporada- escuchar. Ya quiero dejarme iluminar y caldear por el Padre que me habla con su Verbo, que es Luz, con su Espíritu que es fuego.

Pero (cuánta oscuridad todavía en mí mismo! Apenas disminuye un poco esta escucha, y eso inculpablemente, (cómo brotan mis impulsos! Sobre todo, ya estaba registrado en alguna de estas hojas, la ternura irracional, la curiosidad, el ansia de saber. Y no hay sino esto: escuchar, escuchar sin cansarme, puesto que El no se cansa de hablarme.

Mi ternura, cuando esté toda ella informada por la caridad, por el amor divino, divinizada ella también, (qué testimonio no será de la ternura del Padre! Mi

ansia de sabiduría, (qué testimonio de la luz y del calor del Verbo y del Espíritu!

Perseverancia, pues, en la lectura, en la reflexión, en la oración. Proseguir consagrandome mis horas nocturnas, tan dilectas, a la oración. Aunque cesen por un tiempo los estudios. Ya soy iluminado, incluso intelectualmente, al orar. Renuncia seria, real, a cualquier cosa.)Qué sucederá, en suma, porque no sepa tales o cuales cosas? Renuncia a los gozos del cariño en la tierra -que por otra parte hace años que básicamente está cumplida, y que no me ha traído sino beneficios-. Renuncia ante todo a mi propio juicio, a querer creer que los caminos de Dios son los que yo veo como tales. Nada importa que no vea (conversión de tal persona; adelanto en el camino de tal otra; cambios en el seminario); bienaventurados los que creen sin ver.

Es curioso cómo verdades, mil veces meditadas, se iluminan, se matizan, cobran fuerza, en un momento determinado -que ciertamente coincide siempre con las épocas de más oración-. Y cómo, a la vez, descubro nuevos apegos, o caigo en cuenta de la gravedad, de la vanidad, de los ya conocidos.

Amor particular a las dificultades. Cuando algo me cuesta un poco -y la verdad es que me cuesta todo muy poco-; o cuando sin costarme a mí se presenta como dolor objetivamente, es decir, como algo que al hombre como tal le cuesta, alegrarme, pues ello significa que participo de la cruz de Cristo, y por tanto, que voy bien, que voy por el Camino que es Cristo, puesto que Cristo se me da en cruz.

Pero todavía, por poco luminoso, me asustan las sombras. Esa cierta molestia interior, durante el viaje mismo, y sobre todo antes de salir, ante las bromas que habría que oír por haberme retrasado cuatro días.)Qué es eso? Pura sombra, de esas que asustan a los críos. Y es que (hay todavía tanto infantilismo en mí! Ciertamente he de tener cuidado; pues, comparado con el ambiente de este mundo en que me muevo, soy más bien un adulto, elevado; pero en el ambiente del otro mundo, del mundo de El, soy un crío aún. Y)qué bien puede hacer a los demás un crío?.

Todo es don suyo. Por eso, a estas alturas, después de tantas traiciones, lo que persevera intacto es la esperanza. No voy a llegar a lugar alguno por mis méritos; sino por gracia suya. Y esa me la puede dar lo mismo en un momento que en otro. *Más ama el que más se le perdona+. Esto es cierto -lo dijo El mismo- en cuanto su gracia ilumina el perdón. Poco importan, en cuanto a lo futuro, las infidelidades o las tibiezas precedentes. El arde siempre. Esperar, desear, revolver de continuo en este tiempo, la promesa de la comunicación del Espíritu. Para mí y para los demás. Nada importan añejas experiencias mal realizadas. Sólo esto importa: Cristo me ama y, si entregó su espíritu por mí un día, fue para darme su Espíritu a mí durante toda la eternidad. Y en plenitud.

Conciencia de responsabilidad. Si mi deseo y mi confianza son bastantes, muchos otros arderán conmigo. Renunciar en todo lo consciente interiormente, a cualquier realización egoísta en mi trato. Hay muchas -(que vea!- pero no establezco propósito alguno concreto. Ya observo que el cambio interior me conduce a realizaciones distintas, a supresiones, a orientaciones nuevas, en cuanto me dejo iluminar. Se trata, más que nada, de no revolver por dentro deseos y complacencias naturales. Ir actuando en las circunstancias según me ilumine El, con un poco de participación de su paciencia infinita conmigo; haré todavía cosas que debo llegar a superar. Pero eso mismo es don suyo. A mí me toca escucharle, esperar, desear, confiar, que la gracia alcance un cierto nivel, en que muchas realizaciones, que hoy me serían muy costosas, no me cuesten ya nada...

Día 16 de Abril

Escribo, a media mañana, algunas notas de la oración de esta noche. Me he levantado tarde, a las 6. Anoche me acosté tarde, pero además me dormí con la luz encendida, con lo que el dolor de cabeza, ya iniciado, había alcanzado un nivel bastante intenso cuando desperté hacia las 4. Tuve que volver a tomar cafiaspirina y a cerrar los ojos, y conseguí dormir casi otras dos horas.

Atracción del misterio personal divino, y del misterio de sus planes. No afán de curiosarlo, sino de ser absorbido por él.

Sin reflexiones complicadas, veo un poco más claros y más hondamente, los impedimentos fundamentales de mi personalidad concreta a la corriente de la gracia. Es cierto que Dios me lleva según mi manera de ser, pero naturalmente ésta ha de ser purificada. Y la purificación de mi estilo, de mi ser, supone un trabajo finísimo. Aparte de la avidez intelectual, muchas veces analizada, creo ver algo más en el otro terreno: afectividad en las relaciones personales: podría resumir todo en la palabra **ternura**. De paso anoto que, progresivamente, contemplo esta cualidad como básica, como un aspecto inseparable de la verdadera fuerza. No es que se pueda **aparecer** tierno siendo débil, pero en rigor no se es tierno, simplemente se provoca la ternura ajena, para sentirse apoyado. La fuerza, en cambio, es necesariamente tierna, pues nada puede buscar en otro, y además, necesariamente también contempla de arriba abajo, y no sintiéndose amenazada, se vierte, como la nieve o el agua de la cima sobre el llano. La ternura verdadera es el *juego+ de la fuerza sobre la debilidad, con la consecuencia inevitable de complacencia doble: la que experimenta en sí misma toda facultad que actúa, y la de la unión bienhechora sobre el amado. Experimento más y más, como fundamental, este punto de vista en la visión de las Personas divinas: la ternura. Sería maravilloso poder estudiarlo en la Biblia, en la liturgia, en las vidas de los santos, en la historia general de la Iglesia... Uno de tantos deseos que han de remitirse, para su cumplimiento, a aquel momento en que sea trasladado *a otro lado del reino de la

muerte+. En todo caso, aquí puedo experimentar, y de hecho experimento, la ternura divina en mi historia. Y ojalá pueda reflejarla a los demás...

Pero siendo un aspecto de la fuerza, y siendo mi fuerza todavía muy canija, mi ternura es igualmente sobremanera deficiente. Y entonces se producen dos fallos: positivo, digamos, y negativo. Positivo en cuanto a manifestaciones egoístas; la ternura goza ejerciéndose, pero no está dirigida en su ejercicio, por la conciencia actual del beneficio a la otra parte. Claramente desordenada. Negativo: que se manifiesta en el temor a herir, en el temor a molestar. Aquí encuentro un fundamento más hondo y escondido. Es la muy antigua conciencia de superioridad, con sus producciones en la relación concreta, de aparentes ideas de inferioridad, o de auténtica sensación de inferioridad en aspectos concretos. Es decir: yo tengo conciencia de que moro en cimas, respecto de casi todos. Exceptuemos los santos, por supuesto; (pero pocos santos hallo); exceptuemos ciertas personalidades muy hechas, que podrían imponerse a mi respeto. Pero persuadido de que yo, que interiormente habito en cumbres, debo exteriormente moverme en llanos y hondonadas, siento perfectamente que los habitantes del llano y de la hondonada me juzgan desde sus puntos de vista chatos y grises. Y me prueban.

Los criterios y usos del mundo me parecen claramente pueriles. Pero los críos que los piensan y emplean me juzgan a mí desde ellos. Por eso en *sociedad+ soy extremadamente torpe. Pero esto sucede igual en las relaciones personales. En cualquier caso tengo una inevitable sensación, y aun conciencia, de limosna. La verdad es que las frases de que nos reímos muchas veces, esas salidas pedantes de un D'Ors, un Gide, un Dalí, suscitan aprobación -al menos aplicadas a mí- en mi interior. Cuando D'Ors, con toda seriedad, hablaba en público de quienes habían tenido la suerte de conocer, de palpar *al sabio+ -y el sabio naturalmente era él-, no puedo menos de estar concorde; considero afortunados a quienes pueden tratarme, y por mis adentros tengo sensación de hacer una limosna cuando prodigo una confianza.

Cuando la pobre Madeleine, harta de desprecios y comedias, quema las cartas de su esposo, durante años guardadas; y Gide se irrita *por la pérdida de la más bella correspondencia que jamás haya sido escrita+, siento que este viejo Narciso ha reaccionado como yo mismo. Pues cada carta que escribo, aun como suelo, aprisa y corriendo, me deja la sensación de ser una pieza maravillosa, y si no lamento cosa mayor su destrucción, es porque al cabo, así como pienso que casi nadie podría escribir nada semejante, pienso igualmente que casi nadie, fuera de mí, podría apreciarla. Y yo tengo cosas más levantadas que hacer, que releer mis correspondencias. Y sin embargo...)No he sentido, más de una vez y acaso más de mil, la tentación de sacar copia de cada una de mis cartas?.

Pero en todo caso, no es por exceso de humildad -ni en suma por soberbia, sino por una estimación, que se guía por tablas absolutamente peculiares- por lo que temo molestar a los otros. Ello me ha hecho muy difícil a la amistad (en cambio soy muy accesible desde otra pendiente: es casi imposible herirme), ello me plantea cierto problema de actuación en el apostolado. Sólo cuando me encuentro en las altísimas regiones del olvido absoluto, incluso inconsciente (y ello me ocurre casi siempre predicando a grupos; frecuentemente hablando en particular, sólo por temporadas al comenzar una carta o una conversación) mi caridad hacia los demás, mi re-presentatividad respecto de Cristo funciona sin trabas. Espero que pronto, y para siempre, Cristo me establezca en ellas.

Esto se mezcla, formando un complejo intrincadísimo, con otras tendencias. La tendencia a la soledad: cada hombre en su noche (título de la novela maravillosa de J. Green), es frase exacta. Solamente mi noche es pura luz gozosa; pues mi noche es ciertamente la noche de Dios, y respecto de El, me siento absolutamente humilde en lo que abarca mi conciencia. Y absolutamente comprendido, y absoluta y alegremente superado. No tengo el menor deseo de ser Dios; estoy encantado de que lo sea El, pues, pese a todo, le amo mucho más que a mí mismo.

Y tales impedimentos ¿cómo superarlos? Acabo de hablar de mi humildad. Supongo que, si un día alguien leyera todo lo anterior se echaría a reír. Pues toda esa conciencia de superioridad, recién expuesta, no parece casar muy bien con la humildad cristiana. Y sin embargo, casa perfectamente. Yo no tengo mérito alguno en que Dios me colocara, desde muy pronto, en las cimas; yo soy allí, tan polvo y tan nada como los del llano; pero soy polvo de cumbres, no de hondonadas. Y polvo y nada, soy incapaz del menor esfuerzo. No puedo superar nada. Sólo puedo actuar por deslumbramiento. Cuando la Luz divina se hace suficientemente intensa, mis ojos quedan deslumbrados y no son capaces de atender a otra cosa.

Y entonces la caridad funciona sola. No más que esa es mi tarea: recibir la luz. Y reflejarla desde la cumbre. Y mientras llega, no tratar de hacer cosas costosas, sino contemplar unos momentos la tarea iluminada; si la luz es ya suficiente, la tarea se me ofrece como atractiva y la ejecuto; de lo contrario, hagamos otra cosa. Así escribir ciertas cartas, así llamar a ciertas personas. Hay aspectos enteros, en que la mirada no se para hace años sobre mis propios intereses. Esperemos que la luz de Cristo, resplandeciendo cada vez más, me deslumbre también respecto de estos otros.

Ha habido siempre en mí tendencia intensísima a la grandeza, a lo infinito. Eso lo puso Dios hace 46 años, y no ha dejado jamás de funcionar; esto lo emplea Dios cada vez que quiere agraciarme más. Pero al mismo tiempo, desde pronto, y por causa de esa sensación de grandiosidad imposible de compartir, se me ha creado un cierto gusto por la soledad, ya desordenado... Y luego, fruto de unas lecturas

prematuras de autores que presentaban como grande lo que sólo era hueco -grande, como en el verso de Quevedo, a Felipe IV, a la manera de los hoyos, que cuanto más tierra quitas más grandes son- cierto gusto por la corrupción, por lo anormal; por lo diabólico incluso.

Siempre me han atraído -y me he sentido comprendido al menos parcialmente- por quienes hablando de mí me han visto como volcán, torrente, océano... Siempre algo desmesurado, algo impetuoso, enorme (fuera de las normas, de los confines), fuerza sin regir. Ahora, el volcán lanza todavía piedras sin abrasar, el torrente se vierte talando los montes, devastando los llanos... Es la tarea de Dios el moderar. En el principio Dios ordenó el caos con la fuerza del Espíritu que planeaba sobre las aguas. No puedo menos de pensar que allá, en el cielo, al otro lado del reino de la muerte -pues aquí en la tierra ni se sabrá nada jamás, ni se entendería si se supiese- los hombres ya resucitados gozarán contemplando la obra de Dios con esta bestia salvaje que soy yo. Hace siglos y siglos que llevamos disfrutando con el mito de Orfeo, que con su música amansaba a las fieras; pero la obra de domesticación de Cristo en mí, este ir metiendo en cauce mi torrente, en compases mi estruendo, este ir convirtiendo en caridad ardiente y luminosa la llama oscura y heladora de mi volcán, yo la verdad, no he visto jamás nada semejante. Y considero una gracia muy peculiar, muy grande, el hacerme testigo de esta obra. Pues ella es pura ternura; y mi santificación completa manifestará, yo creo que como jamás se ha manifestado, la victoria incomparable de la ternura de Cristo. Pues El jamás se ha airado contra mí, todo ha sido hasta ahora, y no veo por qué cambiaría, firme ternura, constante ternura, y volviendo al comienzo, y viendo la ternura desinteresada como forma idéntica a la fuerza, diría en dos palabras que darían siglos de contemplación, tiernísima ternura...

Pues hay una sola cosa en que no he fracasado, y en que espero triunfar en toda la línea: desde hace al menos 25 años, me tengo propuesto como resumen de todo ser testigo no más, de la ternura de Cristo.

Por supuesto, en la oración no ha habido el análisis personal que parece indicar este apuntamiento. Todo ello lo veía en un momento. Había, eso sí, la complacencia de verle a El tan fuerte, tan tierno...

Después he estado contemplando los textos de la Misa referentes al Espíritu Santo. Todo contacto con la liturgia me resulta deslumbrante. Pero de esto no quiero anotar nada, puesto que debo escribirlo para los seminaristas. Sólo que una de las cosas en que debo poner interés, y no me refiero sino a la contemplación, es cabalmente en esta actividad del Espíritu Santo en la Misa. Pues es El, conscientemente recibido, quien ha de ordenar mi poderoso caos.

Suscitar oración; que toda amistad, más o menos íntima (generalmente

menos) conmigo, se convierta en colaboración orativa. Que la gente comprenda lo que es suplicar a Dios. Y que se forme un grupo compacto de personas que oren por los frutos de mi misión sacerdotal. Esto es ciertamente bueno. Y ciertamente fructuoso, bajo la palabra infalible de Jesús.

No exijo pruebas a Dios; al menos me fío de El. Pero si quiere dárme las, una señal infalible de mi progreso sería ésta: aumento del ayuno sin propósito, aumento de las cartas a tantas personas como no reciben de nadie apenas, sobriedad en otras. Y facilidad mayor para llamar yo a los seminaristas.

Día 17 de Abril

Las 4'45 de la mañana. Llevo hecha un rato de lectura de Arintero. Ordenó en mí la caridad.)Por qué extraños caminos, por qué innumerables rodeos, impuestos por mi egoísmo, parece Dios haberme conducido a los mismos umbrales dónde había llegado en mis tiempos, (tan lejanos!, del seminario? Como si hubiese atravesado puentes tenebrosos, regiones desconocidas, para encontrarme de nuevo en los pórticos magníficos del otro mundo, ansioso de regresar en moradas inimaginables, como nunca hasta ahora (o acaso en aquellas épocas?) confiado de disfrutar y sufrir en ellas. Decía bien Péguy que la gracia acosa por donde puede, y si la cerramos las puertas, entra por la ventana. Y bien he dicho yo siempre que mientras no se rompe la confianza, no hay nada fundamental perdido, y que todo consiste en estar a la espera del milagro, de la maravilla... Y que, con Santa Teresa, hay que creer que jamás la fidelidad a un impulso del Espíritu queda infecunda. Es por esta dulcísima cadena de la confianza, por esta otra cadena, rota, mil veces suelta, de relativas e incompletas, muchas veces, quizás casi siempre, no más que incipientes fidelidades, por las que Dios, en medio de tinieblas espesísimas, me ha mantenido unido a El. Pues yo me he alejado frecuentemente de El, pero El jamás se ha apartado de mí. Diría que en mi vida de sacerdote se ha vuelto a repetir, resumida e intensificada, mi vida anterior. Para hallarme hoy, otra vez, como en aquellos momentos en que experimenté una fe viviente, que me fortaleció para dejarlo todo -el todo que yo entonces veía- y lanzarme a la aventura del seminario, tan contrario a mi estilo natural en todo. Aquella experiencia que pareció cegarme a tantas cosas, para hacerme correr, como frenético, por medio de obstáculos insalvables a mi temperamento. Verdad que al final caí enfermo. Verdad que a nadie recomiendo ciertas maneras de aquel frenesí, pero retocándolo un poco (cuánta belleza en aquellos tiempos! Y en el conjunto de mi carrera, con sus extravíos conocidos e ignotos, (qué experiencia del perdón, de la ternura divina!

En los umbrales de mi primera conversión, de aquel giro que hoy aparece a

punto de granar, había yo escrito (y es como si me viera, adolescente de 15 años, en el cuarto de Antonio, frente al Alcázar, con aquella vieja máquina de escribir)

*y juzgando engañosa la hermosura
teniendo por mentira lo sabido...*

Pero en verdad, ni había conocido entonces la hermosura, ni saber, lo que se dice saber, sabía cosa mayor. Ahora, unos 30 años después, tras de tantas fidelidades e infidelidades a Dios y a mí mismo -a ese adolescente que entonces diseñaba, como podía, un futuro tiempo cristiano- puedo hablar de tales realidades con experiencia más bien inusitada.

He escrito de mi fracaso relativo. Mas tomada en su totalidad, si exprimo todos los años pretéritos, también relativamente pretéritos, todos han permanecido en cierto modo substancial, y yo no soy sino el fruto de ellos; mi vida suelta un zumo de positiva experiencia, que estimo casi inigualable. He andado muchos caminos, caminos sobre todo personales, he ingresado en la intimidad de muchas personas, he escuchado muchas confidencias, he leído muchas confesiones de hombres corporalmente ignotos para mí. ¿Dónde he encontrado personas que hayan gozado tanto como yo de tan perfectas amistades -y puedo escribir con verdad, aunque con pena, de tan intenso y constante y completo amor- y de tan vivo sabor en las faenas intelectuales? Mis pasos por los senderos espirituales, durante los años del seminario, me capacitaron para recibir de Dios, que jamás quiso retirarlo de mí (pues Dios es pronto para dar y tardo, muy tardo, para sustraer sus dones) un desprendimiento suficiente de mi egoísmo, como para evitarme una gran parte de los sufrimientos en que se debaten los hombres en torno mío.

Esta serenidad, esta capacidad de ironía, que me permite contemplar el mundo desde arriba, no ha cesado nunca de mantenerla en mí.

Y ahora estoy de nuevo, como en el despertar de un sueño, ante los atrios del Señor. Y se me ofrece El mismo. Por supuesto, dicho así, nada hay de nuevo. Pero es que la misma palabra presenta objetos muy diversos. El mismo pronombre, el nombre mismo, dice realidades o personas casi opuestas, según el que escucha, o según la disposición del mismo oyente en sus momentos diversos. Y El es hoy mucho más conocido que en cualquier momento anterior de mi historia.

Lo que me ofrece es la embriaguez de su amor. También lo repetí incansablemente: ser santo es fácil, Dios mío, ¿es difícil emborracharse? Pues sólo se trata de eso. Sangre de Cristo, embriágame. La sangre de Cristo hombre, que se ofrece real, misteriosamente, a mi sed, mezclada con el agua que simboliza al Espíritu.

Vale decir: el Padre me entrega a su Hijo, crucificado y resucitado por mí, y su Espíritu con El. En mi infancia ansiaba amor y sabiduría: el Padre me ofrece su Hijo, que es la Sabiduría suya, infinita, acomodada a mi medida en su encarnación, y su Espíritu que es su Amor. Quedaba la gloria, pero la gloria humana hace muchos años que no me interesa. Y en cuanto al dinero, el bienestar material y todas esas cosas, no me importaron jamás.

Y en esta etapa que parece comenzar, hay un gozo embriagador, que literalmente saca de los sentidos y la razón, de este mundo de razón y sentidos: el conocimiento de su amor. Y hay un gozo consecuente, secundario, pero todavía mucho más intenso, mucho más extenso, que el saboreado nunca hasta ahora (pero ya lo he experimentado, aunque débil, puerilmente): la visión del progreso ajeno. Y por contera: el progreso en que yo soy colaborador de Dios. *Parece que debe de ser uno de los grandísimos consuelos que hay en la tierra, ver uno almas aprovechadas por medio suyo+. Así Santa Teresa.

Algo, pero poco, sé de eso. Pero cuando mi mente se deje de verdad influir por el Verbo, mi voz será suficientemente voluminosa para traspasar el estruendo de las voces de las cosas, de las voces de los hombres, de las voces de los demonios, y suscitar en los hombres esa fe, esas fidelidades, esa confianza que he predicado siempre, pero con tan escaso fruto.

Y en cuanto a la cruz... No puedo negar que, durante casi 20 años, apenas he conocido el sufrimiento. Ciertas repercusiones del dolor ajeno, eso sí. Dios ha conservado en mí bastante del despego que me concedió en los tiempos de mi lealtad fundamental, como para no padecer muchas penas que otros sienten. Dolores corporales, fracasos, desaires, aislamiento, juicios condenatorios, justos o injustos (pero en suma justísimos, pues toda condenación era benévola para quien se apartaba de Dios), separaciones voluntarias o involuntarias, renunciadas a planes hipotéticos, a conocimientos concretos, modos de vida poco consonantes con mi manera de ser... Toda esa runfla de cosas y sucesos, que amargan más o menos la vida de los hombres en el llano, no han alcanzado jamás las cimas en que soy polvo, todos esos vientos no me han removido jamás. Ni siquiera ha acontecido en mí esa consecuencia, tan lógica, tan aparentemente inevitable y tan reiterada en la experiencia de mi trato con otros, todo te abandona a tí que me has abandonado.

Nadie me ha abandonado jamás -nadie, cuyo abandono me doliera-He tenido tanta intimidad personal, como no la soñaba ni en mis ambiciones infantiles o adolescentes; nada me ha abandonado; si no he alcanzado tales o tales conocimientos, si no he entrado en tales o tales regiones concretas de la Hermosura, ha sido siempre porque yo mismo he renunciado a ello. Por eso, en suma, a mis pesimismo de los primeros años ha sucedido esta sensación de *hijo mimado+, que no puedo menos de

guardar intacta. Sí, para testigo de la ternura del Padre, y del vigor de la fe, y que un acto de confianza real, un dejarlo todo -todo lo que se ve- un día por Cristo es recompensado durante años de abandono relativo de Cristo mismo, para enlazar con la nueva renuncia ya no costosa.

Día 19 de Abril

En la mañana, notas de la oración de los dos últimos días. Aumenta el deseo de oración y de conversión. Casi nunca me ha *costado+ hacer oración -desde hace muchos años, no hablo de los primeros tiempos- pero no era ordinaria esta ilusión con que espero la madrugada para entrar en ella.

Los frutos inmediatos son perceptiblemente esta misma ansia por el contacto con Dios, y esta visión mucho más clara de mis tinieblas. Este caer en cuenta de manera afectiva -con aborrecimiento, con esperanza de ser liberado y pronto- en los obstáculos que pongo a la acción del Espíritu y en los materiales psíquicos que tiene que abrasar o eliminar.

El ejercicio consciente realizado durante años, la habilidad analítica para penetrar en mi interior y en el ajeno, hace que, desde antiguo, hayan sido destruidos algunos de los impedimentos más gruesos, en sus aspectos más conscientes; pero cuando la mirada se afina con la luz espiritual, descubro restos agazapados en las zonas menos conscientes.

Por ejemplo: es cierto que vivo en peculiar y marcada independencia respecto del ambiente, y que en contraste con las reacciones solitas en la mayoría de las gentes, mis posturas se pueden calificar, sin más, de independientes. Y no obstante, cuando me detengo a contemplarme desapasionado, advierto una muy característica dependencia. Un tanto paradójica además. Es cabalmente el deseo mismo de independencia. No soy aún bastante fuerte, o no ejercito al menos mi fuerza en este sentido, para menospreciar totalmente los juicios ajenos. No me suele importar lo que piensan los otros, pero sí me molestan las interpelaciones directas. Y ello produce, en la práctica diaria, una conducta turbadora. Pues trato de que mis actividades queden más o menos ignotas. Por ejemplo: mis estudios de idiomas, mis lecturas, mis correspondencias, mis libros... Y eso me presta una situación de temor a las indiscretas curiosidades ajenas. Como, por otra parte, aquí no dispongo de aislamiento bastante para tales ocultaciones absolutas, sino en las horas nocturnas, resulta que mis tareas matinales están siempre oscurecidas, turbadas de sobresalto. Durante toda la mañana, late en el fondo de mi propio ser un temor a que alguien pueda entrar. No es, creo, el miedo a ser interrumpido, pues cierto desprendimiento de la faena emprendida es posesión ganada hace tiempo. Es, pienso, no más, que temor de que sepan lo que hago,

de que opinen, -más bien, de que me digan a mí la opinión- sobre ello.

Puro espantajo que asusta a los críos. Porque ¿qué se me da de lo que piensen? Y aun ¿qué se me da de los consejos? Probablemente en lo más hondo late también este deseo de no contrariar, que produce a veces contestaciones un tanto hirientes, al menos secas, cabalmente porque me ponen en aprietos, en apuros. Por una parte, querría complacer, por otra, tengo mis propios planes. Puede haber también apego a éstos, pero en ocasiones no es apego, sino persuasión de que debo llevarlos a cabo. Y me cuesta manifestar cierto desprecio por el consejo o la opinión recibida. En estos casos, al no sentirme fuerte frente al interpelante, la respuesta no puede ser tierna, suave, sino que necesariamente es airada, seca, dura.

Una consideración frecuente de la nada de todo esto -idea tan asequible a mi capacidad intelectual natural y sobrenatural- me suministrará una paz mucho mayor.

También me doy más cuenta de la necesidad de moderar mis deseos, o en general mis tendencias, en cuanto se refieren a las realidades naturales. Es cierto que, en esta última temporada, mi mundo interior está mucho más conscientemente habitado por las Personas divinas, y que me es mucho más accesible el plano sobrenatural. Pero, si no deseo muchos objetos, sí los deseo con tal vehemencia, que resulta perturbadora. Me es imposible no ser fuego, pues mi naturaleza es así. Me es imposible no arder continuamente, no lanzar mis sentimientos como piedras enormes, con energía indecible; pero el Espíritu puede lanzarlos él mismo, no dejarme jamás la iniciativa, arrebátarmela con esa suave violencia, con esa tierna fuerza, que es su peculiaridad amabilísima.

Para la expresión, para la realización de la caridad, (qué fabuloso aparato expresivo y ejecutivo es el mío! Mas hasta ahora (cuántas veces no ha expresado, no ha ejecutado más que los movimientos nocivos, o al menos infecundos, de mi propio egoísmo! Esperemos. Si ha tenido paciencia tantos años, cuando de nuevo me muestra y me enciende en deseo de ser movido por El, bien puedo esperar. Y estas primicias se transformarán en cosecha ubérrima de ese fruto que Cristo prometió a los suyos.

Crece el celo. Me atrae otra vez escribir cartas, hablar a quien sea. Me ocurre espontáneamente el pensamiento de la santidad ajena a cualquier hora; comienzo -recomienzo- a sentirme devorado por el celo de la casa de Dios, que es cualquier hombre.

Me admira la resistencia de casi todos a la lectura, a la oración. Estoy persuadido de que si los hombres leyeran acerca de las realidades sobrenaturales, con cierta continuidad y cierta buena voluntad confiada, creyendo simplemente que aquello se lo quiere dar Dios, experimentarían, al cabo de no mucho tiempo, cómo sus

deseos iban mudándose, como iban cayendo las escamas de los ojos de Saulo, recién convertido, todas estas visiones que nos hacen ver sombras en la luz deslumbrante que de hecho nos rodea.

No es labor larga, y sobre todo, no es casi labor. Es obra suya en nosotros, que nos suministra la experiencia del testigo, para poder testificar la suavidad de su amor. En nosotros es tan sólo humildad para reconocer el mal, es deseo de que El lo elimine, es confianza en su amor poderoso y dulce que va a eliminarlo.

Las conversaciones de ayer. ¿Por qué han de empeñarse en que Dios pide, y por añadidura, que pide acciones difíciles, duras, costosas? Dios ofrece, Dios da; El mismo realiza las obras nuestras en nosotros y con nosotros, en esta maravillosa intimidad que casi todos se resisten a gustar. Y tales obras no son difíciles, duras, costosas; son fáciles, suaves, satisfactorias. Con tal que creamos en El; con tal de que nos fiemos de su amor. Y esperemos, humildes, las realizaciones, para el día que El quiera; para cuando llegue su hora entre nosotros, actualización misteriosa, pero real, de esa hora suya que nos relata el evangelio.

Yo sé que todavía hay muchísimo quehacer divino en mí. La lectura de los místicos, a la vez que me despierta y aviva el deseo, me actualiza la conciencia de paz en que lo que a ellos se les dió, me va a ser también dado; reconozco mi deficiencia, y espero, espero el soplo divino que disipe estas sombras.

Porque hay mucho de sombrío en mi vida. Aparte de lo ya dicho, ¿por qué esta difusa melancolía, al darme cuenta de que tal o tal cosa no lo sabré jamás en esta tierra? Jamás podré leer a Goethe, en alemán; jamás podré saborear convenientemente a Eliot, a Shakespeare, en inglés; incluso jamás llegaré a matizar mis conocimientos de castellano. ¿Y qué? En esto no hay deseos turbadores ya, sino esa vaga melancolía, que acaso caracteriza la ancianidad.

Y sin embargo, desde otros puntos de vista, mi juventud se acrecienta, si por joven se entiende, ante todo, esa persistencia de lo porvenir, esa preeminencia de lo futuro sobre lo pretérito. Me encuentro con la eternidad por delante; y si El me quiere encomendar alguna tarea aquí, a este lado del reino de la muerte, no me siento limitado por tiempo alguno, ni me siento sin energías para llevarla a término.

(Diario. Año 1972).

INDICE

Prólogo	1
"Soledad" con Jesucristo	3
Jesucristo: Su realidad humana	7
La divinidad de Jesucristo	23
El amor de Cristo	32
La Resurrección de Jesucristo	37
Conocimiento e identificación con Jesucristo	53
La vida cristiana, como amistad con Cristo	59
Sobre el amor de Cristo	62

FUNDACIÓN "JOSÉ RIVERA"

Cuadernos publicados:

- N. 1: "José Rivera. IN MEMORIAM".
- N. 2: "José Rivera: TESTIMONIOS I" (Agotado).
- N. 3: "La Teología". 20 Ed.
- N. 4: "El Espíritu Santo". 30 Ed.
- N. 5: "La Eucaristía". 20 Ed.
- N. 6: "La Caridad". 20 Ed.
- N. 7: "Meditaciones sobre Ezequiel".
- N. 8: "El Adviento" (Agotado. Ver N. 18).
- N. 9: "Meditaciones sobre Jeremías".
- N. 10: "La Cuaresma". 20Ed.
- N. 11: "Meditaciones sobre los Hechos de los Apóstoles".
- N. 12: "CARTAS I".
- N. 13: "Semana Santa". 20 Ed.
- N. 14: "Meditaciones sobre el Evangelio de San Marcos".
- N. 15: "La vida seglar".
- N. 16: "La mediocridad".
- N. 17: "CARTAS II".
- N. 18: "Adviento - Navidad". 20 Ed.
- N. 19: "Jesucristo". 20 Ed.
- N. 20: APOEMAS≡.

Pedidos a: **FUNDACIÓN "JOSÉ RIVERA"**

Apdo. 307 45080 - TOLEDO

La **FUNDACIÓN "JOSÉ RIVERA"** distribuye gratuitamente estos cuadernos. Para los donativos, ingresar en:
TOLEDO, Banco Central Hispano,
C/C 0049 - 2604 - 41- 1811068090.

Toledo, 20 de Febrero de 2000